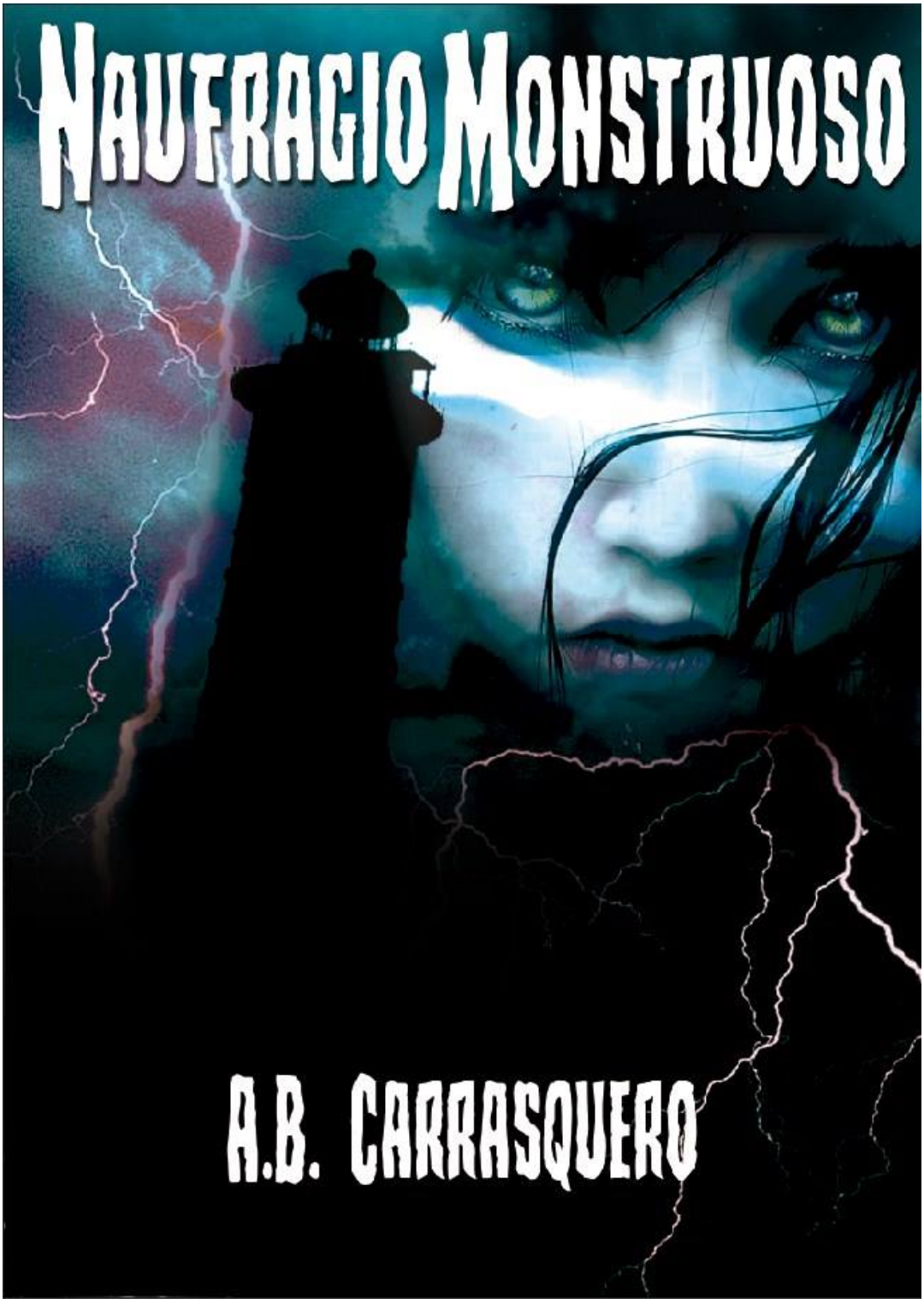
Naufragio Monstruoso

A. B.Carrasquero



Capítulo 1

Hacía apenas diez o más minutos que había despertado, cuando la alarma del celular sonó a todo volumen. También la luz que se filtraba por la ventana iluminaba la habitación con toda la lentitud con la que el alba expuso sus primeros rayos del sol. Fue así como se despertó: despojado de sus ropas, con el cabello negro despeinado, con una extraña sensación en la piel y yaciendo en una cama algo desordenada por los eventos de la noche anterior, sintiendo un peso en su pecho, que le obligó a bajar la mirada advirtiendo la presencia de su novia. Estaba aún sumergida en un profundo sueño, abrazándolo.

¡Vaya noche la de ayer! Por un momento se sobresaltó, alterando las palpitaciones de su corazón, cuando a su mente llegó la idea de que tenía a primera hora clase de fisiopatología; cosa incorrecta, pues había entrado en vacaciones, y también se había graduado. Ante las buenas calificaciones, y su merecido—aunque podía decirse que «Típico»—lugar en el cuadro de honor, decidió celebrar con sus compañeros en el Night Star Club. Tenía tiempo que no iba a ese lugar

En la fiesta se divirtió como nunca antes en su vida, no supo si fue por la presencia de su novia, el alcohol—lo más probable luego de una larga abstinencia—; la marihuana—su primera novia desde finales del bachillerato—, o la música. En las reuniones familiares solía observar a todos bailar, hablar, cantar y demás actividades que él no hacía. Prefería en esos momentos estar en un rincón sin molestar a nadie, en lugar de estar haciendo el ridículo. Lo mejor de todo fue cuando inició la carrera de medicina, pedía horas extras en los turnos de guardia para así no asistir y hacer lo que más le apasionaba.

Lo último que llegó a su mente, después de esa larga noche, fue Amanda y él haciendo el amor bajo la ligera luz de la lámpara de la mesa de noche, que dibujó perfectamente los turgentes pechos de la chica; y a él le hizo brillar la piel como un dios, bajo la fina capa de sudor que le bañó durante ese acto.

Sintió a su novia moverse en su pecho. Volvió su mirada a ella cuando alzó su cabeza intercambiando una mirada, dormilona y divertida tras la sonrisa atontada que Amanda dibujó, para saludarlo:

—Buenos días.

—Buenos días—contestó, y estiró los brazos a los lados—¿Qué hora es?

—Son las…—Amanda miró el reloj en la mesa de noche—son las diez.

—¡¿Qué?! ¡Se nos hará tarde!

En seguida se pusieron en marcha.

Recordó que la fiesta de vacaciones seguiría, ciertamente, pero no en el Night Star Club, sino en el gran crucero del padre de David: el Carpentian.

Luego de ducharse y vestirse a toda velocidad, empezó a sonar a las afuera del hotel el claxon del auto de Eric. Por suerte habían arreglado las maletas el día antes para evitar este tipo de contratiempos—que igual hubo, solo que en menor caso—para llegar a su destino.

Afuera, el BMW realmente acababa con la tranquilidad que propiciaba el hotel, que contaba con un hermoso jardín donde se esparcía con elegancia y un buen corte del verde césped; encima se encontraban garzas de madera, y una fuente representativa de Adán y Eva. Además de la curiosa forma que poseía el hotel, semejante a un castillo árabe, que daba un aspecto distinto a cualquier otro.

—¡Deja de tocar esa cosa, jovencito!—rugió uno de los clientes del hotel.

—¡Cállese, abuelo!

—¿Cómo me lla…?

—¡Ya es tarde y vamos a perder el viaje, por Dios!—exclamó Eric interrumpiendo las quejas del hombre; y asestándole dos golpes a la puerta de su auto— ¡Son dos horas de camino!

Apenas salieron, guardaron el equipaje y se montaron; Eric puso en marcha el auto.

Amanda y Lisa estaban en el asiento trasero hablando y riéndose a ratos, cosa que no era el caso de Arán quien miraba por la ventanilla distraído. Daniel agarró una pelota de papel que se encontraba en el suelo de su asiento y se lo lanzó, atrayendo la atención del otro hombre.

—¿Por qué tan callado, eh?

—Por nada—murmuró.

—¿No me digas que le tienes miedo a los cruceros? ¿O sí, Arán?—Eric le miró por el retrovisor central unos segundos para volver su mirada al

frente.

—Algo. Es la primera vez.

—No te preocupes, cielito—terció Lisa, su novia—, si te desmayas tienes a una doctora que te puede asistir.—y le brindó un beso en la mejilla.

Cuando Daniel volvió a sentarse correctamente, Eric le dio un golpe amistoso en el brazo, pero la pregunta del otro fue arrebatada en el momento que Daniel preguntó:

—¿Ocurre algo?

—Si crees que tengo espasmos involuntarios, te equivocas, amigo. Solo quería saber si tú y Amanda… tú sabes…—e hizo un extraño movimiento con su cadera.

Eric le fulminó con una mirada y una sonrisa pícara, para volver a clavar la vista en la autopista que habían tomado hace un par de minutos. Extrayendo los visores para cubrirse de los primeros e intensos rayos del sol filtrarse sin misericordia por el ventanal.

—respondió.

—¿Siií?—repitió el otro, anonadado. —¿Y metiste tu lengua hasta las amígdalas…?

—¡No! No seas tan morboso. Solo fue algo decente. Amor verdadero.

—No sé que es amor verdadero, viejo amigo, por eso no tengo novia.

Y era cierto. Seis años en la universidad y doce chicas diferentes—tal vez más—a la cual Eric llevó a la cama, sin que ninguna tuviese algo serio con él. ¿Pero cómo iba a tener algo serio con alguna de esas chicas si vivía —desde el final del bachillerato— de fiesta en fiesta, de cerveza en cerveza, y de cigarro en cigarro? Eric era un completo desastre. Tanto así que, su madre había terminado diciéndole que si seguía bailando al son de esa mala vida, ella no se preocuparía si luego perdía la carrera de medicina y andaba como un vago en la calle.

—Y si andas como un vago en la calle—añadió furiosa—ésta, a la que llamas mamá, no te dará más de comer ni dinero para que lo malgaste de esa manera.

Así fue como el joven y tremendo Eric tomó las riendas de su vida, hasta que conoció a sus actuales amigos de la universidad, que, a pesar de

todo, le controlaban sus ansias de seguir sumergido en su antigua vida.

—Deberías tener alguna novia—dijo Daniel, sin apartar la vista de la autopista.

—¿Por qué?—bufó el hombre—Soy un perro, Dan, no un cursi romántico.

Eric se carcajeó.

—Además, le tengo una sorpresa a Amanda en el crucero.

—¿Ah, sí?—bromeó.

—Claro. ¿Se te olvido que mi padre es el dueño del Carpentian?

Su amigo vaciló.

—Pero no lo has visto desde cuándo. ¿Se acordará de ti?

¡Claro que se acordará de su hijo!, ya que era la viva imagen joven de él, en los lejanos tiempos de juventud.

Daniel no contestó, pero no se limitaba a sacar su teléfono de su bolsillo, desbloquearlo y examinar la última llamada recibida por su padre:

Jueves 25 de Octubre… Llamada Perdida.

No le respondió por estar buscando en el antebrazo a un niño de siete años una buena vena—que no tenía gracias a la deshidratación causada por síndrome urémico hemolítico SUH—, para tomarle la vía intravenosa y suministrarle solución de unos veinte miliequivalente sobre litros, que luego irían en aumento si era necesario. Pero el chiquillo estaba tan grave que le costó una eternidad, más valía la espera a lo que solía sucederle a Arán—quien perdía la paciencia—: dar primero con la vena que mejor se viera y pinchar, después se perdía la vía y había que buscar otra, junto con otra vena. A Daniel no le hacía gracias y no le gustaba ver a sus pacientes sufrir por algo como eso. Pero en su búsqueda, oyó el teléfono repicar y lo dejó sonar hasta que cesó su sonido, luego dio con la vena exacta y el niño pronto se recuperaría.

O eso le dijo a los padres quienes se comían las uñas, claro.

Eric preguntó:

—¿Y qué le tienes preparado?

Daniel miró por el retrovisor derecho a Amanda y a Lisa, ambas alegres viendo el celular entre risitas ahogadas. No era el caso de Arán, quien

seguía contemplando el paisaje, absorto en sus pensamientos. Por un momento pensó que no debía confiar en la actitud de ambas chicas, el otro chico no era importante así que daba igual, pero a las dos mujeres sí. Conocía tanto el género femenino como cualquier otro hombre, tomando en consideración que si decía: ‹‹Cena romántica›› u otra palabra parecida a esa, en seguida el león vigila meticulosamente a la gacela. Así que, prefirió susurrárselo al oído a su amigo.

—Aaaah…—dijo éste—esa es la… tú sabes. Mi opinión: demasiado cursi.

Cuando Daniel iba a defender sus palabras, Lisa interrumpió apoyando sus manos de ambos asientos, inclinándose hacia adelante.

—¿Qué es demasiado cursi?

—Que hayan hombres que quieran vestir a su vengador calvo y no dejarlo que respire.

Todos bufaron, lanzando risas suaves.

—Recuerda que en educación sexual es importante usarlo.

—¡Qué estupidez!—exclamó y luego calló.

El breve silencio que hubo fue sustituido por la radio mientras subían la montaña. El verdor de los árboles, la niebla que se movía lentamente de un lado al otro y la presión atmosférica retar la trompa de Eustaquio; los recibió una cima plana y con un aroma distinto al de la ciudad. Todos aspiraron la frescura del ambiente cuando los arbustos del costado izquierdo se desvanecieron, mostrando un extenso mar azul con algunas sombras negras como manchones, ocasionado por las nubes bajas y esponjosas. El día era soleado y el cielo azul. ¡Un día espléndido! Y fue mejor cuando a lo lejos, en Puerto Rey, brotó el ruidoso y estruendoso sonido del claxón del enorme Carpentian. No se vislumbraba la muchedumbre que se montaba, pero el barco de color blanco y de varios pisos hacia arriba, con una gruesa chimenea rojiza, atenazó los corazones de todos a causa de la emoción.

Empezaron a descender justo al momento en que unas gaviotas los sobrevolaron en dirección a la ciudad.

Luego de descender la gran montaña que cubrió al barco por otra serie colinas verdosas que poseían una autopista larga y careciente de autos; dejaron toda extensión montañosa atrás, llegando por fin al puerto donde los autos eran aparcados en una plataforma de madera, las personas se apeaban y agarraban su equipaje, para que un brazo mecánico sujetase unas cuerdas y levantara el coche para meterlo adentro del Carpentian. El barco era más grande de cerca que de lejos, pero de lejos era más vistoso

y llamativo. Flotaba estático, resuelto a quedarse así mientras estuviese anclado y con las sojas sujetas a los pilares que protegían su desvío.

Los cinco amigos advirtieron la gran muchedumbre que hacía filas para montarse en el crucero, eran cinco pasarelas que ascendían, ya que era tan grande el navío que era difícil que una sola pasarela hiciese todo el trabajo.

Eric se llegó hasta una de las plataformas de madera donde al apenas subirse, ya estaban asegurándola con sogas en los cuatro costados para meterlo dentro del barco. Fue una recomendación de Daniel: si iban a estar en Isla Landyland, sin conocer mucho y usando un auto que ni siquiera les pertenecía—que si lo chocaban debían pagar—, entonces era preferible usar el auto BMW sin ningún tipo de inconveniente. Todos se apearon del auto y se llegaron al maletero, agarrando sus equipajes.

El auto fue agarrado por el brazo mecánico y levantado del suelo para ser llevado al interior del Carpentian.

—Vayamos a aquella pasarela—propuso Daniel, señalando vagamente una rampa en ascenso con pocas personas.

Echaron a caminar con paso rápido. Llegaron al pie de la pasarela y empezaron a subirla. Realmente el barco, no solo era largo, sino demasiado alto. Se podía ver a toda la población de Puerto Rey a tan solo un piso del barco en el que se hallaba las ventanillas de algunas habitaciones inferiores. Aquello le dio vértigo a Amanda y Daniel la sostuvo.

—¿Te sientes bien?

—Sí—ella asintió con la cabeza—, es sólo la altura.

La altura—para cuando llegaron hasta donde la hilera de pasajeros terminaba—hacía las personas de abajo casi diminutas como hormigas. Sin más que hacer mientras avanzaban paso a paso para adentrarse al barco, Daniel se puso a espiar con la mirada a cada persona. Divisó a dos hombres que caminaban a paso rápido; ambos tenían sombreros de vaqueros, unos jeans azules ajustados y una camisa con algunos botones abiertos, dejando ver su torso musculoso y velludo. Parecían no percatarse de la mirada de Daniel, que se deslizó a una mujer que subía su pasarela—dos personas delante de él—meciendo al recién nacido que llevaba en brazos. Le tarareaba una dulce canción apenas audible. Eso sí, la cabeceaba con una mirada aturdida, una que el doctor Daniel Rodríguez conocía muy bien en aquellas personas del sexo femenino que iban a su consultorio llena de hematomas, vueltas en lágrimas y buscando no solo un remedio para las heridas, sino una solución rápida para alejarse de su

terrible marido.

Por suerte no fue el caso de la mujer. Un hombre pidiendo permiso mientras subía las escaleras, llegó hacia la mujer cargado con dos maletas, una en cada mano, y otro hombre quien llevaba un coche azul donde acostaron al bebé dormido.

Rápidamente subieron entrando en el barco luego de pasar por el marinero y sus preguntas:

«¿Está usted enfermo?»

«¿Tiene piojos?»

«Motivos del viaje»

Y finalizaba con:

—Boletos, por favor.

Cada quien entregó sus boletos y subieron al barco y sin pensarlo dos veces, echaron a correr dejando las maletas a un costado marcadas con el número de sus habitaciones. Corrieron por los amplios pasillos donde personas de otros países transitaban, hablando entre ellas amablemente haciendo caso omiso a cualquiera a su alrededor.

El fuerte rugido de la bocina del barco rompió el silencio del exterior y los susurros del interior del navío. La emoción de los cinco amigos fue tan grande que se perdieron por cuestiones de segundos hasta que Arán encontró por casualidad el pasillo correcto. Por allí dieron con una hermosa escalera alfombrada, subieron tres pisos llegando así a la primera cubierta que daba con las afueras. Se detuvieron apoyándose de la barandilla cuando el claxon volvió a sonar.

Se veía todo Puerto Rey y al oeste la playa repleta de gente: todos parecían hormigas a esa altura en la que se encontraban, y se harían más pequeños cuando el Carpentian zarpara oficialmente. Las siguientes palabras, hicieron que Daniel recordara una escena memorable de la película El Titánic, por lo que le agarró la mano a Amanda oyendo al marinero gritar: «¡¡TOOOOODOS A BOORDOOO!!».

Ambos se miraron de lleno, escrutándose los rostros con ojos brillosos de la emoción.

—No vayas a decir que eres el rey del mundo—dijo Amanda, con una sonrisa imborrable que enloquecía a Daniel.

—No seré el rey del mundo, pero soy el rey de tu corazón.

—Y yo la reina del tuyo—añadió Amanda, para unir sus labios en un beso apasionado.

De pronto el crucero Carpentian zarpó. Con lentitud, las aspas del costado derecho empezaron a girar, primero lentas y su velocidad iba en aumento, alejándose de la costa justo cuando las sogas que sostenían al barco fueron separadas de los pilares y el ancla salía del agua para detenerse y colgar de la proa. En seguida las aspas traseras se pusieron en marcha avanzando al barco, provocando un nudo en la garganta a Daniel y alegrando a todos los pasajeros quienes sacudían sus manos por encima de sus cabezas despidiéndose de sus parientes y amigos. Pese a que ninguno de ellos—Daniel, Amanda, Lisa, Arán y Eric—tuvieran de alguien a quien despedirse, sacudieron de igual modo sus manos a cualquiera que les mirara; y ésta extraña persona también le devolvía el saludo, con una gran sonrisa de oreja a oreja.

Otro rugido potente del Carpentian. Cuando estuvieron lo suficientemente alejados del puerto, las aspas del costado izquierdo se encendieron y giraron, igualándose a la velocidad de las derechas para mantener el equilibrio y la velocidad máxima del crucero.

En menos de veinte minutos se habían alejado de Puerto Rey, y de todo cuyo nombre fuese tierra.

Capítulo 2

—Ponga el barco en veinte nudos.

—Sí, capitán—respondió el marinero.

El capitán Richardson de Liverpool era un estudioso marinero de habla inglesa por sus orígenes, y quien a lo largo de los años, aprendió distintos idiomas como: el francés, alemán, portugués, italiano y mandarín; por lo que fue nombrado capitán por excelencia en la Armada Náutica de Reino Unido. El idioma que más le costó aprender fue el español, pero gracias a la ayuda de Danilo Rodríguez—padre de Daniel—aprendió el idioma español con más facilidad de la que esperaba. ¡Y tenía que admitirlo! Amaba el idioma y amaba los barcos como el Carpentian. Poner en marchar los motores y avanzar rompiendo la marea con la quijada de la proa, era algo inconcebible.

—Veinte nudos listo, señor—dijo el marinero.

En seguida vio el holograma del tablero de mando satelital del Carpentian, al cual se fijó en el panel de control en el costado del mesón de metal el velocímetro ir en ascenso. La proa del barco era de color blanca, al igual que todo el navío; debajo el color rojo se extendía hasta el nivel del agua, y ahora éste hermoso y resplandeciente color se revelaba a tan solo unos centímetros cuando aceleraron, cruzando la playa Oeste y la Oeste primero, en el que se vislumbraban a todos los vacacionistas sacudiendo sus manos por encima de sus cabezas a los viajeros.

No quería llegar rápido a la isla Landyland, claro que no. Por él, se dieran todo el tiempo que quisiese, pero prefería poner en marcha aquella maquinaria y demostrarle a la prensa del mundo entero que, como su barco, no había otro igual. Ya demostró ser el barco más grande cuando zarpó por primera vez, también lo hizo en las declaraciones de Danilo ante la prensa inglesa, y ahora le tocaba demostrarlo ante la prensa de aquella isla, cuyos paisajes algo pedregosos en la llegada, harían maniobrar una y otra vez el Carpentian. Quizá sería llamado: El Barco Viviente, porque a la primera roca o coral que vea, lo evadía rápidamente, tomando en consideración que era inhundible.

Aunque así dijeron del Titanic y mira lo que le pasó. Pensó el capitán.

Como capitán, amaba ver a los delfines. Era armonioso y encantador. Recordó la vez que el barco dio su primer viaje contemplando a los veloces delfines competir contra la voluminosa nave. Y en lo personal, se sintió como en el paraíso: el viento chocaba con su rostro, el mar era roto por la barbilla sumergida de la proa, los delfines salían y se sumergían en el agua de tanto en tanto, y el sol brillaba en un hermoso crepúsculo,

despidiéndose de ese día y deseándole buena suerte en el viaje. Pero faltaban varias horas para que el crepúsculo llegase, y consigo la noche.

Por el holograma del crucero advirtió la presencia de los delfines nadar hacia el Carpentian. Antes de presenciar tan hermoso espectáculo, el capitán Richardson caminó hasta su cabina, cerró la puerta, tomó asiento y agarró el micrófono presionando el botón rojo; agarró una hoja con un escrito y dijo:

—¡Buenos días, queridos pasajeros del Carpentian! Les habla el capitán Richardson, dándoles una grata bienvenida y esperando que sea un viaje ameno para cada uno de ustedes—en frente de él había un pequeño papel amarillo con algo escrito. Lo agarró, lo leyó y prosiguió—: Hoy tenemos varias actividades en esta hermosa y primera noche para los pasajeros de Venezuela, y la tercera noche para el resto de nuestros queridos invitados. Entre nuestras actividades se encuentra: siete y media de la noche habrá un banquete en el restaurante François Du Fulec, donde estarán sirviendo comida exquisita a bajos precios junto con la compañía de la hermosa y caliente Alexia, la reina del merengue[1], que los pondrá a bailar de principio a fin.

Dio otras notificaciones de las actividades, así como también mencionó el cuidado del barco por parte de los niños y jóvenes.

—… Sin más que decir, queridos pasajeros, espero que cuiden este hermoso barco y que tengan un feliz viaje.

Soltó el botón dejando el micrófono a un lado. Se puso de pie y salió de la cabina, agarró sus binoculares para salir de la cabina de mando y llegarse al balcón del mismo, donde se divisaba debajo de la angosta proa los delfines salir y sumergirse, compitiendo con el Carpentian. El capitán Richardson sonrió, se llevó los binoculares a los ojos viendo con mayor claridad a las bestias ágiles moverse.

Algunos pasajeros decidieron salir de las entrañas del barco con cámaras fotográficas y videocámaras, en las que filmaban el hermoso recorrido de salida de Venezuela hacia el aislado mar azul. De repente alguien gritó algo inentendible y señaló vagamente el océano, pues éste reveló las enormes aletas de una ballena que salieron del agua y al mismo tiempo se escondieron, dejando escapar un chorro ascendente de agua.

Qué bella es la naturaleza del mar. Pensó el capitán Richardson, maravillado.

De la nada, alguien dijo su nombre y el capitán miró por encima de su hombro a dos personas tras él. Se dio la vuelta llevándose una gran sorpresa, pues Alexia y su manager—acompañados de sus dos musculosos y bien vestidos guardaespaldas, esperando detrás de ellos

mientras veían a todos lados—estaban ante él. El manager de largos cabellos ondulados se secó su mano con la camisa, para estrecharla diciendo:

—Buen día, capitán, es un placer conocerlo. Ella es Alexia, de seguro la conoce.

La mujer de largos cabellos dorados estiró su mano derecha siendo agarrada por el capitán, quien se dobló a la mitad dedicándole un beso en el dorso con suma delicadeza.

—Es un gusto conocerlo, capitán.

La voz de Alexia sobresaltó al hombre, aunque más bien su corazón quien dio un salto de emoción ante la voz sensual, fresca y un tanto gruesa de la diva.

—Es un placer conocer la reina del merengue. He pasado mis tiempos libres escuchando su música, increíble y muy movidas. Con razón es usted una reina. Aparte de sensual, posee una hermosa voz.

—Gracias, capitán, por el cumplido. Quería pedirle un favor, si no es de mucha molestia.

El capitán Richardson lanzó una mirada por encima de su hombro hacia el océano. Ya se habían adentrado al mar y la tierra se desvaneció. Con un ademán de su mano, les indicó a la famosa, a su manager y a los guardaespaldas que le siguieran a la sala de reunión, ubicada en el piso superior de la cabina de mando. Subieron por una escalera blanca al igual que sus paredes, doblaron a la derecha y entraron por una puerta algo angosta, pero que daba a un hermoso estudio de caoba pulida. Éste poseía una larga mesa de madera que resplandecía bajo la lámpara de cristal que pendía del techo, en los rincones se encontraban las banderas de los países que participaron en la construcción del Carpentian, y en la pared derecha estaba colgada la foto del capitán viendo un punto vago en la foto, cuya mirada iba dirigida hacia la puerta. Debajo de la foto estaba el barco, surcando las aguas como lo hacía en ese momento.

—Hermosa foto—comentó tímido el manager de Alexia—, siempre he amado los barcos.

—Igual yo. Tomen asiento si desean. ¿Café?

Todos negaron con la cabeza, parecían que tenían prisa. Ni siquiera el capitán se sentó, se quedó de pie viendo a la reina del merengue decir:

—Usted sabe muy bien que hoy tengo una presentación, que nombró

durante la bienvenida.

—Así es, madame.

—Bien, quiero que usted sea el que haga mi entrada. Una voz como la suya, potente y joven, y un rango como capitán de este barco, sería un honor que usted abriera con algunas palabras antes de mi show. ¿Qué le parece? Recibirá la mitad de las ganancias de esta noche.

El capitán titubeó.

En parte no tenía problema alguno de hacer la presentación, de todos modos el Carpentian cumplía ese mismo día su sexto año de vida en las eternas aguas del planeta; pero lo que la mujer le decía, sobre las ganancias que adquiriría, era otro tema más privado para ser concreto. Su sueldo—tanto a nivel mundial como en un solo país—era lo bastante bueno como para vivir cómodo durante unos seis meses, o tal vez un año, y se debía a la gran cantidad de pasajeros de segunda clases que optaban por ese rango gracias al gran Centro Comercial, que estaba unido a la Feria de Comidas y tenían acceso a todos las tiendas—que sumaban en total unas ciento cincuenta, todas de marca extranjeras y con precios bajos—; además de las veinte tiendas de comida rápida más famosas a nivel mundial, que daban la ganancia casi total como para no trabajar más. Eso sin contar los dos spa, el gigantesco gimnasio, las peluquerías, el Casino Royale—dedicado a la película 007—, el burlesque ubicado en una línea diagonal con respecto a la cabina de mando y la discoteca localizada justo debajo—a unas cuantas plantas más abajo se diría mejor, ya que posee tres pisos—. Aunque todo en ese barco iba de dos pisos para arriba, como le gustaba a Danilo.

Si el barco llegara a hundirse, no duraría ni tres horas por la exageración en la estructura. Había dicho el capitán, cuando vio el barco casi listo para su primera prueba. Pero por lo menos hay bastantes botes.

Richardson se llevó una mano a la nuca, frotándosela. En cambio Alexia irguió su espalda mostrando sus turgentes senos, se acercó al hombre vacilante poniendo su mano también en la nuca, acariciando los nudillos del capitán, pero ella prefería que él viese sus voluminosos pechos aprovechando que tenía la mirada baja.

—Nadie debe enterarse, capitán—dijo Alexia. El hombre alzó la mirada, iba a decir algo y ella le calló, dividiéndole los labios con su dedo índice—. Hágalo como un obsequio único de mi parte, no se arrepentirá y no le meterán preso por lo que le pido.

—Está bien—dijo al fin, convencido—. Lo haré con todo el amor del

mundo, Alexia, no por el dinero sino porque soy fanático de su música.

De hecho, el capitán Richardson estaba de racha ese día, ya que ningún hombre perdería aquella oportunidad que el destino y Dios le brindaba.

La mujer se giró y dijo:

—Lo espero en el restaurante. Siete y media como lo acordado.

—Así será—contestó, viendo a la mujer irse con su gente.

Respiró hondo, secándose la frente perlada de sudor por los nervios.

[1] Merengue: Género musical.

Capítulo 3

Llegaron al camarote sorprendidos de lo grande y lujoso que era el gran Carpentian. Las maletas ya estaban en la recámara con el número escrito en una etiqueta pegada a la cremallera. Daniel y Amanda dejaron sus trajes recién comprados en la cama, cuando ella se cubrió la boca con ambas manos y se acercó hacia el ventanal, abriendo las puertas corredizas de par en par y entrando en el balcón del camarote de primera clase, donde se veía el vasto, oscuro y ondulante océano. Cuando empezaron a recorrer las entrañas del crucero—al mismo tiempo que el capitán daba la bienvenida por el micrófono, y cuya voz retumbaba en las cornetas en cada rincón de la estructura—, no podía creer lo que sus ojos veían. Así como ninguno de los compañeros del grupo lo creían: el barco era más grande por dentro que por fuera.

Había que admitir que el padre de Daniel no se le pasó por alto ni un solo detalle: desde las lámparas de cristal pender del techo de las zonas lujosas, hasta las paredes tapizadas, balaustrada de una madera pulcra y brillante, acompañado de alfombras rojas con encajes de dorado al igual que los dibujos grabados en estas. Se pasearon por el Centro Comercial donde las tiendas brillaban y revelaban a los maniquíes vestidos, las estanterías repletas de cualquier cosa que vendiesen. Y fue una de las razones por las que Arán se enloqueció, comprando todo cuanto podía en la tienda de Hollister.

—¡Lo gastarás todo, Arán!—había bromeado Eric— ¿Quién nos brindará el desayuno y el almuerzo?

—¡Chisst! Para algo es el dinero, ¿no? Y ya estás como grandecito, bríndanos más bien—replicó el joven mientras agarraba a primera vista cualquier camisa que veía.

Lisa y Eric también se enloquecieron cuando vieron la planta baja del centro comercial: una extensión amplia de mármol reluciente, en la que a cada ocho metros—quizá menos—se alzaban grandes macetas y en su centro enormes palmeras, cuyas hojas verdes se abrían a todos lados mostrando su belleza. Pero lo que más los enloqueció fue la piscina que se encontraba entre dos palmeras, rodeada de pasajeros con bañadores, postrados con las manos bajo la cabeza, otros echándose protector solar y otros lanzándose agua, bajo la luz artificial que era igual de intensa que la del sol. Daniel les dijo que en la cubierta superior había otra piscina mejor que esa, en la que un Disc Jockey siempre realizaba mezclas mientras la locura controlada, unida a la endorfina y a la adrenalina se mezclaban, creaban un ambiente movido y alegre.

Después de aquella aventura de segunda clase, se dirigieron a las tiendas de primera clase que se encontraban del otro lado del centro comercial.

¿La diferencia? Que el precio era mucho más alto que el anterior, ¿la ventaja? Que con la Green Cruise Carpentian Card (GCCC) te daban el cincuenta por ciento de descuento. Así fue como cada quien compró sus trajes de aquella noche. No obstante, mientras Eric y Arán se probaban sus trajes, combinándolos con diferente tipo de chaquetas que poseían diferentes tipos de encajes y costuras, Daniel miraba vagamente la piscina. No por entretenimiento, sino recordando el porqué su padre no le contestaba el teléfono en esos momentos. Le había llamado apenas entraron a la tienda y nada, siempre la mujer diciendo:

—Su llamada será enviada al buzón de mensajes después del tono…PIIIII.

Y luego Danilo dice:

—Hola, gracias por llamar, lastimosamente no puedo contestarte ahora mismo. Ando en el Carpentian Cruise con mi familia de vacaciones. Espero devolverte la llamada apenas la vea. Saludos, buena suerte y feliz día.

¿Con mi familia de vacaciones? Pensó Daniel. Pues, nunca estuvo de vacaciones con su familia, era pura mentira; o mejor aún, una excusa para que no volvieran a llamar. Pero recuerda que él cambió después de la caída del Worldwide airplane. Recordó.

Cuando su padre abandonó por cuestiones desconocida la familia que forjó, y quizá soñó, la madre de Daniel padeció de leucemia cuando él tenía veinte años. Tuvo que cargar el peso en sus hombros y repartir su tiempo para sus estudios—que casi finalizaban—, su madre y su novia. A pesar de que Amanda le ayudaba, no era suficiente, incluso pensó en dejar la carrera, pero no podía ya que su moribunda madre postrada débilmente en su cama le había dicho:

—No te preocupes por mí, querido, yo estaré bien. Toma rienda de tu futuro y de tu vida, deja que esta pobre alma vaya a los brazos del Señor.

Y a los brazos del Señor fue, cuando una paciente con cardiopatía severa murió a la misma hora: 2.43 am de la madrugada. El cuerpo de la pobre madre fue descubierto por la enfermera que la cuidó. Para aquel entonces, Daniel había llamado a su padre y la misma voz alegre apareció después del tono, aquella vez dijo que estaba trabajando arduamente en la creación de un barco, ahora salía con que estaba de va…

—Daniel… ¡Yuju, bro!

Daniel vino a la realidad y clavó sus ojos en Eric, quien preguntó:

—¿Pasa algo? Estás muy pensativo.

—No, vale, todo en orden—y río, aunque sonara bastante forzada.

—¿Estás seguro?—inquirió Arán—Mejor dile eso a tu rostro.

—Allá hay unos trajes—terció Eric—, pruébatelos para tú ya sabes qué.

Y Daniel le señaló con su dedo índice, indicando que si abría la boca no se salvaría. El hombre lanzó una carcajada para seguir en lo suyo.

Amanda, por su parte, solo le enloquecía pasar la estadía del crucero como si fuera su luna de miel; una en la que Daniel y ella estuvieran solos en una isla desierta—pero con cobertura, claro—, solos de toda soledad para dedicarse tiempo los dos mutuamente. Más bien, quería vivir algo parecido a la Laguna Azul, un Adán y Eva en un hermoso paisaje natural.

Pero ahora, cuando la noche hacía gala de su oscura belleza dejando ver las primeras estrellas en el cielo, Amanda se apoyó del parapeto del balcón, sintió un vaivén en su cabeza al bajar la mirada y ver la espuma del mar bordear el barco. Se mareó y su visión se tornó de nítida a borrosa casi de inmediato.

Daniel lo supo por su extraña forma de mover la cabeza—Todos los pacientes lo hacen en su momento. Pensó—así que se acercó a su novia, le rodeó las caderas con sus manos y le susurró al oído:

—¿Te encuentras bien?

—Sí, es sólo el mar… y el barco. Son síntomas etimológicos del mareo cuando eres principiante a navegar por el océano y…

—Deja de hablar de etimologías, medicamentos, hospitales…

—Yo solo he hablado de etimología—le atajó de pronto—. Tú hablaste de lo demás.

—Lo sé, lo sé—convino Daniel—. Sólo quiero que pasemos estos momentos tú y yo… nada ni nadie más.

La chica se giró hacia el hombre a quien había escogido como novio. Le miró de lleno y luego se besaron justo al momento en que una brisa fría se deslizó, moviendo sus ropas, y obligando a Daniel a agarrar a Amanda y cargarla en sus brazos, como si estuviera herida. Ella gritaba y reía al mismo tiempo, entrando en la habitación para dejarse tumbar en la cama.

Amanda se deslizaba de espaldas viendo a Daniel acercarse con aquella sonrisa seductora y peligrosa, que tanto le atraía. Le dedicó otro beso en los labios a la chica cuando la puerta fue tocada tres veces.

—¿Quién será?—preguntó Amanda, separándose de Daniel. Ambos sabían que si era alguno de sus compañeros, ya habrían abierto la puerta y habían hecho un escándalo, pero esta no se abrió y tampoco hubo ruido.

Solo silencio.

Daniel se puso de pie y abrió la puerta creyendo que se trataba de algún vallet; sin embargo, se llevó una gran sorpresa, pues quien estaba ante la puerta era el hombre en que pensaba apenas salió de su casa: el padre que le enseñó a su hijo una vista más realista y fuerte de la realidad de un adulto. ¡Y miren! El rey de roma ha decidido aparecer, fue lo que hubiera pensado el muchacho en otro momento. Padre e hijo se miraban, y el primero dijo:

—Tanto tiempo…

—¿Por qué decidiste volver?—preguntó Daniel, frunciendo el entrecejo.

—¿Acaso no puedo ver a mi hijo después de una larga jornada de trabajo? He escuchado que eres un médico estupendo…

—Porque la vida me ha enseñado más de lo que debería—interrumpió, como si aquellas palabras realmente fueran el final de la oración incompleta.

—Sé qué piensas que soy un fracaso como padre y esposo, pero tienes que saber que mi trabajo no es fácil; andar de aquí allá no es… ¿cómo se diría?… Sencillo. Lo importante es que estamos en el mismo barco hecho por mí, y que gracias a Dios nos hemos vuelto a encontrar.

Daniel sonrió, no supo por qué y tampoco supo qué clase de sonrisa dibujaron sus labios: si una tímida, forzada, torcida o amable. Una voz tras el muchacho preguntó:

—¿Quién es este hombre?—era Amanda.

—Eem… Amanda, él es mi padre Danilo. Danilo, ella es mi novia Amanda.

Ambos estrecharon las manos.

—Me alegra ver a mi hijo con una hermosa joven como tú—le dijo a la chica, quien quedó perpleja. Se dirigió a su hijo y dijo:—Espero vernos en el restaurante. Será una magnífica presentación. ¿Saben bailar merengue?

Los novios se miraron, atónitos por la pregunta y cuyo gesto dejó bien claro a Danilo que no sabían bailar. El hombre de cabello negro con puntas canosas hizo un ademán con su mano, para decir:

—Bueno, espero que asistan y charlaremos un rato. ¿Les parece bien? Tienes que contarme mucho, hijo, estoy desactualizado de algunas cosas.

—Así es. Estaremos en el restaurante a la hora.

—Muy bien, los espero. Adiós—y se fue.

Daniel cerró la puerta, y apenas se escuchó el chasquido de la cerradura encajar, Amanda dijo:

—Tu padre es igual a ti.

—Sí, pero por lo menos soy más consciente que él—respondió furioso, clavando sus uñas en las palmas de sus manos.

La hora fue transcurriendo con lentitud. Aprovecharon y vieron televisión satelital, pidieron champagne para calentar motores y llegada la hora se vistieron.

Amanda no dejaba de mirarse el vestido azul bañado en pedrería; era escotado y revelaba sus caderas, pese a que decía que estaba muy gorda. Se giró y vio a Daniel vestido con un esmoquin negro. Estaba inclinado, apoyando sus brazos del parapeto contemplando el océano negruzco surcar ante él. Se puso su bufanda—también azul y con encajes—y salió al balcón, sintiendo la brisa chocar y mover su peinado, por lo que dio un paso atrás.

—Estás muy callado y evasivo. ¿Todo en orden?

Daniel se volteó viendo con ojos desorbitados a Amanda, era más preciosa con un vestido que con un jean y una blusa; también tenía que admitir que se veía apetitosamente encantadora cuando se ponía la bata blanca, no sabía por qué, pero sentía un aire misterioso en ella en las guardias médicas. Él sonrió y contestó:

—Sí ocurre algo—bajó la cabeza, pareció mirarse unos segundos los zapatos lustrosos para clavar sus ojos en la chica ante él—, no sé bailar bien.

Ambos rieron torpemente. Daniel sabía que hiciera lo que hiciese, Amanda

no saldría al balcón por su peinado.

—Lo harás bien. Ahora vamos que se nos hace tarde.

—Estaba bajo los efectos del alcohol, no es lo mismo.

—¿De qué hablas?

—De cuando bailé en la fiesta.

Poniendo los ojos en blanco, dijo:

—Bajo los efectos del alcohol o no, ya es tarde, y no saldré si eso es lo que quieres.

Daniel levantó las manos a ambos lados de su cabeza, en un «me has pillado». Entró al camarote cerrando el ventanal, agarró la mano de Amanda entrelazando sus dedos sin borrar de su rostro una sonrisa pícara, haciéndolo parecer mucho más joven de lo que era.

—Esta noche te daré tu regalo—reveló.

—¿Regalo?—quiso saber enseguida— ¿Qué regalo?

—Ya verás. Vamos que es tarde.

Aunque Amanda era mala para los misterios, lo aguantó. Ambos salieron del camarote sin soltarse de las manos.

Capítulo 4

Lo que el pequeño grupo de amigos médicos temía: el restaurante atestado de gente. Y podían asegurar que la mitad de pasajeros de la primera clase estaban allí, esperando la aparición de la reina del merengue para disfrutar, bailar y reír. Aunque ya las risas hacían gala en la vasta estancia—al igual que el intenso olor a cigarro, cosa que Daniel advirtió que no había letrero prohibitivo alguno—, tanto en el segundo piso como en el primero, donde las voces se confundían entre las mesas circulares en las que se alzaba una encantadora lámpara rodeada de platos, cubiertos y copas bocabajo.

Los meseros iban de un lado a otro con copas sobre bandejas de plata, al igual que cubiertos y enormes bandejas bañadas en bronce, en la que se vislumbraba a lo lejos la deliciosa comida manar humo. Un grito de un grupo de gente retumbó, pues el mesero había ligado varios frascos avivando las llamas del sartén, por lo que el grupo aplaudió atónito. El ambiente era vivaracho y todos hacían caso omiso a la música—similar a la de un ascensor, interpretado por la orquesta—que los recién llegados repararon de inmediato.

De repente una hermosa mujer de falda, chaqueta abotonada en un único broche y con el cabello recogido se les acercó, les sonrió y preguntó:

—¿Tienen mesa apartada?—la palabra «apartada» sonó en realidad «apagtada». La mujer era francesa.

—Sí—contestó Daniel—, la mesa Rodríguez, si no me equivoco es la ciento veinte.

Deslizando las hojas con rapidez, al igual que sus ojos, sobre los papeles del tablero marrón que tenía entre manos, la mujer alzó la mirada y volvió a sonreír.

—Sí, Monsieur, venga conmigo.

Antes de empezar a seguir a la mujer, Eric le susurró a Amanda:

—Sigamos a la francesita, así nos llevará a la Torre Eiffel.

Amanda solo hizo un ademán con los ojos. Eric caía pesado y por eso intentaba ignorarlo.

Recorrieron entre las mesas el primer piso del restaurante. La mesa no estaba tan lejos y daba vista a una parte del segundo, compuesto por una plataforma cuadrada con parapeto que tenía adyacente algunas mesas, este cuadrado no continuaba sino que dejaba otra abertura del mismo

tamaño libre como para que los del piso de arriba vieran el escenario con claridad. Dos pasillos superiores flanqueaban con tres puertas a cada cierto metro, que se sacudían cuando meseros y pasajeros entraban y salían una y otra vez. Asimismo, la pista de baile estaba vacía, revelando el amplio espacio donde muchos moverían su esqueleto bajo el son de Alexia y su orquesta, que se preparaba calentando motores.

Otro bullicio de sorpresa animó a un grupo de personas, dos mesas más allá, en la que los cinco amigos se sentaron. La francesa hizo un ademán llamando a un mesero. El hombre se acercó entregando a cada uno un ejemplar empastado del menú de esa noche. El mesero se retiró por orden de Arán, con la excusa de que tardarían un tiempo en escoger.

—Me encanta este lugar—comentó Lisa, aunque luego arrugó la nariz—, pero el olor a cigarro la caga.

—En absoluto—repuso Arán, rodeando el espaldar de la silla de su novia para dedicarse a escoger la cena con la chica.

Mientras Amanda revisaba atentamente su carta de menú, Daniel se dedicaba a mirar por todos lados en busca del mesero con quien cuadró para el regalo que le tenía a su novia, y de su misterioso padre, con quien tendría una charla—quizá agradable, quizá no—con respecto a muchas cosas del pasado. Vio al primero quien asintió la cabeza y Daniel le devolvió el gesto dando dos golpecitos suaves al aire con la mano abierta, al segundo—su padre—no lo vio por ningún lado.

Eric le dio un codazo amistoso a Daniel.

—¿Ese es el mesero que los atenderá?—preguntó

—Sí, así es. Después de bailar la llevaré. Eso creo.

Bajó la cabeza y llevó su mano al bolsillo del pantalón. Miró por el rabillo del ojo a su novia, quien se inclinó hacia Lisa viendo su menú con atención. Aprovechó el momento para extraer una cajita roja y mostrársela a Eric, incluyendo el contenido. La abrió y un destello proveniente del diamante pegado al anillo de oro se escapó, gracias a las gigantescas lámparas de cristal que colgaban del techo.

—Oye, bro, ¿estás seguro de…? Tú sabes, digo, de lo que piensas a hacer—susurró, vacilando en sus palabras.

—Claro—repuso Daniel, guardando la cajita en el bolsillo de su chaqueta—. Yo amo a Amanda y ella a mí, y creo que ya han pasado los suficientes años como para pedirle la mano.

—¿Y lo saben sus padres?

—No, pero al saberlo se alegrarán. Les agrado de todos modos… ¿Por qué dudas, Eric? Es mi decisión.

—Te lo digo por…

—¡Damas y caballeros—dijo una voz masculina que se escuchó por las enormes amplificadores a los lados del escenario—, reciban con un cordial aplauso al capitán Richardson!

Todos aplaudieron, nadie vitoreo, ni siquiera el grupo de amigos que solían hacerlo para bromear; pero sabían que aquello ya no era broma. Mientras Daniel aplaudía, lanzó unas últimas miradas en derredor en busca de su padre. Nada. No le sorprendía, pues el hombre que vio ante él sabía mentir con estilo.

De seguro ya se ha acostumbrado a hacerlo. Pensó.

En ese instante las luces de las gigantescas lámparas empezaron a menguar, dejando un ambiente claroscuro. Una luz blanca se reflectó en el escenario, ya todos los músicos estaban preparados y algunos tocaban sus instrumentos terminando de alistarse. El círculo blanco de luz se movió a la derecha iluminando al hombre de traje negro y corbata del mismo color, que resaltaba con su camisa blanca y su piel morena. El capitán Richardson caminó elegante y sin prisa hacia el centro del escenario, saludó al público cuyos aplausos cesaron dejando un silencio breve de ultratumba, que fue cortado de cuajo cuando el capitán habló por el micrófono.

—Gracias, gracias. Buenas noches a todos los pasajeros de primera clase que han asistido a esta hermosa noche de gala, en el restaurante del Carpentian Cruise. Veo algunas caras reconocibles y otras no, pero durante este magnífico viaje nos estaremos conociendo. Permítanme adelantarles que amo conocer gente nueva—todos lanzaron una carcajada cuando el capitán enarcó las cejas, paseando su mirada al público en penumbras— ¡en serio! Ver a la misma gente aburre, pero al conocer a diferentes personalidades cada día, hace que uno sea más sociable, amable y humano a cada necesidad que posean. ¡Y cómo capitán! Es mi deber saber quién está en mi barco, si no, pararán en la pequeña prisión por no traerme una deliciosa arepa criolla.

Otra gama de risas retumbaron.

Daniel le dio otra oportunidad a la búsqueda de su padre. Desvió la mirada hacia la derecha y solo vio a varias personas volverse a reír, otras aplaudían limitándose a golpear la mesa, otras se atragantaban dando arcadas mientras se agarraban la voluminosa barriga. Trasladó sus ojos a

otro lugar viendo a los vaqueros también reírse. Uno de ellos digo algo a lo que todos volvieron a reír, y el capitán le devolvió el chiste en otra gama de risas. Ambos vaqueros debían adorar muchos sus sombreros, puesto que el que dijo el chiste se puso de pie, se lo quitó haciendo una reverencia siendo aplaudido por los demás pasajeros.

Secándose las lágrimas que brotaban de las comisuras de los ojos del capitán, sin evitar reírse, dijo:

—¡Hay que ver que los venezolanos son muy alegres! ¡¿Quién lo diría?!

—¡Y no ha visto nada!—gritó Eric.

—Ya me lo imagino—el capitán pareció buscar entre el público la voz del hombre joven que le respondió; al no dar con ella, prosiguió: —. Bueno, bueno, volviendo a lo nuestro, espero y deseo de todo corazón que tengan experiencias gratificantes en el Carpentian. Tienen todo los lugares accesibles que les fascinará, y habrá rebajas por ser su aniversario. ¡Por esa razón! Esta noche me siento muy alegre, no por el aniversario, sino por la hermosa cantante, actriz, modelo y diseñadora que les pondrá a bailar como nunca antes. ¿Saben de quién les habló?

Otra ola de carcajadas, seguida de un «No» como respuesta burlona. El capitán volvió a reírse para luego decir:

—Les habló de Alexia… ¡La reina del MEERENGUEEEE! ¡Un aplauso!

Todos aplaudieron viendo al capitán bajar del escenario para dejar entrar a la mujer, quien apenas pisó el escenario la música hizo gala en el restaurante. Las luces amarillas que iluminaban desde el techo del escenario, cubiertas por una cortina roja de telón, aumentaron su luz para dejar ver con mayor claridad a la rubia cantante, cuya voz pareció hipnotizar a todas las parejas que se ponían de pie, llenando la pista de baile de rápidos movimientos.

Los primeros en romper el hielo en la mesa de los cinco amigos fueron Arán y Lisa, los siguientes Daniel y Amanda, después de que el primero le hiciese un ademán con la cabeza señalando la pista de baile. Ambos se llegaron al lugar atestado de bailarines profesionales, si se podía llamarse así, y Daniel le rodeó la cintura a su novia agarrándole la mano derecha; Amanda hizo lo propio para escuchar a su novio.

—Debes guiar mis pasos.

—Siempre los guio, cariño.

Y con una sonrisa empezaron a bailar. Daban vueltas en su propio eje, se alejaban, se volvían a unir, pero en ningún momento dejaron de reír. Lo

mejor de todo es que ninguno le pisó los callos a nadie, de lo contrario la alegría se hubiera disipado. Sin embargo, tras la última vuelta dada por Amanda, siendo Daniel quien tenía su mano agarrada estando por encima de ella, la trajo hacia sí, moviéndose de izquierda a derecha cuando faltaban diez segundos para acabar la canción.

Jadeando y empezando a sentir el sudor caer por su frente, el hombre joven dijo:

—¿Quieres ver tu regalo?

—¡Oh, Dios! Se me ha olvidado. ¿Qué es? Dime.

—No te diré, tendrás que seguirme.

Ella asintió, saliendo los dos del tumulto de gente. La música atraía a más personas.

Daniel buscó rápidamente al mesero mientras esperaba a la chica que buscara su bolso, al captarlo asintió con la cabeza haciendo que el hombre se moviera de donde estaba para cumplir su labor. Amanda se acercó a su novio agarrándole la mano y entrelazando los dedos, para ponerse en marcha hacia las escaleras que daba al pasillo derecho por el cual subieron y se adentraron, atestados de pasajeros de primera clase quienes estaban en otras ocupaciones.

—Te vendaré los ojos—reveló Daniel, justo al momento en que unos vítores y aplausos sonaron tras el final del primer tema.

—¿No me tirarás por la borda, verdad?

—No sé, creo que sí—y se carcajeó, a lo que Amanda no le gustó y le golpeó el hombro con tanta fuerza que Daniel le dolió.

Le vendó los ojos con un pañuelo perfumado a hombre, y con paso firme, la llevó con sumo cuidado por los pasillos llegando hasta el final del recorrido que, en sí, era una extensión del restaurante al aire libre y solitario… solo para ellos dos. Le quitó el vendaje y después de parpadear dos veces, Amanda miró el abandonado lugar, en especial la mesa decorada con una hermosa vela dentro de dos cisnes de cristal que formaban un corazón al unir sus cabezas.

—¿Qué es todo esto?—preguntó anonadada.

—Una cena romántica. La primera, si te soy sincero.

Era cierto. Era la primera cena romántica que tenían, ya que estudiar medicina y tener guardias casi al tiempo completo, muy poco tuvieron

para ellos dos hasta ahora.

—No debiste, Daniel, yo te amo con o sin cena.

—Quería darte algo especial, algo lindo que pudieras recordar.

Ella sonrió y sus ojos se volvieron vidriosos.

El mesero llegó hasta la mesa con una botella verde que destapó quitándole el corcho. Ambos tomaron asientos viendo las copas ser servidas. Por último, el hombre preguntó si ya tenían algo elegido para comer. Amanda afirmó la respuesta y Daniel prefirió un plato como el de su novia, por lo tanto el mesero solo escribió el nombre y un (X2) para marcharse.

Una vez solos, Daniel agarró su copa levantándola unos centímetros de la mesa. Amanda hizo lo mismo, oyendo a su novio decir:

—Brindo por nuestro noviazgo.

—Que sea próspero—dijo ella.

—Que sea fructífero—replicó él.

—Que estemos unidos para siempre—contestó ella.

—Salud—añadió él.

Chocaron sus copas y dieron el primer sorbo al exquisito Champagne burbujeante, para ver en los minutos restantes el cabello de la chica revolotear a causa del viento.

Capítulo 5

—Entonces quedamos así—había dicho el capitán de guardia, minutos antes de que Richardson saliera al escenario.

—Sí—contestó el capitán Richardson, bebiendo de un trago su copa de sangría—, no habrá mucha movilización esta noche. Eso espero. Hemos tenido viajes exitosos y espero que éste sea uno de ellos.

—Así será, capitán.

De repente la voz del orador anunció la aparición del capitán Richardson. El capitán Harlem le deseó suerte en la festividad, así como no se olvidara de llevarle algunos pasapalos para comer de tanto en tanto. Los turnos nocturnos en los cruceros eran tediosos—un poco más que los que realizan los médicos—y se debe a que, por lo menos, el de las guardias de los equipo de salud hay infinidades de cosas que hacer, y si no las hay se acuestan a dormir; en cambio las guardias de los capitanes de turno no había absolutamente nada qué hacer, solo pasearse por el barco, ver el mar y preguntar de vez en cuando por vía walkie-talkie sobre alguna novedad. Esa era una de las razones del porqué Harlem no estaba en la cabina de mando, sino en uno de los pasillos de primera clase que era transitado por pocas personas, dejando al hombre absorto en sus pensamientos viendo el encantador mar.

Advirtió la franja blanquecina a lo lejos del vasto océano, a lo que no le prestó atención, puesto que la luna estaba en lo alto del oscuro cielo careciente de estrellas; y era tal el albor del satélite natural, que dibujaban con claridad las ondulantes formas del agua moverse, por lo que se dedicó a pensar en su familia, en Alemania. Se propuso a deslizar la pantalla de su IPhone las fotos de su esposa y su hija, sonriendo con cualquier recuerdo que llegaba a su mente. También escuchaba el encantador sonido el Carpentian rozar con el agua, un sonido armonioso y podía compararse con el de una fuente, pero mucho más fuerte.

Pasó la última imagen donde salía la pequeña niña abrazando a su madre—era su cumpleaños y estaban ambas ante un enorme pastel—cuando se adentró sin darse cuenta en una carpeta llamada: «Remembers», en la que aparecía la foto de su mejor colega en naves, y que falleció tras la explosión de su barco.

Toda su felicidad se desvaneció esa noche, quedó tan vacío que cualquier chiste que dijera el capitán Richardson no haría siquiera subirle el ánimo. Suspiró y de repente un sonido magnético emergió del walkie-talkie seguido de la voz de un hombre, quien dijo:

—Capitán Harlem, cambio, ¿puede escucharme? Capi…

—Sí, cambio, te escucho—interrumpió, dejando a la mitad las palabras del hombre.

Hubo un silencio que era sustituido por el agua y el barco. Pensó que tan solo fue una equivocación o tal vez lo necesitaban en cabina. Quizá lograron resolver el problema que debió haber ocurrido. Cuando pensaba volver a colocar el walkie-talkie en su cinturón, este volvió a transmitir la voz del marinero.

—Capitán tiene que ver esto. El satélite todavía no lo ha captado, no sabemos por qué, pero uno de los transmisores sensoriales de tsunamis ha mandado una alerta.

—¿Tsunami has dicho?

—Bueno—el marinero vaciló por el comunicador—, no sé decirle. Solo sé que mandó una señal con códigos: S-00051. Son las coordenadas…

—Voy para allá—sentenció.

Se enganchó el walkie-talkie del cinturón, se irguió, guardó el teléfono y algo repentinamente captó su atención: la franja blanquecina se había vuelto más grande y luminosa, extendiéndose de largo a largo y una altitud que desconocía. El corazón se le atenazó y echó a andar deprisa. Estaba dos pisos arriba del restaurante y la cena romántica de la pareja que no vio, así que tenía acceso rápido a la cabina de mandos con tan solo caminar en línea recta todo el trayecto, toparse con una escalera con un letrero en la columna izquierda que rezaba: «SOLO PERSONAL AUTORIZADO» escrito en inglés, y con una manito negra indicando que te detuvieras.

Allí se encaminó, subiendo las escaleras pisando dos escalones por cada paso. Llegó al piso de la cabina de mandos y la brisa fría le golpeó de pronto, obligando a frotarse los brazos. Abrió la puerta y entró en la estancia en penumbras, que era irrumpida por las lucecillas del panel de mando del Carpentian, y en especial por el holograma, que emanaba una luz más fuerte que las anteriores.

El marinero miró por encima de su hombro a su superior.

—Capitán, el mapa de transmisores indica que hay una gran amenaza aproximándose por estribor.

—Muestra el mapa—dijo, luego de ver que en el holograma solo aparecía

el barco intacto.

Otro marinero se deslizó en su silla hasta un ordenador en el que empezó a teclear con rapidez. Acto seguido llamó al capitán Harlem, para que viera una serie de círculos verdes, con un punto azul cerca del centro y uno rojo a unos diez centímetros del primero. El marinero tecleó otra vez; antes de presionar Enter, dijo:

—Fíjese en esto—y presionó el botón.

Una franja verde empezó a girar alrededor de los círculos, produciendo unos pitidos y a su vez midiendo lo que el transmisor de tsunamis indicaba: este aumentaba y disminuía, aumenta y disminuía su intensidad a cada cierto tiempo. El marinero miró al hombre a su lado y preguntó:

—¿Es normal eso?

No respondió, puesto que un marinero entró en la cabina por la puerta principal del interior del barco. Tenía los ojos desorbitados y la frente perlada en sudor, mas no evitó que hablara.

—¡Señor, la placa tectónica se ha roto y ha creado una serie de maremotos y…!

—Y viene para acá—completó el marinero del ordenador, aterrado.

—¡Viren el barco ahora mismo!—ordenó el capitán.

Harlem agarró sus binoculares, salió de la cabina y miró a través de ellos: la franja blanca dejó de ser una simple línea diminuta, para convertirse en una poderosa ola de más tamaño que el Carpentian; y se aproximaba…

—Oh, Dios mío. ¡Viren el barco ya, ya!

Corrió hacia la palanca de mando que el marinero movía, lo apartó de un empujón y fue él quien halaba con más fuerza. De la nada el primer pitido de alerta sonó: la brújula de orientación del Carpentian con destino a la isla Landyland se desvió, después otro silbido proveniente del holograma que captó la presencia del tsunami acercándose. Rápida y ágilmente, los marineros a los costados empezaron a mover las aspas de los laterales para aumentar el viraje: las de la izquierda se apagaron, era la mejor opción; las de la derecha aumentaron de velocidad, y el pitido de la brújula aumentó.

—Aumenten velocidad de propulsores traseros, ¡ya, ya!—ordenó el capitán.

—¡Capitán, se aproxima…!

El capitán Harlem levantó la mirada. El tsunami empezaba a aparecer ante el ventanal de la cabina de mandos. El barco viraba, pero no era suficiente porque había demasiado peso encima.

—¡Liberen presión! ¡Necesito el barco lo más liviano posible!

Aunque con ellos conseguiría dos resultados: uno positivo, que sería el de acelerar la nave para que virara, y el negativo:

En otra parte del barco—debajo de toda la ciudad flotante—, más en la cabina inferior en la que se hallaban un montón de tuberías desde la más gruesa hasta la más delgada, cientos de hombres se enteraron de la noticia informada casi al instante. Saltaban, corrían y caían hasta llegar a las llaves, girándolas con lo más rápido que sus brazos podían, soltando un gas acompañado por una abertura para liberar la presión, que hacía que el barco tuviese un peso correspondiente con respecto a los pasajeros. En el caso del Carpentian, era usado por si llegase a hundirse y con liberar la presión, daba entre dos a tres horas más para evitar que se sumergiera.

Pero este no era el caso, y era tarde cuando el capitán se dio cuenta.

Estaba entrenado para cualquier atrocidad, menos esa. Sin más que hacer, miró al marinero a su costado—el tsunami estaba muy cerca y los pitidos ensordecedores enloquecían.

—Enciende la alarma—susurró.

Era lo único que debían a hacer, sin saber lo que venía detrás del primer tsunami.

Capítulo 6

—Nunca he estado más enamorado de ti que hoy—confesó Daniel.

Amanda dejó la copa encima de la mesa para ver directo a los ojos a su novio, apoyar su quijada en su mano, suspirar y contestar:

—Digo lo mismo.

—Deberíamos escaparnos.

—¿A dónde?—ella sonrió—Es algo loco.

—No lo sé… quizá a Francia o a un país muy lejos de aquí, de nuestros amigos, de nuestra gente… solo para dedicarnos a tiempo exclusivo.

—¿Y qué hay de nuestros pacientes?

—Para eso tenemos amigos, para que se ocupen de ellos.

—¡No seas malo! Gina confía más en mí que en Lisa—Gina era una niña del área de cardiología, cuando Amanda hizo su pasantía en esa unidad la conoció haciéndose grandes amigas.

Daniel colocó su mano sobre la de su novia, buscando la mejor forma de sacar la cajita roja con el anillo y decirle: «Cásate conmigo», aunque de por sí esas palabras estaban trilladas hasta la médula. Él quería algo más original, algo único que ella no pudiese olvidar jamás, pero no lo que le recomendó Arán: «Desearía tener diabetes, para que tú seas la insulina; así mi amor dependería de ti toda la vida», y claro que no lo diría. Sonaba más chistoso que algo sincero y salido del corazón.

Antes de viaje en el Carpentian, durante las guardias nocturnas en el Hospital Santa María Bendita, se dedicó a ver películas románticas; desde el Diario de una Pasión, pasando por Orgullo y prejuicio, y terminando con Titanic que le hacía recordar en parte lo que vivía actualmente. Practicó ante el espejo las mejores formas de cómo expresarse, la mejor forma de no quedarse trabado ni menos tartamudear; sino parecer lo más seguro de sí mismo que en cualquier otro momento.

Pero su mente estaba en blanco y no producía nada romántico. Quizá tengo la Oxitocina baja. Se dijo para sí, riéndose.

De repente el cabello de Amanda se movió en otra dirección, y cuando Daniel se decidió a sacar el anillo del bolsillo de su chaqueta, arrodillarse y

declararse como prometido hasta la boda, ella dijo:

—Algo anda mal. El viento cambió de dirección.

El mantel que no se movía, empezó a levantarse por las esquinas, amenazando con derrumbar las copas aún llenas. Amanda se levantó de la silla, seguida de Daniel, para divisar por encima de la barandilla la espuma alejarse del origen real del roce entre el mar y el barco.

—Mira eso, el barco se está mo… estamos virando.

—¿Virando?—se contrarió el hombre— ¿Cómo lo sabes?

—Por la espuma, recuerda que…no puede ser—las últimas tres palabras fueron dichas en un susurro de perplejidad.

—¿Qué? ¿Qué ocurre?—Daniel la miró y ella miraba hacia enfrente.

Él también desvió sus ojos viendo lo que produjo que salieran las tres palabras de la boca de Amanda: ante ellos una enorme ola tomaba altura y se acercaba al Carpentian. Ya había tapado la luna y el mar era atraído con lentitud.

—¡Hay que decirle a los demás, hay que decirles ya!—gritó Amanda y se volteó rápidamente echando a correr.

—¡Espérame, Amanda!

Daniel la empezó a perseguir. Cuando salieron de la extensión al aire libre del restaurante, la chica empujó involuntariamente al mesero quien cayó de culo al suelo anonadado, pero más allá de eso fue que su vestimenta blanca fue manchada por los camarones que le cayeron encima. Daniel no le prestó atención, su novia se detuvo en una bifurcación de la galería mirando a ambos lados.

—¡Por aquí!—dijo, torciendo a la izquierda y recorriendo unos dos metros para doblar a la derecha y luego en el mismo sentido otra vez.

Amanda se le adelantó por el pánico que la envolvía, empujando a todo aquel imbécil que se atravesaba y que de por sí, desconocía la amenaza que estaba a punto de dar contra el barco. De la nada, un carrito plateado cargado de dulces apareció ante ella haciéndola chocar, derrumbando todos los postres. Detrás, Daniel tropezó cayendo sobre su novia quien se incorporó con velocidad. Él también se puso de pie, escuchando los insultos del mesero y haciendo caso omiso de las expresiones faciales de los demás pasajeros.

Cuando faltaban cinco pasos para estar ante la puerta de doble hoja, que se batía entre adelante y hacia atrás al instante que un hombre panzón salió del restaurante, brotó el sonido de la alarma por todos lados y una voz electrónica decía que no era un simulacro, que mantuviesen la calma. Al abrir la puerta, dejando que la pareja entrara, el costado derecho del Carpentian se inclinó como si se hundiera para acto seguido levantarse e inclinarse del lado opuesto, produciendo una serie de rechinidos de metales seguido de gritos ensordecedores, que atenazó todos los corazones.

Todo duró poco:

La cresta del tsunami se arqueó y chocó contra los camarotes superiores, extendiéndose hacia los demás que iban en descenso. El barco se inclinó más. El agua se colaba por los ventanales rotos y penetraba en los pasillos por las aberturas de las puertas, las luces empezaron a fallar y los pasajeros de esas galerías gritaron, apoyando sus cuerpos de la pared. La feria de comida era una estructura ubicada al final del barco, y cuyo interior se apreciaban las sillas y mesas, desplazarse hacia la izquierda chocando y amontonándose, hiriendo y asesinando a los pasajeros; y cuyo techo era la mitad de una pirámide de cristal que apenas tuvo contacto con el tsunami, se quebró, haciendo entrar el agua a cántaros chocando contra el amontonamiento de personas y asientos, ahogándolos casi por completo.

Casi del mismo modo ocurrió con el centro comercial: los maniquíes y los estantes rompieron los cristales del lado derecho, del lado izquierdo se adentraban más a las tiendas evitando que los clientes y personal salieran. Los pasajeros del costado derecho eran detenidos por la gruesa barandilla de metal hasta que los estantes chocaban—algunos asesinaban y herían a las personas—cayendo a la planta baja, donde la piscina expulsó a sus nadadores, resbalándolos por el liso mármol junto con las palmeras—que no soportaron la inclinación que se acercaba a los sesenta grados—, que sacaron sus raíces cayendo y hundiendo el parapeto del lateral izquierdo, y obligando a algunas personas a soltarlo para atravesar los cristales, yendo al fondo de las tiendas.

La discoteca fue lo peor de todo, puesto que se hallaba a oscuras y los fogonazos de luces de colores era lo único que corrompía la penumbra, hasta que dio paso a la confusión: todos se resbalaban, los pilares de hierro que sostenían los faroles de luces, cayeron aplastando unas cuantas cabezas y rompiendo unas costillas. Los gritos aterradores eran todos iguales, excepto por la explosión producto de un corto circuito al filtrarse el agua por la cabina de mando, cuando el agua rompió los cristales de ese importante lugar. Asimismo, otra explosión detonó en la cocina adyacente al restaurante, cuando las bombonas de gas se desprendieron de sus conexiones, teniendo contacto directo con las llamas de fuego que producían las cocinas. Cocineros y meseros dentro de ese lugar se

quemaron gravemente, algunos murieron al instante cuando unos carritos los aplastaron contrarrestándolos por completo.

La proa y la popa—al igual que el largo del barco—quedaron medio hundidas; el agua se deslizaba por la superficie del Carpentian hacia el otro lado del mismo, mientras Daniel sostenía a Amanda estando él sosteniéndose lo mejor posible de la balaustrada, viendo a su novia pender y depender de él para seguir con vida. No prestó atención a su alrededor, los gritos se transformaron en quejidos de dolor, alguno que otros gritaban. Un hombre—el panzón que había salido—yacía muerto al lado de Daniel quien evitaba verlo, porque sentía que su chica caería, sin saber lo que deparaba el futuro dentro de unos segundos. Solo tenía conciencia de que sus manos sudaban, lo que obligó al hombre a usar su otra mano para agarrar mejor a Amanda.

Sin embargo, el otro tsunami—de los muchos que se aproximaban por causa del maremoto—venía a toda prisa, arrastrando el agua y consigo el Carpentian que empezó a emitir rechinidos de metales, mientras se movía como si fuese a ponerse bocabajo. Daniel soltó una mano y la empleó para agarrarse del parapeto cuando se resbaló, también colgando y dependiendo de que la caoba no cediera.

—¡No te sueltes!—chilló Daniel, mirando entre el parapeto y Amanda, quien rompió en llanto.

—¡Daniel, no…! ¡Quiero que acabe, quiero que acabe…!—lloriqueaba la mujer.

Llegó un momento en que ambos estaban a noventa grados bocabajo, para moverse, dando una vuelta casi completa. El cuerpo del hombre panzón cayó directo al restaurante, cuyos pasajeros se movían al igual que el barco, unido a los asientos que les golpeaban una y otra vez. Daniel vaciló cuando el Carpentian empezaba a posicionarse del lado contrario al que estaba, dando un leve movimiento brusco sintiendo su muñeca adolorida.

—No puedo sostenerme—se quejó Amanda.

—¡No pienso soltar…!—y fue demasiado tarde: el otro tsunami embistió al crucero tragándolo de un bocado, y con la fuerza interna, moverlo en otra serie de vueltas que trasladaban a los pasajeros de un lado al otro como la ropa girar en una secadora.

Por si fuera poco, cuando el barco se colocó verticalmente como si fuese a emerger del interior del tsunami, Daniel y Amanda cayeron de nuevo en el pasillo, pero cuando el Carpentian volvía a rotar, empezaron a moverse, siendo la chica con más deprisa. Daniel se arrastró con la poca fuerza que tenía, alargó su mano que se deslizó al agarrar el dorso de la de Amanda

quien cayó al vacío del restaurante, mezclándose con las demás personas. Por un pequeño distractivo, en un «No puede ser» pensativo, Daniel también se deslizó con brusquedad. No le dio tiempo alguno de sostenerse del parapeto, así que al caer al vacío todo se volvió oscuro y lo único que sintió antes de que la oscuridad le envolviese fue un gran peso que cayó encima de él.

Aunque si no hubiese sido por el agua que inundaba el restaurante a unos centímetros del suelo, y el terrible peso sobre él; Daniel estuviese ahora muerto. Despertó de sobresalto sintiendo que el agua se adentraba en sus fosas nasales. Todo había pasado y sentía que tenía unos ochocientos kilos encima de su espalda. Empezó a moverse cuando sintió un horrendo dolor en su antebrazo, que le detuvo produciendo un alarido de dolor. Se preguntó en dónde estaba, qué había ocurrido, pero solo veía una fina capa de agua, oía unos chispazos eléctricos y todo daba vueltas a su alrededor, producto del movimiento del Carpentian.

Usando el brazo bueno logró sacar la mitad de su cuerpo y ver el estado del izquierdo sobre la manga de la chaqueta, emitiendo un grito ahogado para dejar caer su cabeza, respirando forzadamente, debiéndose a que el hueso cerca de la muñeca se había roto—o eso creía él—y sobresalían de los músculos y de su piel. Hasta pudo jurar que vio el filo de un hueso traspasar la piel, pero no lo supo con seguridad. Donde se encontraba estaba casi a oscuras y un haz de luz fantasmal era lo que débilmente daba una visión, algo imprecisa de lo que le rodeaba. Las respiraciones se volvieron cortantes como si fuese a llorar, y empezó a arrastrarse logrando salir del montón de cadáveres—algunos desfigurados y otros completos—que estaban encima de él.

Tembloroso y con las piernas que cederían en cualquier momento, miró en derredor el mar de cadáveres; y el primer pensamiento cuerdo que cruzó en su mente fue…

Volvió a mirar a su alrededor, jadeando y estando más confundido que antes. Donde estaba no era ni lo más parecido a lo que recordaba, seguía confundido; y además del brazo la cabeza también empezaba a dolerle, martillándole el cráneo y el cerebro.

—¡Aman…!—se calló cuando dio su primer paso adelante, sus piernas flaquearon cayendo de rodillas sintiendo un terrible dolor, que le obligó a arrugar la cara.

Deseó descansar todo su cuerpo, colocando sus manos en el suelo; mas no pudo al ver el estado del antebrazo izquierdo, estremeciéndose por lo horrible que estaba. En su carrera como médico, Daniel jamás se había fracturado siquiera un hueso de su cuerpo—tampoco cuando era un crío—, pero sí había curado en varias ocasiones distintas lesiones de esta magnitud, en distintos pacientes desde el más niño hasta el más anciano.

Lo peor era que sabía lo que le vendría si lo rescataran, y no sería por el método que empleaba para una fractura normal: espera a que el paciente se distraiga, acercarse, contar hasta tres y encajas el hueso; otro método es aplicando un leve paso de corriente para distraer al músculo. En su caso, iba más allá de eso y temía por el dolor. Macabramente, recordó las palabras que solía decir: «No dolerá, te lo prometo» «¿Está seguro, doctor? Tengo miedo», decía el paciente, «Seguro, solo una molestia pequeña, nada más».

Seguía jadeando con menos intensidad, empezaba a recuperar el semblante y la compostura. Levantó la mirada viendo la tarima donde no había músico alguno, pero sí el cuerpo inerte de Alexia con dos vigas traspasándole el abdomen y una farola de luz aplastándole la cabeza. Una serie de chispazos llegaron de nuevo a sus oídos: un cable pendía y se sacudía convulso, lanzando chispas estando muy lejos del suelo y del agua. No obstante, Daniel se dio cuenta que no pisaba exactamente el suelo sino la pared: la del costado derecho era el suelo, la del izquierdo era el techo donde las puertas de doble hoja estaban abiertas de par en par, por donde se colaba el leve haz de luz; el que era el techo, ahora las hacía de pared y las lámparas—algunas de ellas—seguían colgando, rotas y chispeando corriente. Se puso de nuevo de pie algo más seguro de sí mismo y gritó:

—¡Amanda!—no hubo respuesta—¡AMANDAAA!

Empezó a caminar tambaleante mirando el desastre.

—¡AMANDAAAA!!!—se le quebraba la voz, deseaba llorar y pensaba que ella y sus amigos estaban muertos como el resto.

De repente una voz a lo lejos gritó:

—¿Hay alguien con vida?—era una voz masculina— ¡Hola!

—Estoy aquí abajo… ¡AYUDA!… Auxilio—masculló la última palabra, abrumado.

Un hombre se asomó por la puerta de doble hoja. Estaba igual de golpeado y los hematomas se veían a simple vista. El hombre descendió por una soga cuando dijo a alguien que sí había alguien vivo. Al caer y acercarse a Daniel, le preguntó:

—¿Se encuentra bien?

—Tengo el antebrazo fracturado—e intentó cerrar la mano, sin resultado positivo.

—Bien, me va abrazar para ponerle el chaleco y subirlo con más seguridad. Mantenga el brazo herido afuera.

Así hizo Daniel mientras el hombre se movía ágilmente. Sabía que no era un rescatista, primero por la ropa: tenía los pantalones de marinero, andaba en una franelilla empapada de sudor o de agua, tampoco sabía cuánto tiempo ha estado inconsciente o cuánto tiempo llevaba el barco en esas condiciones, ¿una, dos, tres o más horas? ¿Una, dos, tres o más días…semanas, tal vez? No lo supo. El marinero haló dos veces la soga que iba hacia el pasillo de arriba.

—¿Listo?—preguntó una segunda voz masculina.

—Sí, súbenos.

Empezaron a subir llegando a la galería que estaba expensas de la oscuridad. Allí había cinco hombres que los recibieron, también marineros del Carpentian, y flanqueando el pasillo, hileras de cadáveres pálidos presentando rigor mortis, se extendían uno encima de otro.

—Bien, ahora sígame, por aquí.

Por un momento Daniel se olvidó de Amanda, pues ya debía estar sin vida entre la muchedumbre del restaurante, y si era así, esperaba a que estuviera en los brazos de Dios, aunque solo lo pensaba para no romper en llanto. Sin más, con expresión melancólica, siguió al hombre por diferentes pasillos, ascendiendo hasta llegar al exterior. Una fuerte luz chocó contra sus ojos obligándolos a cerrarlos, y a medida que los segundos transcurrían rápidamente, los entornó adaptándose a la luz. El hombre le quitó el chaleco separándose para que otro se acercara preguntando:

—¿Tiene algún hueso fracturado?

—El antebrazo—respondió el marinero que le sacó de adentro.

—¿Cuál es su nombre? ¿Se acuerda?

¿Que si se acordaba? ¡Claro que no! Estaba confundido, incluso se atemorizó al darse cuenta que no recordaba su nombre. Intentó hacer memoria, lo tenía en la punta de la lengua, pero las papilas gustativas no dejaban soltarlo. No pudo creer que se le haya olvidado su propio nombre. Repentinamente sus oídos captaron el sonido del mar y los gritos de mandatos de alguien… ¿Y su nombre, qué? No obstante, como si su cerebro hubiera propiciado una descarga a cada una de las neuronas, se acordó—o de momento—para decir:

—Soy Daniel…Rodríguez.

El marinero escribió el nombre en una tabla con hojas. Afirmó y le deseó buena suerte en su recuperación para girarse sobre sus talones. Otro marinero le rodeó con una toalla y le guió para bajar del Carpentian. Estaban encima de él, más bien, estaban pisando donde se encontraban los camarotes de segunda clase, ya que los de primera estaban hecho un desastre.

Mientras caminaban, Daniel se percató del ambiente que los rodeaba: todo estaba repleto de árboles y arbustos hacia lo que parecía una isla, algunas montañas sobresalían flanqueando el lugar. Del lado opuesto al barco se encontraba el vasto océano, cuyas olas se llevaban y devolvían los restos del Carpentian, como tablas de maderas, vidrios y otros objetos que no logró precisar. El olor a playa le llegó a su olfato trayéndole buenos momentos, hasta que los malos hicieron acto de presencia cuando empezaron a descender por la estructura esquelética de la pirámide de la feria de comidas. Había uno que otro cadáver, las sillas y mesas sí eran más abundantes con todo el desastre dentro, al igual que el agua y la arena acumulada.

Al pisar tierra—compuesta por una arena amarillenta— echaron a caminar rodeando la popa del Carpentian medio hundida entre el mar y la isla. Una ola chocó contra el barco sin hacerlo mover ni un centímetro. Fue allí cuando Daniel miró alrededor a los sobrevivientes sentados en el suelo; unos rotos en llanto, otros limitándose a decir algo guardando absoluto silencio, otros—como los marineros—yendo de aquí para allá buscando objetos que necesitaban en algún lugar que no conocían. Determinó, al ver al crucero, que la chimenea del mismo estaba rota e inclinada en el suelo, la piscina de la cubierta externa estaba hecha un desastre, del mismo modo que la discoteca y la cabina de mando, en el cual se observaba algunos cuerpos acomodados en la oscuridad, cubiertos torpemente por una toalla.

Faltando pocos metros para llegar a una carpa que hacía de enfermería, una voz femenina gritó su nombre.

—¡Estás vivo! ¡Oh, por Dios! ¡Te creímos muerto!—era Amanda y ella le envolvió el cuello con sus frágiles brazos para abrazarlo, vuelta en lágrimas

—Yo igual, mi amor…—vio a todos sus amigos: Eric, Lisa y Arán. Algunos con cortadas algo graves y tenían un vendaje que evitaba el paso de la sangre. Sin embargo, las vendas blancas estaban rojas. Y la única que al parecer salió ilesa fue Lisa, quien no tenía ni cortada ni fractura, aunque sí varios hematomas morados con bordes verdes.

—Señorita, aléjese del caballero, por favor. Iremos a la enfermería y cuando salga podrá hablar con él—dijo el marinero, serio.

Amanda hizo caso, se separó de Daniel enjugándose las lágrimas para que todos sus compañeros lo viesen marchar hacia la carpa.

Capítulo 7

Daniel tomó asiento viendo a los marineros que le escoltaron marcharse.

La carpa de enfermería era un pequeño lugar improvisado, alzado por cuatro columnas de metal, los cordones de la gruesa tela sostenidos por tres sogas rodeando una estaca en la arena—que con una fuerte brisa lo volaría en cuestión de segundos—, y una palo de madera más largo que seguramente debieron extraer del bosque de al lado. Dentro había seis enfermeras y dos enfermeros, de los cuales estaban con heridas en la sien donde estaba una gaza—manchada de sangre—con cinta adhesiva, otro tenía un cabestrillo de tela y a una mujer le brillaban los ojos bajo las gafas; pero Daniel aguzó la mirada reparando que no eran los ojos en sí, sino era una gama de trocitos de vidrio—quizá de sus anteojos medio rotos—clavados en el párpado, rodeando las pestañas de los ojos.

Daniel se estremeció. Desde que inició la carrera de medicina, con tanta alegría y entusiasmo, siempre tuvo una debilidad ante las enfermedades oculares, eran las que más despreciaba. Había atendido a lo largo de su estudio a más de un paciente con conjuntivitis… Dios, aquellos ojos rojos, llorosos y hundidos le hacían sentir la misma sensación.

No, no sufro de hipocondrasis. Pensó, rezando que así fuera.

Durante su breve pasantía por el temible quirófano, un paciente había llegado con un destornillador hundido directo en la cuenca, estando el ojo estripado y vacío de sangre, mientras que la punta de la herramienta casi se hundía también en el cerebro. Por suerte solo lo tocó, sin hacer mucho daño. En la operación, extrajo la herramienta y el ojo, viendo la órbita mostrar el cerebro punzado levemente y aún sangrando.

—No hay nada que hacer por el cerebro—había dicho el jefe del departamento de cirugía—. Si padece de problemas neurológicos en el futuro, tendrá que vivir clavado en un consultorio por el resto de su vida.

Era cruel, y Daniel lo sabía.

La cuenca vacía fue sustituida por un ojo de vidrio, nada agradable el color blanco y en cierto punto surcado de ligeras venillas, que tan solo era el reflejo de los capilares del párpado interno y parte del cerebro. Por eso prefería las enfermedades como la miopía o el estrabismo, eran más fáciles que ver los ojos inyectados en sangre.

Sin embargo, no apartó la vista de la mujer de lentes rotos a la que admiró por su empeño en mover de arriba abajo la mirada, teniendo esos trocitos de vidrio allí enterrados. Otro de los enfermeros arrastraba una pierna; debía dolerle o estar lesionado, y a falta de muletas—siendo las

ramas útiles como sustituto—parecía que su pierna estaba muerta. Lo más triste de todo eran los pacientes: estos yacían tumbados en una tela blanca, otras de distintos colores, con heridas bastante graves.

Uno de los pacientes murió, y la enfermera de ojos vidriosos le tomó el pulso bajo la carótida. No duró el tiempo reglamentario, pues apenas duró un par de segundos y cubrió el cuerpo; llamó a un par de marineros quienes removieron al hombre de su lugar, sustituyéndolo por otro.

—Esta gente no puede tener una racha mejor—comentó Eric, acercándose a Daniel.

El hombre le miró de reojo, sorprendido por la presencia de su compañero.

—¿Qué haces aquí?

—Buena pregunta—colocó una caja de herramientas en sus piernas cuando tomó asiento—, el doctor Ortega te curará ese brazo…

—¡Oh, no! Eso sí que no.—y deseó estar sano, sin ninguna fractura, para poder ser él quien dijera esa palabra: «Curar». Lo malo era que estaba en el otro lado de la palabra, y no le gustaba de nada.

—¿Qué? ¿Tienes miedo de que tu mejor amigo te atienda? Al fin y al cabo, somos médicos.

—Sí, podemos serlo, pero puedo curarme esto solo.

—¿Ah, sí? Apuesto un billete de cien a que no podrás siquiera sacarte el esmoquin tú mismo.

Desafiante, Daniel se puso de pie y cuando se quitó una parte de la chaqueta del brazo malo, se detuvo y arrugó la cara.

—Te lo dije. Si no puedes con ese dolor, menos podrás moverte los huesos, si es eso lo que tienes. Déjame ayudarte.

Con suma delicadeza, Eric ayudó a Daniel a quitarse la chaqueta y la herida del brazo se hacía más visible; luego se desanudó la corbata para dejarla a un lado, desabrocharse la camisa blanca y quitársela. Al ver la herida, respiró hondo. Por suerte no era el antebrazo—por lo cual estuvo algo tranquilo—, pero no pudo haber dicho lo mismo de la fractura del radio, cerca de su muñeca: parecía dos montañas en sentidos opuestos. Vio que Eric vaciló en tocarle, pero también advirtió que de vez en cuando—y furtivamente—le lanzaba una rápida mirada por el rabillo del

ojo al torso desnudo de Daniel.

Agarrándole el antebrazo con cuidado, volteándolo con una buena vista al hueso del radio, diagnosticó:

—Fractura de Colles, corres con suerte—aunque no tanta, los moretones y dolores no han aflorado aún.

—Espero que haya anestesia—gruñó.

—En tus sueños. Si por mí fuera, buscaría gas de la risa como se hacía antiguamente, peeeero… dudo que lo haya en las condiciones en la que estamos. Así que—abrió la caja de herramientas entregada por el capitán, sacó de adentro un trozo de tela a la que hizo jirones, después una bola de la misma y se la entregó a Daniel—muerde esto, ahogarás el grito.

—Ni loco. ¿De dónde has sacado esa caja? ¿Y cómo es que me estás atendiendo?

—Le dijimos al capitán Richardson que somos médicos y se entusiasmó, me entregó una de estas cajas de enfermería. No sirve de mucho, pero veo que para esto valdrá la pena. Prácticamente, estamos atendiendo a pacientes a pepa de ojo. No puedo vivir sin una placa de tórax o una antitetánica para inyectar ante este desastre.

—Hagamos un trato—propuso Daniel, limitándose a sonreír forzosamente—, tu alineas la fractura y si me duele te pateó la entrepierna—no lo soportó más y sonrió.

—¿Estás de chiste? Quiero tener hijos. Además, no hay anestesia como bien sabes. Lo que te haré es una…

—Reducción cerrada—meneó la cabeza—, lo peor de todo.

—Bien, ¿contamos hasta tres?

Ni siquiera llegó hasta tres cuando Eric movió el hueso. Daniel mordió la tira hecha una bola y cerró sus ojos, brotando lágrimas de dolor que surcaron sus mejillas.

—Listo, ¿te dolió?

—Déjate de vainas—murmuró por lo bajo—, no es bonito.

—¡Mira! Un morado—Eric le tocó el pectoral derecho haciendo saltar al hombre de su silla.

Acto seguido se puso de pie y Eric le hizo un cabestrillo improvisado para que mantuviese el brazo quieto, aunque sea mientras los venían a rescatar.

Salieron de la carpa justo al momento en que Amanda, Lisa y Arán se proponían a entrar, todos llevaban en una mano una caja de herramientas. El cuerpo de Daniel fue envuelto por los frágiles brazos de Amanda quien deseó nunca más separarse de su novio, estar siempre con él en cada momento, incluso más que antes porque le iba a gustar curarle el brazo a su hombre.

El capitán Richardson—con un ojo hinchado rodeado por un feo hematoma, con un cabestrillo en el brazo izquierdo, una pierna mal inmovilizada y un palo de madera como muleta—rodeó al grupo de médicos, siendo detenido cuando Daniel le llamó. El hombre le fulminó una mirada cansada, que también parecía decir algo parecido a «¿Ahora qué? Déjame en paz».

—¡Capitán!—le llamó de nuevo.

A duras penas, usando toda su fuerza, el capitán se acercó. Daniel oyó la respiración forzosa, así como el pecho del hombre ascender y descender con rapidez.

—Dígame, ¿le conozco?—preguntó.

—No, pero a mi padre creo que sí lo debe conocer. Danilo Rodríguez.

No hubo falta de decir más, puesto que el semblante del capitán cambió: irguió la espalda, su expresión fue más atenta que la de antes, esperando cualquier cosa que pidiese el hijo del constructor del Carpentian.

—¡Santo cielo! Nunca pensé que conocería al hijo de Danilo. Es algo insólito. ¿Está usted bien?

—Algo, si se puede decir—e hizo un ademán hacia su brazo lastimado—. Pero, no es eso de lo que quería preguntarle… es sobre mi padre. ¿Lo ha visto? Digo, si es que…

—No recuerdo haber visto a tu padre en el barco, joven Rodríguez…

—Llámeme Daniel—interrumpió el hombre.

El capitán asintió.

—Bien, joven Daniel, como ya le dije: no recuerdo haberlo visto. ¿Usted

sí?

—Sí, él fue a mi camarote. Dijo que nos veríamos en el restaurante.

—Ya.

El capitán Richardson se pasó una mano por el cabello negro, arqueó las cejas y miró la arena. Buscaba una respuesta, quizá la más sincera, la que menos doliera. Pero cuales fuesen sus palabras, sería la misma reacción, esperando que Amanda sí recordara haber visto a Danilo en el camarote. De seguro que sí. Pensó.

—Si quieres una respuesta de mi parte, bueno, te diría que no sé nada de nada. La situación en estos momentos es muy crítica como para pensar en otra cosa. Si él estuvo aquí, y no está entre los sobrevivientes, entonces lo más probable es que esté—señaló el barco con el pulgar—dentro de su mole destruida.

Ya lo sabía: murió en el accidente.

—Gracias—dijo desconcertado.

—No hay de qué. Mi más sentido pésame. Si necesita cualquier cosa, solo pídamelo, aún quedan cosas utilizables en el Carpentian, pero hay que buscar. Con su permiso.

Una vez que el hombre se fue, Amanda agarró la mano buena de Daniel entrelazando sus dedos. Él la miró con una expresión de desconcierto que no le encantó para nada.

—Hay que ser positivos, mi amor.

—Lo sé, pero…—vaciló, se limitó a no romper en llanto frente al resto de sus compañeros; suficiente lágrimas ante Eric—tanto tiempo de no haberlo visto, ocurre esto y solo mira… está muerto, si es que realmente lo está.

—Pero, ¿están seguro que lo vieron?—terció Arán—El capitán no lo vio.

—Sí, ambos lo vimos—respondió Amanda—. Hasta nos invitó al restaurante, ciertamente. Hablando del restaurante, ¿el no estuvo allí, verdad?

Cuando Daniel iba a responder, una alarma proveniente de un megáfono llamó la atención de los cinco médicos, asimismo de los sobrevivientes esparcidos alrededor de la playa. Todos se congregaron alrededor de una caja de madera que sirvió como tarima para el capitán Richardson que, con la ayuda de dos marineros, pudo subirse y mantener el equilibrio lo

mejor que pudo. Con la mano buena asió el megáfono, llamando a otros sobrevivientes que se limitaban a ir.

—¡Esto es importante—dijo—, nos incumbe a todos!

Estas palabras fueron suficientes para atraerlos, tenerlos a todos a su alrededor, mirándole con las mismas preguntas carecientes de respuestas; con los mismos ojos anegados en lágrimas, rojos y hundidos de aquellos que lloraron por sus seres queridos. Excepto Frankie, claro, el pobre muchacho de síndrome de Down aplaudía alegremente al escuchar nuevamente la alarma sonar, parecía que el sonido le borraba todo cruel pensamiento y dolor en sus heridas.

—¿Me escuchan bien?—preguntó el capitán, sin el megáfono.

Todos afirmaron con un «Sí» en diferentes momentos.

Daniel y Amanda se colocaron entre la muchedumbre. Detrás de la pareja, Eric, Arán y Lisa miraban al capitán quien dijo:

—Hemos presenciado una de las peores tragedias jamás vista en años. ¿Qué fue lo que nos golpeó y nos trago hasta acá? No lo sabemos—Daniel y Amanda sí lo sabían, pero no dijeron nada, tan solo intercambiaron una mirada—, pero lo que sí sabemos es que ha dejado muchos muertos… Antes éramos tres mil pasajeros a bordo del Carpentian, ahora tan solo somos cuarenta y tres sobrevivientes.

Todos lanzaron un alarido de horror, otros se dedicaron a cuchichear con respecto a la gran diferencia.

—Una tragedia así, además del Titanic y el Costa Concordia, no se ha visto ja…

—¡Vaya al grano!—interrumpió la voz lejana de un hombre.

—Como quieran—el capitán se encogió de hombros—. Hay dos noticias buenas y dos noticias malas. La buena es que ya hemos hecho contacto con ayuda y un barco vendrá por nosotros…

Otra oleada de cuchicheos, estos más alegres que los anteriores.

—La mala—prosiguió—es que vendrán dentro de una o dos semanas.

Y el grito ahogado de la impresión hizo acto de presencia en cada hombre y mujer. Amanda apretó con fuerza la mano de Daniel.

—Esto se debe a que lo que nos haya arrastrado, nos ha traído a una isla aún no descubierta por la raza humana, esa es la otra mala noticia. La

otra buena (pero no tanto) es que tenemos reserva de comida, tanto en el restaurante como en la feria, y por lo que hemos calculado puede durar una semana o tal vez menos, cinco días como mínimo, si cumplimos el horario reglamentario.

—¿Y qué horario es ese?—preguntó la voz de un hombre, muy cerca.

Todos volvieron sus miradas al individuo que hizo la pregunta. Daniel reconoció al instante que era el vaquero, a quien vio mientras subía al Carpentian, en Puerto Rey, pero no tenía su sombrero puesto lo que le hacía ver algo raro; diferente, había pensado Daniel.

—El horario consiste en tres comidas: un desayuno ligero, un almuerzo un poco pesado y una cena muy ligera. Quedarán varios estómagos que querrán crujir por más alimento, quedarán con hambre y la única reserva de agua es poca; solo se usarán una botella por grupos de ocho a quince personas. Mientras menos grupos sean, mejor. Aquellos que queden con hambre, y después de que se acabe la comida será nuestra única opción, tendrán que entrar en la bosque y buscar sus propios alimentos. ¡Eso sí! Quien entre antes del tiempo debido corre sus propios riesgos, nosotros nos haremos responsables una vez que la comida se haya gastado.

Otra serie de cuchicheos nada amigables, lanzando furtivas miradas al capitán que las percibía y las entendía. Todos tenían miedo de sus palabras, incluso del futuro que les esperaba.

—Lo importante aquí, señores, es mantener la calma y convivir como hermanos. Gracias por su atención.

Mientras el capitán se bajaba ayudado por los dos marineros, el vaquero llamó a una rápida reunión a todos los hombres que estuvieron congregados entre la muchedumbre, que ahora era conformada por puros hombres—entre ellos Daniel, Eric y Arán—para escuchar las del hombre sin sombrero.

—Okey, amigos, estamos ante una problemática que nos compete a todos y por lo tanto, como dijo el capitán, hay que convivir como hermanos. Por lo que veo, llegará la noche y tendremos que hacer una fogata, la más grande y luminosa si es posible. No sabemos si con un tamaño de unos dos metros o dos metros y medio, podríamos ser visto por cualquier barco o avión. Si es así… entonces es un milagro. Así que, busquemos ramas desde las más pequeñas hasta la más grande, preferiblemente grandes y pesadas, que ayuden hombres de dos en dos. Yo tengo los fósforos y el barco tiene algo de combustible, no nos preocupemos por encenderla, ya está fríamente calculado. ¿Nos ponemos manos a la obra, camaradas?

—Sí, vamos—dijo un hombre.

—¡Andando!—exclamó otro.

Todos se desplegaron para ponerse en marcha. Incluyendo a Daniel que fue detenido por Amanda.

—No pensarás ir con ellos, ¿verdad? Más bien, no deberías. Tienes el brazo fracturado.

Repentinamente Eric rodeó la nuca de Daniel antes de que éste fuese a contestar. La sensación que sintió en su brazo malo cuando su mejor amigo le dio un leve apretón en una parte del cuello le incomodó, pero evitó arrugar la cara para no mostrar signos de dolor.

—¡No te preocupes!—dijo Eric con tono alegre—Tu noviecito estará bien, yo lo cuidaré.

Amanda no dijo nada, Daniel tampoco. Eric giró sobre sus talones con su mejor amigo aún aferrado a su brazo, y junto con Arán y el resto de los hombres, entraron al bosque.

Capítulo 8

Dentro, no había más nada que bosque: una gran cantidad de árboles marrones alzándose por encima de los hombres, sus ramas estaban entrelazadas y cubiertas de muchas hojas verdes; además tenían a sus pies arbustos verdes y muy coloridos gracias a que algunos poseían flores, de distintos colores; pero el silencio absoluto era escalofriante. Alguna que otras veces llegaba el grito del capitán por el megáfono, pero no se habían alejado lo suficiente porque se vislumbraba en miniatura a los sobrevivientes, moverse de aquí para allá.

Sí nos alejamos bastante. Pensó Daniel.

Los primeros hombres empezaron a agarrar las ramas que yacían entre la maleza, otros empezaron a escalar los árboles para adentrarse a las gruesas ramas y romper las más cercanas que caían, siendo atajadas al instante por otro hombre. A veces era difícil arrancar las que llegaban a las copas de los árboles, primero porque estaban entrelazadas—muy bien enredadas, más bien—y para romperlas había que aplicar una fuerza tal, que podría cualquier hombre perder el equilibrio y ser éste quien cayera en lugar de la rama. Por entre los agujeros de los árboles no tocados, se colaba la luz formando circulillos amarillos en el suelo como lo haría una lupa.

—Si esta es una isla desconocida—susurró Arán—, de verdad que ni los pájaros han llegado aquí.

Era cierto: no había ningún tipo de ave, lagarto o mamífero que conformara la fauna; todo estaba completamente vacío, a excepción de los sobrevivientes que caminaban por el lugar.

—Entonces somos pioneros—Eric se irguió con cinco ramas de tamaño mediano— ¡Ya sé! Le pondré a esta isla Ericdarán.

—¿Qué es eso? Parece tu nombre en una conjugación futura—dijo Daniel.

—Ja-ja-ja, muy chistoso. No, no lo es. Es nuestros tres nombres combinados.

De repente una serie de crujidos brotaron de entre las ramas de los árboles, extendiéndose a lo largo y ancho, y también percibiéndose en la copa de los mismos. Todos levantaron las miradas hacia arriba, atemorizados, sintiendo de la nada que alguien les vigilaba; y cuya sensación aumentó, atenazando los corazones, cuando una serie de chasquidos secos—no pertenecientes al crujido y parecían como si chocaran la lengua con el paladar a cada segundo—se escucharan, obligando a cada hombre barrer con la mirada los alrededores, viendo lo

mismo: árboles y arbustos, todo verde. Pero que poco a poco tornaba un sentido más aterrador si ponías a volar la imaginación.

—Empiezo a pensar que no estamos solos—murmuró Arán por lo bajo.

El vaquero que propuso la brillante idea de buscar ramas para hacer la fogata, escuchó aquellos sonidos y prestó la máxima atención, para romper la tensión creada entre los hombres con una alegre y estruendosa carcajada, seguido de varios golpes a su muslo derecho como si lo que hubiera acabado de ocurrir hubiese sido una broma de él para aterrarlos a todos. Al cabo dijo:

—No se preocupen, caballeros, a veces el viento juega malas pasadas. ¿Y a qué le vamos a temer?, por Dios, si estamos de día. Las criaturas malignas aparecen de noche ¿o no?

Todos estuvieron de acuerdo.

—Por cierto—volvió a hablar—, soy Ignacio para que sepan. Espero llevarnos bien, mientras que este inconveniente no dure mucho.

Es decir, que si esto dura no se llevará bien con nadie. Dedujo mentalmente Daniel.

Las palabras de Ignacio parecieron relajar a cada persona que se volvió a concentrar en robarle a los árboles sus ramas. Sin embargo, Daniel seguía sintiendo la terrible sensación de que alguien—o algo—los miraba, con tanta determinación que le erizaba los vellos de la nunca y le ponía la piel de gallina.

—¡Oye, tú!—le llamó Ignacio—Sí, tú, el del cabestrillo. Ayúdanos un poco, ¿quieres?

A Daniel nunca le ha gustado que le manden de esa forma, como si fuera un cero a la izquierda. Una cosa era mandar con amabilidad y otra cosa era con el desdén que lo hizo Ignacio. Hasta podía decirse que estaba acostumbrado a un mandato amable proveniente de su jefe del hospital central, pero a veces el hombre estaba tan estresado que le gritaba; pero era eso: estrés, y en estos momentos podía caber el pensamiento de que Ignacio estaba algo fuera de sus carriles, aunque en cierto modo no lo parecía. De lo que sí se percató, era que el vaquero se estaba familiarizando con todos, pronto sería el señor del grupo, quizá le arrebataría el puesto de capitán a Richardson y él sería quien diese las órdenes a todo el mundo.

Sería la cumbre de la locura, pero no estaba del todo equivocado.

Cuando salieron del bosque, Amanda fue la primera que los vio. Estaba terminando de suturar, con una aguja y un rollo de hilo blanco, la horrible herida sangrante de una sobreviviente que salió ilesa, con algunos moretones en la cara como si la hubieran golpeado y con una gran herida abierta, a la que Amanda limpió lo mejor que pudo. Al divisar a Daniel con cuatro largas ramas sosteniéndolas en su brazo bueno, terminó de hacer el nudo, insertó la aguja dentro de la piel la extrajo y listo, piel con piel unida de nuevo.

—Límpiala bien cuando te bañes, se cicatrizará.

—-¿Perdí mucha sangre, doctora?—preguntó la pobre mujer, malherida.

—Espero que no—aunque sabía que sí, pues la herida tocó varios nervios y mientras limpiaba advirtió una diminuta zona blanca. Era el hueso y sabía que el trabajo no había sido fácil.

Se puso en pie y corrió hacia Daniel.

—¿Está todo bien?—preguntó.

—Sí, de maravilla—y miró de reojo al vaquero, quien le daba la espalda.

—¿Ocurre algo?

—No, en absoluto. ¿Qué has hecho?

—Suturar una herida. Lisa casi le ha roto las costillas a un anciano, reanimándolo. Menos mal que revivió en la última de sus famosas estocadas.

Y vaya que cuando le decían Lisa «La Rocky» iba muy en serio.

A medida que pasaban las horas en la isla desconocida, cada quien se encargó de hacer diferentes labores. El almuerzo no se había dado, así que los hombres se adentraron al Carpentian en busca de provisiones; aprovechando el momento y sacaron la cena de una vez. Los cuarenta y tres sobrevivientes del naufragio formaron tres grupos—el cuarto era conformado por los jóvenes médicos—y comieron un delicioso banquete enlatado en el almuerzo.

La noche cayó después de un crepúsculo que nadie pudo ver, puesto que el sol se ocultó detrás del vasto océano de árboles al otro lado de la isla. La marea empezaba a subir chocando contra el barco, pero arrastraba los restos del Carpentian que quedaban en la arena y en cierto modo, servían para avivar la llama de la gran fogata de más de dos metros, que era rodeada por algunas personas. Todas se limitaban a hablar, incluyendo a los cinco amigos que hicieron su propio fuego, intentando huir a los llantos

de pena de la gente congregada.

El primero en hablar en la gran fogata fue el manager de Alexia.

—Iba a ser un fabuloso espectáculo—masculló—. Alexia tenía tantas ganas de poner a los pasajeros a bailar, que se tomó ocho latas de ese maldito Redbull y vaya que le dio alas… alas para irse de este mundo—y se tapó la cara con sus manos, llorando.

El segundo en hablar, y que admiraba la fogata a cuan dios del fuego se alzaba sobre la tierra, era Frankie, quien alegremente aplaudió hasta que su estómago crujió. Sonó como un león hambriento.

—Frankie tener hambre, Frankie no quedó satisfecho—otro crujido de tripas.

La cena fue el peor momento de todos—y como dijo el capitán Richardson: era lo mejor que podían hacer para conversar algo para los próximos días—, dos latas de albaricoque a la que abrieron, recibiendo un fruto cada sobreviviente y cuyo fruto era de un tamaño miserable, que dejaba a muchos igual que Frankie: con hambre. ¡Contando que Frankie había comido el albaricoque de su madre! Solo porque la pobre mujer, Alba Sanz, estaba desconcertada y afligida por la muerte de su marido. Aunque más que eso, era recordar al hombre a quien la amó tal cual como era, en lugar de degollado y con una horrenda expresión en el rostro. Ella fue la primera que se acostó encima de la manta extraía del barco.

El capitán Richardson estaba rodeado de varios marineros de su tripulación, haciendo contacto con algún otro barco, helicóptero de rescate o avión que estuviesen disponibles para el día siguiente. Pero nada. La comunicación a cada minuto era pésima, solo se apreciaba el magnetismo del radio y la voz del capitán.

—Aquí el capitán Richardson, de Liverpool. Capitán del Carpentian Cruise, cambio, necesitamos equipo de rescate lo antes posible. Estamos náufragos en una isla desconocida, cambio, necesitamos un equipo de rescate—hizo una pausa— ¿Pueden escucharme?—se limitó a repetir «cambio» porque el sonido del magnetismo le chistó, callándolo.

Dejó el comunicador colgado del cable en espiral, suspiró y comentó:

—Esto es una estupidez, estamos solos y quién sabe cuándo vendrá el barco.

—Capitán—dijo un marinero, sus ojos estaban vidriosos y tenía las cejas arqueadas; parecía más joven de la edad que tenía—, no sea pesimista, ellos vendrán pronto con el favor de Dios. Pero le tengo una pregunta: ¿seguimos en el mar Caribe o…o sea lo que nos haya traído hasta acá, nos

sacó de allí?

Era una buena pregunta. Todos deseaban que los hombres que estuvieron de guardia esa noche—el capitán Harlem y su equipo—estuviesen vivos; sería la única forma de determinar lo que golpeó el barco, le hizo dar vueltas como una secadora endemoniada para terminar en esas terribles condiciones. Por mala suerte, los que sabían lo que realmente pasó—o eso creía hasta el momento—murieron.

Sacudió la cabeza; más desconcertado que nunca.

—No lo sé. Salgamos de aquí.

Entretanto el equipo de los cinco jóvenes médicos se separó por unos minutos, Daniel y Amanda fueron a pasar revista a los pacientes postrados en sus camillas improvisadas. Poco podía hacer el hombre del cabestrillo, pero guiar a su novia a curar heridas temibles—como el cráneo del viejo Marcos, cuya sien estaba hundida, tenía una triple fractura de húmero y un radio y cúbito casi hecho trizas—, hacían aturdir a Amanda, por lo que la compañía de Daniel se le era satisfactoria para no perder el autoestima médico que empezaba a ir en declive. En cierta manera, no era fácil atender a pacientes en un estado crítico sin la ayuda de algún equipo médico, una placa de rayos X o una tomografía que les guiara a no cometer errores, pero los errores les obligaban a imaginarse las anatomías en sus mentes, sacarle un rayo X visual a la herida para atender al paciente lo mejor posible. No había otra forma, y era así como debía hacerse en esos momentos.

—¿Se ha sentido bien, señor Marcos?—preguntó Daniel, en un susurro acompañado por la marea.

—Mucho dolor, doctor, mucho dolor.

—Tendrá que soportarlo—terció Amanda, siendo lo más amable posible para no romper en llanto—, recuerde que no hay calmantes aquí. ¿En dónde le duele más?

—¡Ay, mija! Déjame ver—hizo una larga pausa—. En la cabeza, aquí—señaló la sien hundida.

Si había un derrame interno—que por supuesto había—, el pobre hombre no duraría para mañana.

—Bueno, solo descanse y piense en otra cosa—dijo Daniel.

El anciano asintió.

La pareja salió de la carpa después de dar varias instrucciones a las enfermeras, en especial a la de los lentes rotos, a quien Daniel tuvo la gentileza de quitarle algunos cristales que sobresalían del párpado. Se acercaron a la diminuta fogata hecha por Eric y Arán, tomaron asiento oyendo la pregunta de Lisa:

—¿Cómo están?

—Nosotros bien—contestó Daniel—, los pacientes… no mucho.

Hubo una pausa en el que el silencio reinó, los llantos a lo lejos tuvieron parte de su reinado, pero gracias a la distancia en que se encontraban los cinco amigos, se escuchaban como suspiros lamentosos.

—¿Qué ha sido lo que nos ha traído hasta aquí?—dijo Arán—Debió haber tenido mucha fuerza para mover un barco completo.

—Ha sido un tsunami—respondió Amanda.

Todos clavaron sus miradas en ella, con ojos grandes y blancos como platos.

—Es cierto—convino Daniel—, estábamos en nuestra primera cita y vimos al tsunami.

—Pero uno no debió ser suficiente para traernos—comentó Eric.

—No—replicó Lisa—. Debieron haber sido varios. ¡Muchos! Diría yo.

Repentinamente una ráfaga de viento llegó a la isla, fresca después de un día caluroso y con un buen olor a playa incomparable. El fuego de las fogatas se inclinó justo en el momento en que el viento cruzaba el bosque encendiendo los ruidos dentro de éste. Todos los sobrevivientes se pusieron de pie, incluyendo a Alba Sanz que corrió hacia Frankie. Gruñidos espantosos provenientes de unas bestias grandes; gritos, aullidos y un espeluznante graznido gutural como una risa diabólica similar a un cuervo, provocó que cada persona se acercara a la gran fogata, creyendo que el fuego sería lo único que espantara a lo que estuviese en el medio del bosque.

En el medio de la isla emergieron unas figuras negras, era una manada de aves que huían a toda marcha hacia el sur pasando por encima del Carpentian, huyendo del peligro.

—Creo que me he equivocado con respecto a la fauna—masculló Arán.

Ninguno de los cinco amigos quiso aglomerarse con las demás personas, pero lo que los obligó a moverse fue el estruendoso graznido gutural.

Amanda respingo ocultando su rostro en el pecho de Daniel, Lisa abrazó a Arán y le agarró la mano a Eric para que no estuviera solo. Apagaron su fogata y se fueron de allí a la más grande, donde todos se hacían la misma pregunta: «¿Estamos realmente solos?», porque la respuesta parecía ser contraria

Capítulo 9

Las esplendorosas llamas de la gran fogata no se apagaron pasado la medianoche, en el que el fuego empezó a debilitarse con la brisa. Los horribles sonidos cesaron, a veces volvían a escucharse para luego callar; dejando a cargo un silencio cortado por los chasquidos secos al chocar la lengua con el paladar. No se pudo decir que durmieron de maravilla, nadie pegó el ojo ni un segundo. Algunos, como Ignacio, Alba, el capitán y Jimmy—el ex manager de Alexia—tenían un ojo abierto y otro cerrado; a veces cerraban los dos, pero los abrían sobresaltándose al escuchar el graznido gutural, como un cuervo poseído.

El ambiente estuvo en envuelto en tristeza, miedo y horror a lo que habría en ese bosque que estaba a oscuro, y la única parte iluminada eran los primeros árboles y arbustos, todo gracias a la fogata. Algunas personas se despertaban sollozando en silencio, ahogando su dolor para evitar causar un alboroto—más del que ya había—, despertando de una pesadilla que estaba alojada en sus mentes y la vivían en la vida real, en la que el Carpentian se volteaba, se llenaba de agua y terminaban de la nada en una isla desconocida, ruidosa de horrendos sonidos y afligida de sobrevivientes dolidos.

Pronto tendrían que mudarse a otro lugar, eso lo sabía el capitán muy bien y lo dijo de una forma bien disfrazada: «Quien entre antes del tiempo debido corre sus propios riesgos, nosotros nos haremos responsables una vez que la comida se haya gastado». Claro que se refería a la comida, pero había un mensaje indirecto, oculto entre líneas, que fue el pensamiento más macabro de Richardson: «Tendremos que irnos cuando los cuerpos revienten, será una gran pudrición y tenemos que sacar todo cuanto antes». Eso lo anotó en su agenda mental, para dar paso al incómodo sueño.

Entretanto Daniel y Amanda estaban un poco más cerca de la fogata que el resto de sus amigos, ambos tenían frío y la sábana que les arropaba no calentaba en absoluto. Allí, a un metro y medio al lado del fuego, Daniel contemplaba las estrellas brillar en el cielo junto con una luna que la noche siguiente sería llena. Estaba acostumbrado a andar despierto todo un día y toda una noche, pues eran los beneficios de ser médico, pero en lo que no estaba entrenado era para escuchar esos sonidos provenientes del bosque: a cada graznido, grito o gruñido se sobresaltaba, despertando a Amanda. Esta vez se despertó, en un intento—uno de tantos—fallido de conciliar el sueño, y se dedicó a indagar entre los puntos blancos del oscuro cielo. Tal vez consiga la Osa Menor o la Osa Mayor. Pensó, intentando olvidarse de los sonidos. Pero al igual que el dolor que sentía en su brazo, era imposible.

—¿Todo bien, cariño?—preguntó Amanda.

—Son los sonidos, más nada.

La mujer se acomodó en el pecho de su novio para también ver las estrellas.

—Parece un batallón ¿verdad? Como si nos protegieran.

Daniel no dijo nada, puesto que otro pensamiento surgió de su cabeza: aún no podía creer que su padre estaba muerto, si era verdad que estuvo en el barco. ¿Por qué no fue a ver al capitán Richardson? Además, ¿cómo supo cuál era su camarote? No lo sabía y por eso suspiró. ¿O acaso prefirió morir que caer de nuevo en una isla abandonada? Porque si bien es cierto, es la isla desconocida—sin poder llamarla abandonada—en la que estuvo su padre junto con otros sobrevivientes antes del Carpentian; cuando abandonó a su madre y a él.

Amanda preguntó:

—¿Piensas en tu padre?

—Sí. Hay cosas que todavía no entiendo y no sabes cuánto añoraría saber.

—¿Sabes algo?—Amanda cruzó los brazos sobre el pecho de Daniel, para apoyar su quijada y verle mejor—Desearía llamar a mi familia y comentarle en el rollo en que estoy metida. Todos nosotros en una isla desconocida, quién lo diría. Quizá seamos noticia en primera plana.

—No lo pongas en duda. Desearía que esto fuese una simple pesadilla, que despierte y ambos apenas nos estemos levantando para ir al barco… a nuestro viaje.

—Buenas noches, cariño, descansa.

—Igual.

E involuntariamente cerró los ojos quedándose dormido, mas no su mente revivió las imágenes del siniestro de una forma tan vívida y escalofriante, que podía escuchar con tanta claridad los gritos de las personas revolcarse mientras el barco se movía, el rechinido de metal y la imagen de su novia casi caer al vacío, que por suerte le atajó la mano.

—¡AMANDAA!

Ella colgaba y él colgó también cuando el barco se puso bocabajo. El barrote de caoba no duraría mucho, en cualquier momento cedería y

ambos caerían al tumulto de pasajeros que estaban gravemente heridos, y otros ya se encontraban muertos. Sentía las manos de Amanda tan sudadas que resbaló y una mesa apareció de la nada, cayendo de medio lado mostrando su costado circular, en el que su novia aterrizó fracturándose la espalda. Con una negación a voz de grito, seguido de lágrimas que brotaban de sus ojos, sabía que él sería el siguiente en la lista de la muerte.

Y casi sin aire en los pulmones, se despertó dando una bocanada de aire buscando oxígeno. Estaba bañado en sudor, su camisa estaba pegada a su torso y su pecho ascendía y descendía con rapidez. Al ver el ambiente después de frotarse los ojos con los puños, se tranquilizó; la primera terrible noche dio paso a un día esplendoroso, un sol radiante como nunca antes, dos nubes pomposas acompañándolo en un hermoso cielo azul; ya había amanecido.

Una larga hilera de hombres que iban desde las entrañas del Carpentian hasta las afueras del mismo, sacaban las reservas de comida del restaurante, acumulándolas todas en una pirámide donde se apreciaban bolsas térmicas, latas de albaricoque, kiwi, salsas de tomate y mayonesas de cristal que sobrevivieron al impacto; también sacaban verduras y frutas en bolsas y algunas botellas de whisky y cerveza que lograron vivir.

El capitán Richardson se hallaba al lado del barco viendo como sacaban todo con deprisa, y a su lado estaba Ignacio anotando lo que ya estaba acumulado, para añadir lo que estaban sacando. La pirámide de comida era tan pequeña que a duras penas duraría para cinco días, y el capitán ya lo había tomado en cuenta.

Daniel se acercó al capitán quien le saludó estrechándole la mano buena; no el caso de Ignacio que le fulminó una mirada recelosa.

—¿Y qué es todo esto?—preguntó Daniel, señalando la pequeña pirámide.

—Sacamos toda la comida del barco. Se me ocurrió que, si los cadáveres llegaran a explotar habiendo una gran pudrición, lo mejor será quemarlo. Primero para que alguien muy lejos nos vea, y segundo para darle descanso eterno a los pasajeros fallecidos.

—Pero mi padre, capitán, puede seguir allí…

—No, joven Daniel—Richardson afirmó sus palabras negando con la cabeza—. Hemos buscado en el listado de pasajero que se logró extraer de la memoria SD del barco, y no encontramos a Danilo por ninguna parte. Pero si usted y su novia dicen que vino presentándose ante ti, entonces seguiremos indagando por otros medios, pero el barco no puede seguir aguardando a miles de pasajeros, y tampoco podemos seguir aquí

aguardando a que alguien venga.

—¿No eran tres mil pasajeros? ¿Por qué dijo miles?

—Simple: no sabemos cuántos habrán salido del Carpentian mientras éramos arrastrados hasta aquí.

Hizo una pausa. Le llamó la atención a un marinero que cargaba una trucha recién salida del congelador; se conservaba bien, aunque el tipo que la agarraba estaba a punto de caérsele por la humedad del derretimiento, ya que estaba cubierto de hielo que se derretía y por ende goteaba. Al bajar al enorme pescado, ayudando a que el almuerzo no se ensuciara sin ponerlo siquiera sobre el suelo arenoso, se volvió hacia Daniel diciendo:

—Por cierto, si no tuvieras el brazo malo estarías adentro con tus amigos. Son bastante expertos en lo que hacen, y no tienen miedo como el resto de los hombres. También he visto que has hecho un buen trabajo con vario de nuestros pacientes.

—Es mi trabajo, señor—dijo con desconcierto, aún pensando en su padre y en lo dicho por el capitán—. Me gustaría hacer algo allí, en la carpa, mientras que pasan los días de nuestro rescate.

—Al mejorarte, te prometo que ayudarás. Serán largos días, no prometo mucho sobre el rescate, lo veo más lejano de lo que esperaba.

—¿Cómo así?—quiso saber de inmediato.

—Intenté hacer contacto nuevamente, pero no se pudo. La radio tal vez haya dejado de funcionar, o no agarra bien la sintonía, qué se yo. Si es así, la única forma es como ya le he dicho: quemar el barco.

—Sobre mi padre, capitán…

Richardson abrió sus ojos lo más que pudo, pero los moretones unidos a la hinchazón y a la hemorragia en los capilares—casi de película—se posaron en Daniel, atento a lo que iba a decir.

—¿Existe la posibilidad de que mi padre haya caído al mar?

El capitán vaciló.

—Probablemente. Tenga fe, joven Daniel, no nos adelantemos a los acontecimientos. No haremos nada ahorita para encontrarlo.

De lo contrario, pensó Daniel, ya sabes lo que pasará.

Ignacio se acercó a ambos hombres diciendo que estaban críticos en la comida, había dividido todo entre tres para las tres comidas del día, y solo duraría para cuatro días. Sin embargo, con dos comidas era suficiente como para una semana y un día más, si uno de los pacientes moría.

—Entonces serán dos comidas, hay que anunciarlo por el megáf…

De la nada un grito desgarrador brotó a lo lejos, alterando a todo el mundo quien detuvo sus labores de ese día, para ver a Alba Sanz correr hacia el capitán y caer de rodillas. Richardson pensó que si hubiese estando en mejor estado, la hubiera agarrado; no era el caso, así que solo le tocó contemplar a la pobre cubrirse el rostro con sus manos. Dos marineros se acercaron a ella.

—¿Qué ha pasado?—preguntó Richardson a los dos marineros.

Cuando abrieron la boca para responder, Alba se puso de pie, agarró la pechera del hombre ante él y dijo:

—¡Es mi bebé! Frankie no está, no está. Oh, Dios mío, santísimo. Creo que ha entrado en el bosque, creo que ha entrado y le dije que no entrara. ¡Se lo dije, capitán!, pero no hizo caso…—y se echó a llorar en el hombro del capitán, que la calmaba.

—Okey, tranquila. ¿Cómo sabes que ha entrado al bosque?

La mujer se apartó, se enjugó las lágrimas y contestó:

—Él quiso entrar cuando los hombres también entraron, estaba entusiasmado por ir. Ese maldito programa de Discovery channel que le ha metido cosas en la cabeza. Sufre de síndrome de Down, y mucha ansiedad, ama los árboles porque en la casa tenemos árboles que él riega, pero… pero se ha perdido y no sé qué hacer—siguió rota en llantos; también llamando la atención de todos los demás pasajeros que miraban de curiosos.

Daniel conocía muy bien la clase de personas que padecían de ansiedad: la inquietud es tan grande, que dejarlos solos, no complacerlos o regañarle sobre qué no deben hacer o qué no pueden, es terrible para ellos: sudan, padecen de insomnio, tensión alta, cambios de temperamento y muchas más. Usando las palabras que le dijo a una paciente: «es como decirle a una niña de once años que no lea cincuenta sombras de Grey, como se lo prohíbe y la ansiedad no la dejará dormir, a la final la leerá a escondidas, sin que usted se entere».

En ese instante la voz de Lisa sonó detrás de Daniel.

—Que mal. ¿Por qué se habrá perdido?

—Sufre de ansie…

—Sí, lo sé, lo escuché. Pero la pregunta va sobre los sonidos de anoche, ¿será que fue a indagar el origen de esos…sonidos?

Daniel se encogió de hombros.

—Si yo fuera él, con o sin ansiedad, no me atrevería a acercarme al bosque ni porque me paguen veinte mil dólares.

El capitán Richardson agarró el megáfono y llamó a una comisión de hombres para que buscaran a Frankie.

—…Tiene síndrome de Down y padece de ansiedad, no lo asusten si lo ven, háblenle con tranquilidad y amabilidad, por favor.

Alba le dijo al capitán que tenía que ir con los hombres, a ella sí le haría caso, sabía que Frankie detestaba a los extraños. El capitán se lo negó sin pensarlo. La mujer sacó de su bolsillo una pequeña libreta.

—Él suele usarla para identificarme o a cualquier cosa que sea nueva. Sale mi foto.

Vaya, vaya, además de padecer de dos enfermedades que de por sí son terribles, también debe padecer de autismo. Determinó Daniel, viendo la foto de perfil de Alba.

—Mi respuesta es no—sentenció el capitán, con frialdad—. Si se resiste lo traeremos a la fuerza.

—¡¿Qué?! ¿Cómo se le…?

—Señora—terció Daniel, dando un paso al frente—, soy médico y he tratado con casos como el suyo. Puedo ayudar.

Lisa alargó una mano, descansándola en el hombro bueno del hombre.

—Sabes que no puedes—le murmuró.

—Quiero ser útil en algo—le replicó.

—Está dicho. Joven Daniel—determinó Richardson—, traiga con los demás

hombres a Frankie a salvo, espero que no le lastime el brazo.

—No seré la excepción, capitán.

Sin intercambiar más palabras, empezaban a adentrarse al bosque cuando Daniel fue detenido por Alba. Ella le entregó la libretica a la que usaría para atraer a Frankie, sería un buen intento hacerlo. Adentrándose al silencioso bosque, cuya noche anterior fue tan ruidosa como nunca antes, pisaban la maleza gritando el nombre del desaparecido. No había respuesta. Siguieron caminando más y más, haciendo una línea lejana y delgada el campamento de playa.

Daniel dejó pasar a todos los hombres para tomar un camino diferente. Seguir en línea recta los llevaría al centro del bosque, pero era lo requerido para no perderse por los árboles porque todos eran iguales. Así que, sin hacer el menor ruido, entró por unos arbustos enfilando diagonalmente en donde la flora, con un verdor casi sobrenatural, se hacía más y más abundante; así como el clima tropical con el delicioso olor a mar, arena y al frescor que tenía la naturaleza de aquella isla.

Mientras caminaba, dedujo tres cosas: la primera era que para ser una isla desconocida—y por lo tanto abandonada—tenía una abundante vegetación; la segunda era que si Frankie se adentró y se perdió, por la confusión del ambiente, no llegaría tan rápido a la playa, quizá moriría de hambre; la tercera era que él mismo se alejó tanto del grupo de hombres que se detuvo en seco, miró por encima de su hombro sintiendo su corazón palpitarle, reparando que estaba solo.

¿Cuánto habré caminado?, se preguntó. Aunque la pregunta original era: ¿Cuánto me habré alejado de la playa?

No lo supo, pero al dar media vuelta y echar a devolverse a tientas al supuesto lugar donde se separó, un gruñido bestial hizo aferrarle los pies a la tierra, dándole un vuelco a su corazón. Venía de un lugar incierto, se escuchaba más detrás de él, pero también a la izquierda y muy leve a la derecha. No, pensó, ese es el sonido que captan los oídos. El gruñido aumentó de volumen y alguien chistó, callando a la bestia.

De inmediato, Daniel se volvió. Miraba en derredor y dijo:

—Sé que estás aquí. Estoy armado y no temo lastimarte seas…—vaciló, ni él creía que estaba diciendo—lo que seas.

No estaba armado, pero usaría el puño de su mano buena—la fuerza bruta del hombre, como solía decir Amanda—para defenderse.

Repentinamente los arbustos ante él se sacudieron alertándolo. Había dado un brinco hacia atrás, colocando el puño ante él preparado para

recibir una estocada, intentar devolverla y…

Y una mujer atractiva, esbelta, de buenas caderas, con una vestimenta salvaje de color marrón: una falda larga con una abertura que dejaba la pierna derecha a la vista, y una especie de brasier hecho con la misma tela, sostenido por detrás de la nuca y la espalda; dejaba relucir su plano abdomen en el que centelló un piercing en el ombligo y una ligera muestra de un tatuaje que se dirigía—en un pensamiento morboso—a la entrepierna de la mujer. Daniel tragó saliva bajando su única defensa, miró de reojo a la curiosa mujer—sabiendo que no era de los sobrevivientes—con determinación, a lo que ella sonrió.

—¿Quién eres?—preguntó Daniel, temblando de pie a cabeza.

Si Amanda hubiera estado allí, por lo mínimo le arrancaría la fábrica de bebés a su novio.

—Te hago la misma pregunta—la voz de la mujer sonaba tan sensual, que las manos de Daniel empezaron a sudar, al igual que su frente.

—Soy Daniel, ¿y tú eres?

—Soy una Íkara, dueña y señora de los Íkaros de esta isla.

—¿Qué es un Íkaro?—preguntó con desconfianza.

La Íkara chasqueó los dedos dejando salir de entre los arbustos a una portentosa monstruosidad, caminaba en cuatro patas, tenía la espalda arqueada y su enorme cuerpo—del mismo tamaño que un elefante—estaba marcado de grandes músculos, ocultos bajo el pelaje marrón oscuro. El Íkaro gruñía, no tenía ojos así que Daniel no sabía si realmente lo miraba o no; solo advirtió que tenía branquias a ambos lados de su cuerpo y unos largos, filosos y empapados colmillos en una saliva verde que caía de la mandíbula del monstruo. Con su mano buena, formó de nuevo el puño y el monstruo lanzó una especie de ladrido gutural, por lo que el hombre retrocedió de un salto.

—Te recomiendo que bajes tu puño. Los Íkaros son monstruos que huelen el miedo, persiguen a su presa y no descansan hasta que la desguazan en su totalidad. No dejan nada en cada víctima que matan, ¿sabes? Hasta chupan las almas como los Monstruos mismos, pero a diferencia de esas bestias, el Íkaro puede llegar a ser muy amigable si eres de corazón valiente—con aprecio, le acarició la cabeza al monstruo que disfrutó del contacto sin despegar la cabeza de Daniel—. Además—añadió—, no tienes de qué temer mientras yo esté aquí. Toda tu vida está a salvo bajo mis chasquidos y mis designios.

Las palabras de la mujer no le convencían en absoluto.

—¿S-s-sabes d-d-dónde está Frankie?—titubeó—El chico que desapareció.

Le bestia soltó un bufido y un segundo después, Daniel emitió un respingo de horror. La Íkara calmó a su bestia, contestando:

—¿Hablas del enfermito? Sí, lo vi esta madrugada. Dudo que siga vivo, esta isla oculta muchas cosas.

—¿Y-y-y sabes a dónde fue?

La Íkara soltó a su «mascota» que dejó de gruñir, se acercó a Daniel susurrándole:

—Si te lo digo, no me creerías ni una palabra. Esta isla oculta muchas cosas. Te recomiendo que vayas al faro, al otro lado de la isla antes de que la luna se torne amarilla, es allí cuando despiertan. Lo malo de todo, es que no podrás bordear la isla, ella está diseñada para que los visitantes anuales entren al bosque, vean las magníficas criaturas que hay, y sean alimentos para ellas. Si logras llegar al faro, te salvarás junto a los que te siguen.

Y acto seguido, la Íkara le dio la espalda, se acercó al Íkaro y se montó sobre su lomo como si fuera un caballo.

—¡Cuídate, Daniel! Esta noche los Monstruos aparecen, están sedientos de sangre y lo puedes comprobar por el encanto de la isla.

Con un grito indígena, el Íkaro saltó hacia la derecha adentrándose al bosque y perdiéndose por entre los árboles, dejando a Daniel perplejo. Más allá de haber visto al monstruo, era por las últimas palabras de la mujer: «…están sedientos de sangre y lo puedes comprobar por el encanto de la isla».

Sus piernas casi flaquearon.

Capítulo 10

En seguida, el llamado de tres hombres rompió el silencio que reinó después de que la Íkara y su bestia se fueran. Buscó con la mirada a los hombres, viendo solo el verdor de los arbustos, así que se adentró por estos caminando en dirección al sonido, encontrándolos gritando su nombre. Al acercarse se detuvo a verlos. Billy Edmundo, uno de los pasajeros altos y flacos, con varias fracturas en sus ambos brazos, le preguntó:

—¿Qué hacías por allí metido?

—¡Te hemos estado buscando!—replicó molesto Berilio, uno de los hombres rechonchos con una mata abundante de bigote —¿En dónde estabas?

—Buscando a Frankie…

—Olvídalo—Billy sacudió la cabeza—. Debió haber entrado demasiado al bosque. Tal vez se perdió—se encogió de hombros—, quién sabe. De todas maneras, hallaremos su cuerpo cuando empecemos a perder la comida.

—¿No han visto algo raro mientras me buscaban?—Daniel cruzó los brazos.

—No, nada raro—dijo Berilio, ladeando la cabeza—. A no ser que el jefe molesto te parezca raro.

—¿Quién? ¿El capitán Richardson molesto?

Ambos hombres negaron.

—El capi no, Ignacio está muy molesto porque te fuiste del grupo.

Daniel no lo podía creer: Ignacio, el vaquero desdeñoso, nombrado jefe. Era lo que faltaba. Pensó. Arqueó las cejas mostrando su sorpresa al respecto.

—Hay que salir de este bosque, después de lo de anoche no quiero saber qué hay ahí dentro—y las palabras de Billy fueron seguidas de una mirada aturdida.

Sin más, se pusieron en marcha y Daniel creyó que la Íkara estaba detrás de él, pues escuchó claramente las palabras de la mujer decir: «Esta isla

oculta muchas cosas», y él ya lo había comprobado.

Salieron del bosque advirtiendo que el campamento de la playa estaba hecho un jaleo; todos lo buscaban por doquier, pero al verlo fueron cesando los gritos y los trotes de algunas personas quienes repetían que ya ha llegado, que el doctor estaba a salvo. Eso trajo como consecuencia que Amanda saliera de la carpa corriendo hacia él. Antes de que se acercara gritándole—como era de costumbre cuando se ponía nerviosa—, vio a Richardson y a Ignacio dar otras órdenes, eliminando la nueva búsqueda de uno de los sobrevivientes.

—… ¡¿En qué estabas pensando?!—gritó Amanda enojada. Levantó su mano llevándola hacia atrás para bofetear a Daniel, pero él la detuvo a tiempo.

Ella forcejeó unos minutos para romper a llorar.

—Con un brazo inmóvil ¿y quieres dártela de héroe? ¿Qué hubiera pasado si te hubieses perdido?… ¿Qué sería de nosotros? ¡No lo vuelvas a hacer!

Daniel solamente le rodeó con su brazo atrayéndola hacia sí, sintiendo la humedad de las lágrimas de Amanda mojar su camisa.

—Nunca me alejaré de ti, eso jamás.

—¿Promételo?—gimoteó.

—Te lo prometo, pero ahora necesito que recuperes la compostura para que escuches lo que tengo que decirte.

Amanda se apartó, asintió y se enjugó las lágrimas con el pulpejo de la mano, para agarrarla y llevarla lejos, muy lejos de la mirada de Ignacio que les siguió por unos segundos antes de desviarla. Se detuvieron cerca de la fogata en donde estuvieron reunidos antes del bullicio del bosque.

—No estamos solos—dijo Daniel, sin rodeos.

—¿Eso crees? Porque lo que oímos anoche…

—No es lo que parece. No es una fauna normal, es algo más que eso.

Daniel escrutó el rostro de Amanda donde la sombra del pánico se reflejó en sus ojos, que casi salían de sus órbitas. Le relató lo visto allí en el bosque, a la Íkara—sin tantos detalles lujosos de su cuerpo—y al horrendo monstruo—donde hizo énfasis en su anatomía, exageró un poco, pero concordaba en parte con lo que vio—, así como también le relató sobre la advertencia de la mujer y el faro al otro lado de la isla, en el que estarían

a salvo.

—No podremos rodear la isla—y miró por encima de su hombro.

Una de las montañas que flanqueaban la isla, caía del lado contrario hacia el mar. Debía haber una extensión de arena, ¡y la había! Pero no lo suficientemente vasta como en la que se encontraban y tenía un límite, en el cual realmente obligaba a entrar a los visitantes al interior de la gama de árboles, arbustos y maleza.

—Si no podremos rodear la isla, tendríamos que cruzar el bosque completo y eso significa…

—Encontrarnos con la Íkara y su bulldog—completó Daniel.

Amanda se tapó la boca con las manos, estando a punto de romper en llanto. Él pensó que si ella no fuera su novia, quizá le tildaría de loco, chiflado, esquizofrénico por haber pasado tan solo un día de naufragio en una isla desconocida, pero ella confiaba en él, en cada palabra y acción que hacía; y lo mismo confiaba él de ella.

—¿Dónde está el resto?

—Eric y Arán siguen dentro del barco sacando alimentos. Lisa y yo estamos ayudando a los pacientes en la cura.

—Hay que decirles lo que vi. Tenemos que robar algo de comida…

—¿Dejaremos a esta gente sin alimento?—esta vez Amanda estaba a punto de otro mar de lágrimas—Eso es injusto, ¿qué comerán, Daniel?

—Solo algunas cosas. No creo que esta isla sea tan grande.

—¿Y si nos perdemos?

Esa posibilidad nunca llegó a la mente de Daniel hasta ese momento. Sacudió la cabeza volviendo en sí.

—Iremos en línea recta con respecto a la playa, no creo que el faro esté en otro lugar. Hay que decirle al resto, nos marchamos esta noche.

Amanda asintió poniéndose en marcha a contarle todo lo que oyó a Lisa, luego a los dos muchachos.

Justo en ese instante, el capitán Richardson—un poco ofuscado—agarró el megáfono diciendo a través de éste que estaba restringido el paso al bosque por la desaparición de Frankie, que si la comida llegara a acabarse mandarían una comisión especial dirigida por Ignacio para entrar. Amanda

hizo caso omiso a las palabras del capitán, si Daniel había recibido la información de una extraña—a lo que no se había detenido a pensar si era verdad o mentira, teniendo en la mente que si en el faro estarían seguros y encontrarían ayuda, entonces era buena idea partir—solo se dejó llevar por el miedo a que los Monstruos aparecieran esa misma noche.

Mientras tanto Daniel se acercó a lo que fue alguna vez la cabina de mando del Carpentian, cuya mitad se encontraba sumergida dentro de la arena. Sin embargo, llegaba hasta el holograma apagado por el agua que penetró dentro del sistema, dañándolo. Sabía que sin el holograma en funcionamiento, no sabría cuánto medía la isla en sí, cuánto se tardaría y cuánta comida llevaría; eso era realmente un problema. Quizá el capitán tendría un mapa, uno que no veía que usara constantemente, pero quizá le haya tomado una rápida foto o hecho un dibujo visual antes de que la imagen satelital del Carpentian diese su último uso.

Suspiró desconcertado por la falta de información con respecto a la localización actual. Giró sobre sus talones sobresaltándose al ver a Ignacio ante él, con los brazos cruzados sobre su pecho.

—¿Qué intentas hacer?—preguntó y ladeó la cabeza.

—Quería saber si… esta isla tiene nombre y cuánto mide.

—¿Para qué quieres saber esa estupidez? Eres médico y no te incumbe. ¿Acaso no oíste lo que dijo ayer el capitán?

—Sí, pe…

—¿Entonces?—le cortó Ignacio. Estiró el dedo índice señalando a Daniel, de forma desafiante y amenazadora—Si sabes algo que nosotros no, mejor dilo ¿sí? No intentes algo loco, porque nada me costaría romperte el otro brazo.

Acto seguido, Ignacio se alejó de Daniel dejándolo pensar: Para ser vaquero, tiene muy mal carácter.

El día transcurrió casi con rapidez, y al darse cuenta ya el crepúsculo se ocultaba al otro lado de la isla, el punto final donde supuestamente estaba el faro. Por el lado sur, en el que se encontraban, la oscuridad cernía al color violeta del cielo que daba paso a un anaranjado oscuro que se disipó llegada las seis y media de la tarde, donde la noche fue servido como un plato recién hecho, al igual que las latas de palmito que fue entregada a cada grupo de sobrevivientes. Los estómagos crujían—más bien rugían como un león—mientras abrían las latas. Eric abrió la de ellos, agarró su largo y cilíndrico pedazo de palmito, pasó la lata a cada uno de sus amigos que hicieron lo propio, quedando al final vacía. Comían bajo la leve luz de la gran fogata, estando alejada de ella para hablar en privado y verse las

caras de preocupación.

Arán fue el primero en hablar después de tragar un pedazo de su palmito, que iba a la mitad.

—¿Dices que hay más personas en esta isla?

—No sé si son personas—contestó Daniel—. La Íkara sí era una mujer, pero el monstruo que estaba con ella no. Parecía una especie de gorila, con colmillos y branquias…

—Pero las branquias son para nadar bajo el agua ¿verdad?—comentó Lisa—No sé si estoy confundida…

—No lo estás, cielito—Arán le rodeó con su brazo.

—Parece que estás exagerando un poquito, Daniel—dijo Eric con escepticismo—. Todos sabemos que oímos ruidos extraños anoche, pero puede haber una fauna menos aterradora allí dentro.

—¡Claro que no está exagerando!—exclamó Amanda—Yo le creo, si tu no, entonces cállate.

Eric levantó las manos a ambos lados de su cabeza, como si dijera: «Tranquila, leona, tampoco es para tanto».

—Eric—le llamó Daniel, casi en un susurro—, si estuviera exagerando te diría cosas más alocadas que esa, créeme. Lo que vi allí dentro, fue—sacudió la cabeza—otra cosa. No fue algo normal. No es como ir al zoológico y ver a un elefante, un caballo, un oso o un cocodrilo que estarían enjaulados, aislando a las personas de una amenaza. Estuve ante una bestia, una cosa horrible, y la mujer dijo que mientras esté ante ella su… su Íkaro no me hará daño.

Analizó lo que había visto dentro el bosque y rió.

—Esto parece una locura de verdad.

—¿Ves?—exclamó Eric—Es ilógico.

—¿Tú los viste, cierto?—inquirió Lisa.

—¡Por supuesto! Pero…parece mentira de todos modos—y no evitó seguir riendo.

—Hay que buscar comida—terció Amanda, seria—. Tenemos que ir al faro.

—¿Ese faro existe?—preguntó Arán—Porque creo que debería verse desde a esta distancia, aunque sea una parte de su luz.

—No sabemos cuánto mide la isla—dijo Daniel—. Puede medir algunos metros o muchos kilómetros, no lo sabemos. El holograma del Carpentian está averiado y dudo que alguien se disponga a repararlo.

—De todos modos—añadió Eric, abriendo un poco más las piernas en su silla plegable para inclinarse—, con o sin faro, tarde o temprano, tendremos que entrar a la isla y descubrir lo que hay dentro. El capitán lo prohibió, pero es un moribundo, apenas tiene cabeza. Yo digo que si es nuestra única solución, acepto entrar. Aquí todos son unos idiotas. ¿A quién se le ocurre dejar la comida a la intemperie sin que nadie la vigile? Podemos tomarla y huir a eso de la madrugada, cuando todos estén dormidos profun…

—No—interrumpió Daniel—, debe ser antes, a la medianoche.

—Pero se darán cuenta—replicó Eric.

—No me importa si nos ven o no, si nos persiguen o no; prefiero correr riesgos ante que aparezcan los Monstruos o esa luna amarilla que dijo la Íkara.

—Pero…

—Pero nada, Eric—susurró Daniel, con cierto tono desafiante—. A medianoche, todos partimos.

Hubo una pausa. Eric se irguió con el entrecejo fruncido y anunció que descargaría su vejiga llena; lo mismo dijo Arán y ambos se pusieron en marcha a los primeros arbustos del bosque.

Al acercarse allí, bajarse la cremallera y sentir la presión de la vejiga disminuir, Eric le preguntó a Arán:

—¿Crees en lo que dice Daniel? A mi parecer, en un diagnóstico bastante certero, los golpes que recibió durante el impacto debió haberle vuelto loco. Está diferente, ¿no te parece?

—Yo lo veo igual También creo lo que dice sobre el Íkaro y la Íkara…

—Solo escúchate, Arán. Eso parece un cuento de niños solo para aterrar. Y la ridícula de Amanda se cree el cuento completo.

—Mi novia también lo cree.

—¡Da-ah! Por algo las mujeres son muy imaginativas y se la pasan escribiendo y diciendo cualquier chorrada. Nosotros no, y yo no creo en absoluto de ese cuento de Daniel.

—¿Estás molesto porque te interrumpió, verdad?

—Algo, pero lo perdono—dio dos brinquitos y guardó su paquete, se subió el cierre y añadió: —. Hay que hacer algo si Daniel nos quiere enviar al otro lado de la isla por dentro del bosque.

—¿Cómo qué?—Arán hizo lo mismo que Eric, para luego ver a su amigo a los ojos; unos que refulgían en un sentimiento desconocido que no pudo determinar.

—Daniel siempre es el jefe: lo fue en las guardias nocturnas de Emergencia, lo fue en la guardia diurna de pediatría, lo fue en las guardias de quirófano, sin contar que fue el líder de nuestro grupo (y lo sigue siendo) y sin tomar en cuenta que siempre fue el cabecilla en notas, seminarios, y en el discurso de entrada de la graduación. ¿Extraño, no?

—Pero él se ha forzado a conseguirlo, Eric.

Eric bufó.

—Y estoy casi, ¡casi!, seguro que su padre estuvo en esta isla. Tal vez él nos tenga una trampa, y por eso se inventó tal relato. ¿Qué me dices ahora, Arán?

Arán vaciló.

—Solo puedo decir que el futuro es incierto.

Eric alargó una mano, la colocó en el hombro de su amigo sacudiéndolo con suavidad.

—Y lo seguirá siendo, amigo mío, si alguien no reprende a Daniel y toma el rango de jefe.

De repente unos chasquidos secos brotaron de alguna parte, de la vasta oscuridad del bosque que les rodeaba. Ellos barrieron con la mirada su alrededor, echando a andar lo más tranquilos posibles para no alterar el ambiente afligido y silencioso de la playa.

Capítulo 11

A eso de las ocho y cuarto, todos los sobrevivientes conciliaron el sueño. El frío empezó a hacer de las suyas cuando la brisa soplaba, calando los huesos de cada persona quien se retorcía entre sus sábanas improvisadas, pero la única solución era acercarse a la fogata, no había otra. A las siete y media hasta las ocho, el capitán Richardson—quien no perdía la esperanza en absoluto—se dedicó a hacer contacto con lo que él y sus marineros llamaban: el mundo exterior. Igual que ayer, no obtuvieron respuesta. Alba se dedicó a llorar toda la tarde y parte de la noche; veía con desgano el pedazo de palmito que le dieron. No quería comer, mas su estómago le obligó a que sí. No había cenado anoche, y tampoco desayunó, en el almuerzo solo dos cucharadas de su sopa de sobre y dándole el resto a otra persona… ¿Y tampoco pensaba cenar? Pues, su estómago se alzó en crujidos atronadores que seguían sonando, aunque en menor medida.

Los cinco médicos recién graduados y parados en una isla desconocida, cayeron en un profundo sueño. En especial Eric y Arán, quienes parecían locomotoras roncando—ni siquiera ronroneando—. Lisa estaba acostumbrada y no tenía problemas, Eric… bueno, estaba solo así que si despertaba a alguien, que se cubriera los oídos; pero Daniel sí le molestaba esos sonidos. En cambio, a Amanda no estaba bien acurrucada en el pecho de su novio.

Daniel no dormía, dudaba de que fuesen a llevar a cabo el plan que tenía en mente. Primero porque Ignacio le vio en la cabina de mando, también porque Eric no estaba muy conforme con lo del faro—ni siquiera le creía la historia—, lo que ponía al pobre médico dubitativo sobre la existencia de un supuesto faro al otro lado de la isla, contando con lo que dijo Arán: «que debería verse aunque sea un fantasma de luz, muy lejos de allí».

Sin embargo, los pensamientos parecían morir en Daniel a medida que pasaban las horas, sus ojos se hacían pesados, el frío dejó de ser perturbador para convertirse en una temperatura exquisita para dormir. Pensó que mejor sería planear el escape mañana, con más calma y así robar la comida que fuese necesaria. Bostezó, rodeó a Amanda con su brazo y suspiró conciliando el sueño.

Casi medianoche, la luna amarilla empezó a alzarse por encima de la isla. Su brillo y color era como ver un segundo sol, no tan brillante y solo unos haces espectrales lograban pisar la arena, contemplando con curiosidad a los sobrevivientes dormir y la fogata quemar las largas ramas que tendrían que ser cambiadas. La tranquilidad estaba puesta como una cena para los horribles seres que emergieron de entre las sombras del bosque: eran altos, de un color negro sin piel, los músculos oscuros, flácidos y desnutridos se notaban a simple vista; no poseían ojos, sino branquias a

lo largo del cuello por el cual veía con cada inhalación y exhalación, formándose una extraña imagen imprecisa para cualquier humano, pero precisa para ellos, viendo a las personas acostadas sobre la arena despreocupadas. Ellos caminaban con sumo silencio, apenas se escuchaban, dejando grandes huella con tres patas en cada paso.

Se acercaron a los bellos durmientes, y como curiosos los olían sin apartar la distorsionada mirada ni un segundo. Deseaban tocarlos con esos brazos tan largos, poseyentes de una mano más grande que la de un gorila y con unas pezuñas negras como su cuerpo. No lo hacían, solo curioseaban. En total eran siete y estaban repartidos en diferentes puntos estratégicos: tres al otro lado de la fogata donde Alba, Jimmy, Berilio, Ignacio y otros más dormían por separados; otro cerca de la carpa y del capitán Richardson, dos más olisqueaban a los marineros amontonados, abrazos y profundamente dormidos. Y un último estaba muy cerca de Daniel y Amanda, siendo el primero en abrir los ojos, sobresaltarse de tal manera que no gritó; el susto le palideció, sentía que se desmayaría en cualquier segundo, sabía que no debía moverse ni gritar, porque si tan solo abría la boca, si tan…

—¡¡¡AAAAAAAAAAAAAAAH!!!—gritó una mujer.

Todo ocurrió rápido.

Los Monstruos se irguieron volteándose a donde brotó el grito, todos se despertaron; Amanda, Eric, Arán y Lisa se despertaron, el barbullo entre todos inició, el jaleo en la playa dio paso al graznido gutural de las negras criaturas, que en seguida echaron a correr hacia la mujer.

—¡Ya, ya!—gritó Daniel, poniéndose en pie.

Amanda estaba aturdida; Eric y Arán—con el alma en un puño—corrieron con Daniel hacia la reserva de comida, las chicas se adentraron al bosque. Los monstruos agarraron a la mujer que gritó, se pelearon por ella, la desmembraron, lamían la sangre del suelo hasta que uno de los hombres agarró una rama usándola como fogata; siendo la gota que derramara el vaso. De inmediato, los monstruos empezaron a asesinar a sangre fría a toda aquella sangre caliente que se movía de un lado a otro, corriendo como idiotas; otros haciendo un intento estúpido de ahuyentarlos, pero el resultado era el mismo: las grandes bestias saltaban, caían ante su víctima, la agarraban con una mano y le comían la cabeza, o si no los pies o el estómago. Otros se dedicaban a separarlos dejando caer sus tripas y sangre.

Amanda y Lisa echaron a correr hacia el bosque cuando dentro de la gama de árboles, salió un enorme y horrendo bicho volador—semejante a un abejorro de color marrón—, cuyas patas se enredaron en el cabello de la novia de Daniel, gritando. El hombre se detuvo en su labor al escuchar su

nombre a voz de grito. Buscó a su novia con la mirada cuando Eric le gritó que no se detuviera, que siguiera; pero no sabía que su amigo iría a la ayuda de Amanda en cualquier segundo. No obstante, esa posibilidad fue eliminada de la cabeza de Daniel con la aparición de un marinero, quien agarró una de las ramas de la fogata que hizo de antorcha, para golpear al abejorro lanzándolo a un lado.

El insecto cayó al suelo soltando a Amanda, muerto y sacudiendo las patas velludas. El hombre les iba a decir a ambas mujeres que no entraran al bosque, cuando fue asesinado por un enorme aguijón que se clavó en su torso, emergiendo por la espalda. Amanda y Lisa gritaron como nunca antes en su vida; Daniel lanzó un respingo volviendo su cara en una expresión de asco, al ver a la mezcla de escorpión y tiburón devorarse al hombre.

—¡Daniel, date prisa!—gritó Eric.

Regresando en sí, empezó a agarrar todo cuanto podía caber en su bolso improvisado hecho con su camisa.

El capitán Richardson se levantó casi cayendo de bruces al suelo. Miró el campamento de la playa, miraba a sus pasajeros morir. Un monstruo negro se filtró en la carpa, una enfermera emitió un grito desgarrador, luego los demás enfermeros y pacientes gritaron, atrayendo a más Monstruos hambrientos.

—¡Ignacio, Ignacio!—exclamó el capitán— ¡Despierta ya, despier…!—se calló, porque al voltearse donde estaba Ignacio, éste no estaba.

Alguien abrió fuego con una pistola. Los gritos aumentaron tornando de miedo a dolor. Berilio lanzó un alarido cuando un monstruo le arrebató su antorcha; otros hombres le defendían, quemaban a la cosa negra que estaba ante ellos, pero esta se enojaba aún más. Así que barrió con sus grandes manos a los entrometidos, agarró a Berilio y se lo tragó sin prejuicios. Los que cayeron a ambos lados—unos por ser golpeados, otros para escabullirse del monstruo—fueron sorprendidos por otros más que salían del bosque volando. Intentaron defenderse batiendo las manos torpemente, otros se arrastraban como serpientes, gritando mientras los monstruos voladores intentaban agarrarlos, hiriéndoles el torso. Los más vivos y dotados de fuerza, agarraron ramas sacudiéndola a los lados hasta que uno de ellos fue empujado directo a la fogata, siendo brasas de su propio fuego. El resto solo corrió.

Las mujeres corrían hacia todas partes, algunas se escondían en lo que quedaba de cabina de mando, mas los Monstruos las encontraban, las agarraban, las comían, las desmembraban peleándose por la deliciosa

carnicería que hacían, mientras la sangre fluía por entre el suelo.

La arena estaba manchada de color oscuro; las telas que fueron sábanas, ahora estaban desgarradas y ensangrentadas, otras con las tripas rojizas encima hasta que llegaron una pequeña manada de monstruos, se pelearon entre ellos cuando el más sagaz agarró el estómago caído de Billy, otro el intestino delgado halándolo con todo y barriga; los demás se conformaron con pelearse por el intestino grueso, el cual era corrugado y al estirarlo se alargaba.

Pero los tres hombres no veían eso en ese instante, a excepción de Daniel quien vio la sangre esparcirse al lado de la fogata, pero solo fue un minuto. Repentinamente alguien gritó que estaban robando la comida.

—¡LADRONES!—rugió de nuevo.

El capitán Richardson echó a correr lo mejor que pudo hacia los ladrones de los alimentos. Arán lanzaba miradas rápidas de vez en cuando, viendo como la gente era desmembrada, separada y comida, depositándola en la bolsa improvisada que hizo con su franela; del mismo modo ocurría con Daniel y Eric, siendo el segundo quien vio al capitán…

De repente un monstruo detuvo a Richardson, lo pegó contra el techo del gimnasio de la cubierta superior, le mordió la barriga, escupió la piel dejando brotar de la herida sangre a borbotones y tripas con las que la bestia se deleitó.

—¡Hay que irnos, hay que irnos!—chilló Daniel.

En seguida corrieron alejándose de lo que sobraba de alimento, sin ver cómo el monstruo le borraba la expresión de horror del rostro del capitán cuando le quitó la cabeza de una sola mordida, la masticó mirando el cielo, pero la escupió porque tenía mal aliento; lo de adentro sí le agradó más, absorbió el alma de Richardson antes de que entrara a un mejor lugar, y se dedicó a devorarse él solo el cuerpo desmembrado.

Corrieron tan rápido que Arán no se dio cuenta de que tropezó contra un brazo—cuyo húmero se veía sin la necesidad de luz—cayendo de bruces, tragando arena y golpeándose el abdomen y la cadera con los alimentos.

—¡Levántate, ahora!—bramó Daniel.

Arán se puso en pie a gatas para seguir corriendo, llegándose a donde Eric y Daniel para entrar en el bosque e intentar dejar el bullicio con sangre y tripas mezcladas atrás. Entraron al bosque donde estaba Amanda y Lisa escondidas, abrazadas, llorando y viendo a los sobrevivientes morir. Al costado derecho, a unos cinco metros otra manada de Monstruos se abalanzó sobre los otros supervivientes, empujándolos hacia atrás y

comiéndole las cabezas, bajando por el cuello, peleando por los miembros inferiores cuando otros se los arrancó de cuajo, para pelear entonces por revenarle los sesos.

—Hay que seguir, no podemos parar, nos verán—dijo Daniel, entre jadeos.

Todos asintieron, queriendo alejarse del peligro. No obstante, cuando iban a emprender un trote lo más rápido posible, a tientas por el bosque, dos chasquidos secos sonaron detrás de ellos sobresaltándole. Lisa dio un respingo, se cubrió la boca a punto de romper en llanto a mandíbula batiente. Daniel y Eric se voltearon, siendo imitados por los demás.

Era Ignacio quien les apuntaba con un revólver negro.

—¡¿Cómo es que entras a un barco portando un arma?!—susurró Daniel, barriendo con la mirada el ambiente sangriento detrás del hombre.

—¡Eso no importa! ¡Quiero irme con ustedes!

—Yo igual—dijo una débil voz.

Ignacio miró por encima de su hombro, viendo a Alba Sanz manchada en sangre, aunque completa, sana y salva.

Un grito desgarrador retumbó con tanta fuerza, que todos se estremecieron del miedo: Jimmy, el manager de Alexia, fue levantando como una pluma por un monstruo, que alzó la cabeza, dividió en dos el cuerpo atragantándose de tripas y sangre del hombre, cuyos gritos cesaron.

—Pueden venir con nosotros—dijo—, pero deja bota el arma.

—¡Eso jamás!—replicó Ignacio.

—¡Bótala o…!—y un graznido gutural emergió muy cerca de ellos, provenía del bosque y los Monstruos se peleaban aún más. Quizá ya se habían dado cuenta que siete personas se habían escapado.

Ignacio soltó el arma. Alba le rodeó y se acercó a las dos muchachas.

—¡Vamos, no perdamos tiempo!

Sin más echaron a correr. No obstante, Ignacio se detuvo y se agachó rápidamente agarrando de nuevo su arma. Tal vez la necesitaría más tarde, pensó, salvaría vidas. Apenas la tuvo en su mano derecha, miró el campamento ensangrentado y corrió, metiéndose el arma por la cinturilla trasera del pantalón y ocultándola con la camisa; era una buena forma y

nadie se daría cuenta.

Se alejaron lo más posible del campamento entrando en el bosque oscuro, dejando de correr para caminar jadeantes y a tientas. No se detuvieron ni un momento, seguían escuchando los graznidos como si estuvieran cerca, justo a sus espaldas, estando traumados por lo visto, siendo algo inconcebible. Durante el camino encabezado por Daniel, maldecía la falta de luz y ahora tenía su mano buena estirada, palpando a tientas con tal de no chocar contra un árbol o una criatura de esas haciéndose pasar por uno. Ni siquiera la luna—que cambió del color amarillo al blanco normal, surcado por los grises cráteres—lograba pobremente iluminar el ambiente a su totalidad; también maldijo que las ramas se entrelazaran con abundantes hojas verdes, era la causa principal de que no vieran nada, y también maldijo el dolor que sentía en su brazo malo al sostener la bolsa improvisada de alimentos.

Sin embargo, Ignacio extrajo de su bolsillo su más fiel amiga—además del revólver—de su bolsillo: un yesquero, que encendió proporcionando una triste luz, que no iluminaba mucho ante la oscuridad total. Rodeó a Daniel adelantándosele para decir:

—¿Necesitas un poco de luz? Porque creo que Tinker Bell se fue de vacaciones—se carcajeó.

Daniel emitió un bufido, sosteniendo con sus dos manos la bolsa de alimentos.

Recorrieron unos metros más para detenerse jadeando, cansados y con mucho sueño, sabiendo que si pegaban un ojo podrían suceder varias cosas: la primera la reaparición de los Monstruos, la segunda tener pesadillas con lo visto allá afuera, la tercera alguien podía llevarse la comida rescatada por Daniel y Eric, puesto que Arán dejó la suya atrás. Las mujeres rompieron en llanto y Alba no soportó más, se agachó al pie de un tronco y vomito. Sus arcadas se escuchaban entre los llantos, y el desconcierto unido al temor de los cuatro hombres.

Alba, temblando de pie a cabeza, se limpió la boca con el dorso de la mano y preguntó:

—¿Qué eran esas cosas? Oh, Dios, ¿qué eran?

—Es muy obvio, ¿no?—dijo Ignacio—Son monstruos, y la pregunta correcta es: ¿Quién lo sabría antes que nosotros?—clavó su mirada en Daniel—Ya eso es otra cosa.

Daniel, quien se había tumbado en el suelo, sentía las punzadas latentes en su muñeca, que le dolía hasta más no poder. Se odió por haber usado su brazo malo para sostener la bolsa improvisada, pero era eso o dejarla.

Sin embargo, le clavó unos ojos desafiantes al vaquero quien la aguantó.

—Sí lo sabía antes, todos mis amigos lo sabían…

—¡¿Y no pensaban decirnos?!—chilló Alba.

—¿Quién iba a creerme?—replicó—¿Monstruos en una isla?

—Con los sonidos de la noche anterior, dejaban bien en claro que había algo aquí…—la voz de Alba se quebró—algo maligno—y se echó a llorar, para ser consolada por Amanda y Lisa, que sollozaban.

—Bien—volvió a hablar Ignacio, con tono sarcástico—, alguna idea de dónde vamos, porque ni sé donde estamos parados.

—Tenemos que ir a un supuesto faro—murmuró Eric, desconcertado.

—¿Con que un faro, eh? Supongo que está al otro lado de la isla.

—Correcto—dijo Arán—. Lo malo es que no sabemos si existe o no.

—Y por eso estaba en la cabina de mando cuando tu…

—¿Tenemos reserva de comida suficiente?—interrumpió el vaquero a Daniel, quien frunció el entrecejo ofendido.

—La mía se cayó por accidente—susurró Arán, apenado.

—Daniel y yo tenemos suficiente, creo que para unos días—repuso Eric.

Aunque no esperábamos compañía extra. Pensó Daniel, con los ojos los entornados.

—¿Nos tendremos que quedar aquí?—quiso saber Lisa, su voz anunciaba otro mar de lágrimas.

—¡No, señor!—exclamó Alba, agarrando fuerzas de pronto—¡Yo no pienso quedarme aquí a que me coman!

—Ajá, ¿y adónde irá en esta oscuridad?—Ignacio puso los brazos en jarra—¿Al campamento?

La mujer bajo la cabeza.

—¿Por qué estás hablando demasiado, vaquerito?—preguntó Daniel—¿Quién te nombró líder del grupo?

Eric se imagino que la situación que ellos vivían ahora, como un vaso con agua, no se había derramado del todo; aún quedaba muchas gotas por caer, y esas dos preguntas desafiantes hacia Ignacio eran una de esas.

Ignacio se acercó a Daniel, sacó de nuevo su yesquero y lo usó para iluminarle la cara al hombre ante él, para que viese su expresión y viceversa. La luz del yesquero iluminaba poco, pero su alcance daba para vislumbrar las sombras de los rostros espantados de cada persona.

—En mi bolsillo tengo una linterna, tengo un yesquero, tengo una navaja y gracias a ti, perdí mi pistola—mintió sobre el revólver—. ¿Qué más implementos para salvarles el pellejo, cuando estén…o estemos en apuros? ¿Tú que tienes, enyesadito? ¿Un brazo dislocado?

—Yo tengo nombre… soy Daniel, para que sepas.

Ignacio se carcajeó en un ladrido.

—Como sea. Partiremos mañana y dormiremos sin hacer fogata, puede ser que esas cosas lo vean y se acerquen.

—No tienen ojos—susurró por lo bajo Daniel.

Pero nadie le hizo caso, excepto Amanda quien se le acercó, le rodeó el brazo bueno y se limitaba a seguir llorando, prefiriendo tener el corazón partiéndole el esternón por la carrera llevada hace unos minutos y las ansias de seguir corriendo, sin rumbo fijo.

Capítulo 12

La noche trascendió lentamente para los sobrevivientes de dos tragedias: el naufragio del Carpentian y la matanza de los monstruos. La noche también había sido más escandalosa y movida, se escuchaban los pasos cercanos y lejanos de las criaturas correr hacia la playa. A cada serie de pasos, todos se despertaban de sobresalto, pero Ignacio no se atrevía a encender el yesquero, arriesgando todo, puesto que los pasos se alejaban y otros los sustituían. Sin embargo, también se despertaban cuando aquellas bestias infernales graznaban guturalmente. A Alba le ponía la piel de gallina, la hacía romper en llanto, ahogando lo mejor posible por no emitir algún ruido; pensaba que su hijo habría muerto por esas cosas, que ya no lo vería más y que perdió a su familia: primero su esposo y ahora su único regalo de vida, algo deteriorado, aunque aún así lo amó.

Arán también lloró de impotencia, se reprochaba lo idiota que fue por no ver el brazo y tropezar. ¡Dios Santo, perdió una buena reserva de comida! Y ningunas palabras provenientes de su novia le calmaban el sentimiento de dolor que sentía. Eric no durmió en absoluto, apenas cerraba los ojos los abría como solía hacer en las guardias, siendo esta era peor que la de los hospitales. Daniel y Amanda estaban abrazados, al igual que el resto, se despertaban de tanto en tanto.

Por otro lado, los monstruos negros que se acercaban a la playa con los que crearon la matanza, entraban curiosos al barco; de la entrañas del crucero que iba arder en llamas la noche siguiente, extraían los cuerpos y se los comían tristemente. No tenían alma, pero de algo valdría tener el estómago lleno. Otros llevaban a los cadáveres tiesos sobre sus hombros flacos, negros y horrendos hacia el interior de la isla, para alimentar a sus iguales.

Poco a poco, en una pesadilla vuelta realidad, la oscuridad fue pasando hasta dar con las primeras luces del alba. Las siete personas conciliaron el sueño a eso de las tres o cinco de la madrugada, sintiendo el frío calarle hasta los huesos. De la nada, un haz de luz se filtraba por una abertura de entre las ramas. Todos abrieron sus ojos viendo tres cosas: sus rostros anegados en lágrimas, tristes y aturdidos, que estaban muy lejos del campamento y que todo lo que les rodeaba era solamente árboles, arbustos y maleza, ni más ni menos. Ninguno despertó como era en una situación normal, por ejemplo, Daniel no recibió su beso de buenos días por parte de Amanda, Eric no gritó estirando sus brazos, Lisa y Arán no tuvieron sexo para ser «más joven» y tener la locomotora siempre en funcionamiento; Alba no fue a donde Frankie para darle su compota, e Ignacio no tocó por primera vez las ubres de las vacas en busca de leche.

Dividiéndose en pareja, estando Eric con Amanda y Lisa por si algo ocurría, Daniel con Alba—ya que la novia del joven médico consideró que

la pobre madre necesitaba consuelo— y Arán con Ignacio, fueron en busca de algo más de alimento. Se encontraron en el mismo lugar donde estuvieron descansando esa noche, se sentaron y tuvieron que destapar la lata con la navaja del vaquero.

—Creo que esta isla tampoco tiene frutos—murmuró Eric.

—Vimos unos cuantos—anunció Alba—, pero estaban muy altos.

—Eso es una buena noticia—dijo Ignacio, parecía de buen humor después de todo.

—¿Seguiremos caminando?—inquirió Lisa, algo tan obvio como el albaricoque que su estómago recibiría.

—Sí—respondió Arán—, comeremos algo dulce para conservar las fuerzas.

—Pero solo comeremos dos veces—dijo Ignacio, dedicando una mirada lenta a cada uno del círculo—. No tenemos mucho, y no podemos quedarnos sin comer. No sabemos si conseguiremos algo más adelante.

—¿Cuál dirección vamos a seguir si no sabemos dónde está el faro?—preguntó Amanda. Aquello si era un problema.

Ignacio hizo un ademán con la mano, estaba resuelto.

—No te preocupes, muñeca, seguiremos un trayecto recto. Así no nos perderemos…

—¿Muñeca?—repitió la palabra que enervó la sangre de Daniel.

—¿Qué? No quieres que sea el jefe, ¿y tampoco quieres que diga cosas bonitas para calmarnos? Bájale dos, amigo, se te puede subir la tensión.

Daniel solo inspiró y exhaló aire contando hasta diez; repitió la cuenta intentando conservar la calma.

El albaricoque extra dulce por el jugo les llenó de energía para caminar por el bosque, siendo abrumadora la cantidad de flora que los rodeaba. Daniel y Amanda se agarraban de la mano, igual que Lisa y Arán, aunque nadie se atrevía a decir ni una sola palabra. El silencio absoluto entre ellos era de ultratumba y solo se escuchaba los sonidos de la maleza al ser pisados. Nadie rompió el hielo en todo el día, ni siquiera Eric a quien le temblaban las piernas al recordar el jaleo de anoche.

De repente Daniel se detuvo al divisar a su derecha un árbol cargado de frutos, eran manazas y estaban rojas, grandes y muy jugosas. Se

preguntó sobre qué más comerían los monstruos. Sabía que comían carne, y no cualquiera, pero qué comerían cuando no había humanos para saborear. ¿Tendrán alguna reserva de cadáveres? Se preguntó, se estremeció y eliminó ese pensamiento horrendo de su cabeza. Se acercó al árbol, agarró la primera rama con su mano buena, usando sus pies para impulsarse llegando a una de las ramas que daba con ocho manzanas. Las derribó y Amanda las agarró haciendo ella una bolsa con su blusa para ver a su novio caer de un salto.

—Bueno—comentó Ignacio, todos esperaban algo sarcástico—, por lo menos hay manzanas. Es una buena noticia.

Repartiéndose las manzanas caídas entre los dos para equilibrar el peso, Daniel robó una y comió un poco más. Si el bosque daba fruto, entonces no tenían que pasar hambre.

—¿Llegaremos al faro?—le preguntó Amanda, en un susurro.

Daniel suspiró y la miró enarcando las cejas.

—No tengo ni idea. Ojalá lleguemos con vida antes de ser la carnada de estas criaturas.

Amanda le agarró la mano mala, entrelazando los dedos con suma delicadeza.

—Te amo, Daniel, pase lo que pase siempre te amaré.

—No hables como si esto fuera el final, hay que tener esperanza y fe.

—Hablo como si fuera el final porque la esperanza y fe son simplemente imprecisas. Es el destino y la pregunta de oro «¿Qué ocurrirá mañana?» En la que estamos metidos.

Hizo una pausa.

—Pendemos de una cuerda floja—dijo, su voz se quebraría en cualquier momento.

—Yo no he perdido la fe ni la esperanza—dijo Daniel, brindando un débil apretón a Amanda, para pasar por encima de una roca escondida entre la maleza—. Espero salir de aquí lo antes posible, esto es un infierno.

—Lo sé—admitió, bajando la cabeza—. Parece mentira lo que ocurrió en la playa… aún no lo puedo creer. Y pase lo que pase—le volvió a mirar, con ojos brillantes—, te sigo amando.

—Yo igual, cielito, yo igual.

Se acercaron al grupo que se había detenido de improviso.

—Vamos a descansar unos segundos—anunció Ignacio—. Si seguimos como vamos, entonces llegaremos al faro antes de que cante el gallo.

—¿Cómo lo sabes?—preguntó Daniel.

El silencio entre todos seguía reinando, nadie quería decir nada y creían que el silencio era la mejor solución.

—¿Qué como lo sé?—se carcajeó—. Intuición de llanero. He recorrido las llanuras de Apure, me he perdido y he llegado a casa sano y salvo.

—¿Qué pasa si no llegamos directo al faro sino al otro lado de la isla?—quiso saber Eric.

—Buscamos el supuesto faro, lógico ¿no?

Allí quedaron unos minutos, en el que merendaron las manzanas que la pareja había agarrado. Era el fruto más delicioso de todos, fue lo que comentó Eric y Alba admitió que lo era, pues comer comida de lata no era nada comparado con lo natural; era distinto y fresco.

—¡Hay que ver que Dios crea cosas muy buenas, pero también malas!—exclamó Lisa, sin querer que se acabe su manzana, que a la final se terminó.

—¿Sintieron eso?—preguntó Alba, casi al instante.

Todos se volvieron hacia ella.

—¿Sentir qué?—preguntó Daniel.

—El temblor… ¿no-no lo sintieron?

Todos negaron con la cabeza.

—Quizá sea el miedo—terció Ignacio—que te está haciendo sentir cosas…

—No, yo lo sentí. Soy muy sensible y miedosa a ese tipo de cosas.

—Es mejor que descansemos—dijo Eric—, es lo mejor para todos.

Descansaron un minuto y se pusieron nuevamente en marcha. Caminaron hasta entrar en un lugar realmente de ensueño, porque estaba repleto de hermosas flores de todos los tamaños, de todas las formas imaginables y

no imaginables. El aire allí estaba inundado de un olor incomparablemente dulce, así como uno a muerte producto de una enorme flor, grande y majestuosa, pero peligrosa; se veían algunas raíces salir de la tierra, deslizándose alrededor de los pies de la flor para volverse a enterrar. Parecían serpientes esperando a que cualquier idiota se acercara, y ellos no lo serían. Y mientras más caminaban, más exóticas eran las flores en las que mezclaban sus colores: de una tonalidad negra, pasaba a violeta, luego a una anaranjado, que se teñía en un amarillo que terminaba en un rojo vivo.

Sin embargo, la que atrajo la atención de Lisa fue una de color azul oscuro, con las esquinas de un atigrado morado y un centro de color blanco; un estambre amarillo y largo, que emanaba un olor fresco y exquisito. Se desvió del grupo para arrancarla. No le haría daño a nadie, solo la conservaría como el único recuerdo bello de esa terrible isla desconocida. Pero fue tan idiota que no se percató que el tallo tenía espinas, que se clavaron en sus dedos y en la palma de la mano al agarrarla.

Gritó de inmediato y apartó la mano llena agujeros por donde manaba hilos de sangre.

—¡Oh, Dios!, Arán…

Arán se acercó a Lisa, le examinó la mano con cautela escuchando a sus espaldas a Ignacio proferir:

—Tenemos que seguir, no podemos parar.

La mano chorreante de sangre le preocupaba a la chica, y el novio se volvió hacia Ignacio.

—No sabemos qué atrae a los monstruos, pero si la sangre es uno de ellos, entonces es mejor evitar más hemorragia.

—Como quieras—e hizo un ademán de desdén.

Arán se arrancó la manga de su camisa y Eric también, ambos envolvieron lo mejor posible la mano de Lisa en un nudo fuerte. A cada apretón de las orejas del lazo, ella lanzaba un gritico y jadeaba de temor.

—¿Será venenosa esa planta?—preguntó Eric.

—No lo sabemos—respondió Daniel—. Espero que no lo sea.

Una vez detenida la hemorragia—que a horas más tardes mancharía las telas en sangre—, siguieron caminando. Repentinamente un gruñido surgió de un punto estratégico invisible. Alba dio un alarido de horror,

todos dieron un brinco de temor para juntar espalda con espaldas, viendo a su alrededor. No obstante, una portentosa criatura salió despedida de entre los arbustos cayendo ante ellos. Ignacio extrajo su navaja dispuesto a matar al Íkaro, deteniéndose en seco al advertir a una mujer encima de la bestia.

Todos quedaron fascinados y horrorizados, aún más cuando la Íkara se apeó de su monstruo diciéndole a Daniel:

—Veo que salvaste el pellejo de tus amigos y el tuyo.

—¡¿Quién eres?!—preguntó Ignacio, apuntando con el filo de la hoja metálica a la mujer.

La Íkara se detuvo en seco, miró de reojo al hombre sucio ante él con el mismo desdén con que Ignacio miraba a los integrantes del grupo, en especial a Daniel.

—Soy una amiga de Daniel—y a sus palabras, le acompañó un acercamiento al hombre que sus labios pronunciaron, le rodeó la nuca con su mano y le besó en la boca.

Por si fuera poco, Amanda se enojó espetando cualquier cantidad de palabrotas para empujar a la Íkara, separándola de Daniel. El hombre quedó estupefacto, incluso su novia pudo verlo, pero luego se encargaría de él. Amanda estaba dispuesta a propiciarle una bofetada a la Íkara, halarle los cabellos y a rasguñarla, cuando de la nada la monstruosidad se entrometió entre ambas.

Amanda cayó de culo al suelo, retrocediendo sin apartar la mirada del monstruo—que sin tener ojos—le gruñó justo donde ella estaba.

La Íkara rodeó a su mascota y dijo:

—Ese al que llamas novio, no es más que mi futuro prometido, el Señor de los…

—¡¿Qué?!—Exclamó Daniel— ¡Claro que no!

—¿Perdón?—preguntó ella, indignada—¿Qué has dicho?

—No acepto tu propuesta, no acepto nada que venga de esta maldita isla; solo queremos marcharnos de una vez.

La Íkara sin decir palabra, le fulminó una mirada amenazante. Acto seguido se giró, se montó de nuevo en su bestia para barrer con la mirada

a cada sobreviviente. Después sonrió de medio lado.

—Como quieras, Daniel. Pero recuerda: yo te di la vida de nuevo, tú y tu gente están a salvo y por tu ignorancia, falta de conocimiento sobre lo que oculta esta isla, lo pagarán todos con sus muertes—emitiendo un grito indígena tan agudo que todos se cubrieron sus oídos con fuerza. Con una voz sublime, añadió:—Les recomiendo que corran.

De pronto el suelo empezó a temblar por una serie de pasos que se aproximaban hacia ellos. A la mente de Daniel llegaron tres posibilidades: una manada de monstruos, de Íkaros o de rinocerontes-Íkaros; y sin seguirle dando vueltas al asunto, y con el grito de Eric de que corrieran, levantó a Amanda del suelo echando a correr justo en el momento en que una manada—ciertamente de Íkaros peludos y otros lampiños y llagosos—emergieron de entre los arbustos. La Íkara se apartó y las siete personas corrían por entre los árboles, saltando de vez en cuando esquivando alguna que otra roca. La estampida de monstruos rugía, gruñía, se empujaban entre ellos dejando a todas las flores aplastadas y muertas.

Daniel y Amanda se adentraron al centro del grupo, rodeados por Eric, Arán, Lisa y Alba, siendo encabezada por Ignacio.

—¡No perdamos el rumbo!—gritó—Sigamos derecho.

Repentinamente uno de los Íkaros azotó con su lengua la espalda de Alba, ésta cayó de bruces al suelo con toda su parte trasera a carne viva. Se detuvieron en seco, iban a rescatarla pero se volvieron a detener. Alba gritó que la ayudaran, siendo tarde. Los primeros Íkaros se le abalanzaron, le aplastaron la cabeza haciéndola papilla dejando a la vista pedazos del cerebro manchado de sangre, un delicioso manjar. Sin embargo, los Íkaros de detrás no se detuvieron, pasaron por encima y por los lados de los primeros, rodeándolos, para seguir con los demás sobrevivientes.

Lisa gritó y fue la primera en correr. Estaba acostumbrada a ver sangre y sesos, pero no de esa manera, era una persona menos entre los supervivientes del naufragio. Todos echaron a correr, reemprendiendo la marcha detrás de la mujer que fue alcanzada por Arán. Ignacio aceleró el paso, adelantándosele a la pareja enloquecida y por si fuera poco torció de improviso a la derecha. En un momento de duda no quedó de otra que doblar también en dirección hacia el vaquero. Fue una estrategia bastante inteligente, porque los Íkaros no se lo esperaban y cuando lo vieron venir, girando en esa dirección, resbalaron con la tierra por la velocidad que llevaban. Aunque todo fue en vano, un segundo después ya los tenían devuelta pisándole los talones.

Durante la persecución, Amanda tropezó con el tronco de un árbol y no cayó porque Daniel estaba a su lado, pero la lengua del Íkaro fue lo suficientemente larga para herirla haciéndole un rasguño profundo en su espalda. Y la sangre empezaba a manar. Él le agarró y la obligó a seguir corriendo, con todo el esfuerzo del mundo lo hizo, no se detuvieron, tomando en cuenta que un Íkaro estaba tan cerca de ellos que usaría su lengua para hacer lo mismo que a Alba.

Eric rodeó a Arán y a Lisa, se igualó a Ignacio divisando un charco de lodo al que desconocía si era profundo. No importó, quizá lo era quizá no, pero rezaba que sí lo fuera. Sin pensarlo dos veces, tomó impulso, saltó encogiéndose de rodillas para caer en el lodo profundo. Así hizo Ignacio, seguido de Lisa y Arán, más atrás Daniel y Amanda también se sumergieron en el barro produciendo un gran chapoteo, haciendo detener en seco a los Íkaros. Perdieron el rastro de su víctima, y furiosos se posaron en sus patas traseras usando las delanteras para rasguñar el aire rugiendo al cielo.

Y sin más se marcharon, dejando aquel lugar solo.

Capítulo 13

Todos sacaron sus cabezas del fondo del barro sin siquiera examinar primero en derredor; primero porque se estaban ahogando y segundo estaban en lodo, no en agua. Salieron de allí impregnados totalmente de color marrón, se limpiaban con el pulpejo y el dorso de la mano los ojos y la boca, algunos escupían lo que tragaron y otros se soplaban la nariz a causa del chapuzón. Otros, como Daniel se acercó a Amanda para verle la herida, a lo que ella le gritó una negación, dejando claro que estaba molesta con él. Todos hacían esas labores cuando la primera en hablar, romper el silencio con una voz llorosa, fue Lisa.

—Arán… chicos…

Las miradas se volvieron hacia ella, todos indignados por lo que aconteció hace tan solo minutos infernales. La mano de Lisa se hinchaba, sobresalía del vendaje improvisado que Arán y Eric le habían hecho, pero esta vez le dolía por la presión que sentía. Su novio se acercó, quitó la tela y fue—lo que pensó Eric—la segunda gota que rebosaría más el agua: la mano de Lisa se hinchó rápidamente, y de tal manera, que se asemejaba a un guante de látex inflado con aire. Todos quedaron sorprendidos. Amanda se cubrió la boca con las manos, Lisa rompió en sollozos y Eric junto con Daniel quedaron petrificados como estatuas. Los cinco médicos habían visto cientos de manos, piernas, pies y brazos hinchados, mas aquello era distinto… horrible.

Ignacio, más desdeñoso que nunca, dijo:

—Debemos seguir, nos limpiaremos con las hojas de algunos arbustos y…

—¡¿ACASO NO ENTIENDES, IMBÉCIL, QUE MI NOVIA ESTÁ SUFRIENDO?!—Exclamó Arán, ensañado— ¡¿Acaso no ves como tiene el brazo?!

Arán se colmó de irá que aumentó cuando el vaquero dijo:

—Bueno, yo no fui la idiota que tocó la flor envenenada.

—¡¿Cómo le llamaste a mi novia, imbécil?!—Arán se acercaba a Ignacio, con las manos cerradas formando puños, dispuesto a asestarle golpes al hombre.

Sin embargo, fue Eric quien se interpuso entre ambos, alargando sus brazos para apartarlos.

—¡Basta, basta, ya!—gritó— ¡No es momento para esto! ¡Y así no se resuelven las cosas, joder! Somos humanos, no somos monstruos.

Además—bajó su tono de voz, casi un susurro—, Alba murió.

—Murió porque él—Ignacio señaló a Daniel—se propuso a enamorarse de una mujer que tiene un monstruo de mascota.

—Lastimosamente—se defendió Daniel—, yo no sabía lo que quería esa Íkara, ella solo me dijo que fuéramos al faro…

—¿Así que fue ella la que te dijo sobre el faro? Adivina, así como hizo eso con nosotros, quizá lo del faro sea mentira y sea un maldito truco para matarnos en esta mugrosa isla.

Lisa respingó, temía por su brazo, pero temía más por lo del faro.

—Sea verdad o no, tenemos que averiguarlo.

—¿Y terminar muertos como Alba?—replicó el vaquero—¡Piensa un poco, enyesadito! Ella nos quiere llevar a la muerte.

—¡A la muerte o no, yo sí voy!

—¡Porque le crees!

Ahora Ignacio y Daniel se miraban de lleno a los ojos, asesinándose con la mirada.

—Acostúmbrate a cargar la muerte de Alba y de todos los del campamento en tus hombros, será tu responsabilidad.

Acto seguido, Ignacio giró sobre sus talones y se detuvo cuando Arán preguntó:

—¿Qué hay de mi novia? ¿Se quedará así? Tenemos que hacer algo con la herida.

—Yo no soy médico y no sabré de esa mierda, haz lo que creas conveniente. Por mí, ya perdí la esperanza de ir al otro lado. Más bien, deberíamos dejar a tu amiguito aquí en el medio del bosque por insolente, por traidor y por asesino. Debemos seguir derecho, no he perdido el rumbo, es hacia allá—alargó su brazo derecho en una especie de saludo nazi, apuntando hacia su norte—Sigamos… lo que quieran salvarse.

Durante el largo trayecto por el bosque frondoso de maleza, árboles y arbustos; una nueva oleada de silencio de ultratumba reinó en el grupo, ahora sin un miembro con ellos. Daniel, Eric, Arán y Amanda se turnaban para curar el brazo de Lisa, cuyas heridas hechas por el tallo de la exótica flor cicatrizaron de una manera alarmante: una carnosidad rosada y purulenta, con granitos llenos de pus y unos en formación, rodeaban los

antiguos agujeros de la mano inflada como un globo. A su vez, Eric y Arán se turnaban para curar la herida de Amanda, que iba en notable mejoría. Por lo menos detuvieron la hemorragia y limpiaron el barro que penetró en la carne.

Ambas muchachas sollozaban cada vez que las curaban: una gemía por no poder cerrar la mano, ni siquiera moverla, estaba tiesa como una piedra y aquello la deprimía demasiado. Amanda gemía cada vez que quería erguir o encorvar su espalda, y sabía que esa noche no dormirá bocarriba. Arán, por su parte, estaba alarmado. Quizá si no conseguían drenarle la mano a su novia podía ocurrir algo peor, él sabía qué y no quería ni imaginarlo. Le erizaba los vellos y le estremecía con solo pensarlo una vez.

A su vez, Daniel se mantuvo en silencio siendo ignorado por todos sus compañeros, en especial por Amanda, quien no quería hablarle, ni verle aunque estuviese en pintura. Estaba tan enojada que cuando le fulminaba una mirada lastimera, y él la sentía volviéndose hacia ella, de inmediato torcía el gesto inclinando las comisuras de sus labios hacia abajo, cruzándose de brazos, profiriendo un «Hum» de puro desprecio y sabiendo que aún lo amaba—aunque prefería preocuparse más por el dolor de su espalda que el de su propio corazón—, y lo que menos quería era perder así a su novio.

Daniel creía que la había perdido así como la confianza en sus compañeros, pero también sabía que debía hacer algo urgente con ese Ignacio. Estaba haciendo un excelente trabajo en llevarlos al faro—si es que existía de verdad—, aunque se estaba excediendo, estaba perdiendo el control y la paciencia. Aquello no era bueno.

Por cierto—recordó con exactitud las palabras del vaquero—, soy Ignacio para que sepan. Espero llevarnos bien, mientras que este inconveniente no dure mucho.

Y estaba durando mucho, y se estaba portando muy mal el vaquero.

No obstante, la tercera noche llegó dentro del bosque, el sol se puso del otro lado de la isla trayendo consigo del lado contrario la oscuridad que fue cubriendo poco a poco la gama de árboles. Abrieron otras latas más. Esta vez en lugar de abrir una, abrieron dos porque los estómagos gruñían similares a los monstruos de aquella isla, quedando con tan solo con tres latas de albaricoque y una de palmito, más nada.

Crearon una insignificante fogata con pequeñas ramas, que iluminaba un poco y desprendía un humo que se alzaba en ondulaciones por encima de sus cabezas. No había ruido alguno en el bosque de la isla, todo estaba callado como era en un principio y solo los chasquidos de la leña

quemándose eran apreciados por todos.

Arán se acercó a Lisa con unas hojas de un árbol, agarró la última botella de agua que le quedaba, mojó la hoja y empezó a darle toquecitos en la mano con sumo cuidado.

—¿Sientes algo, mi amor?—preguntó, tiernamente.

Todos clavaron sus ojos en la pareja, esperando alguna respuesta ya sea buena o mala.

Ella negó con la cabeza yendo al borde de las lágrimas que surcaron sus mejillas.

—No siento nada… no lo siento—y apoyó su frente en el hombro de su novio, quien le acarició la espalda con cariño, consolándola.

Cada quien bajó su cabeza. Amanda miró por el rabillo de su ojo a Daniel. Se veía muy avergonzado—y es que lo estaba—hasta tal punto que se removió en su lugar, para acostarse de medio lado brindándole la espalda a la fogata. En lo más profundo de su corazón, Amanda quería acercársele, perdonarlo y decirle que todo marchaba bien, que borraría esa cinta de la película y que volvería a empezar de nuevo. Si bien una parte de ella le decía que no, que merecía sufrir un poco para que aprendiera; otra parte parecía taladrar su corazón obligándola a que fuera y se acurrucara a su lado. A la final, prefirió no acercarse, no para hacerlo sufrir, sino porque no consideraba que era el momento oportuno.

Por otro lado, Eric contemplaba también a Daniel y le daba mucha lástima. A diferencia de Amanda, él no sentía enojo por haber visto a Daniel besar a la Íkara. De todos modos, había visto cientos de veces a su mejor amigo besar a su novia. Eric sentía la necesidad de acercarse, de consolarlo, de amarlo como Amanda no lo ha hecho jamás—y esperaba que con ese enojo que llevaba puesto, no lo hiciera nunca—, a pesar de que él mismo se catalogaba así mismo como un perro, con Daniel no sería el mismo significado. Al cabo se puso de pie.

—Iré a buscar más ramas.

—Voy contigo—dijo Ignacio, amable—, necesitarás luz y tengo una linterna.

Eric solo le miró de reojo con mucha desconfianza. Echó a caminar seguido del vaquero a la oscuridad que les rodeaba, agachándose de tanto en tanto agarrando unas cuantas ramas caídas. Estaban a unos ocho o diez metros—quizá más—de la fogata, suficiente distancia para sentir una mano sobre su hombro derecho, saltar del susto haciendo volar todas las ramas que consiguió, para volverse y ver el rostro ensombrecido de

Ignacio, quien dijo:

—Disculpa por haberte asustado, no era mi intención.

—Lo sé, lo sé. El bosque de por sí me da miedo.

—Digo lo mismo—admitió.

Eric recogió de nuevo las ramas, cuando irguió su espalda oyó la pregunta del hombre.

—¿Desde cuándo conoces al del brazo enyesado?

—¿Daniel? Desde que iniciamos el segundo año de medicina. Era uno de los mejores estudiantes, inteligente y gua…—calló en seco.

—¿Qué ibas a decir?—preguntó, entrecerrando su rostro mientras le escrutaba el rostro.

—Nada.

—¿Te gusta?

—¡No!—se adelantó. Eric se ruborizó.

—No te preocupes, si te gusta es tu problema, no el mío.

—Bueno…—vaciló unos segundos, preguntándose si abrir la boca ante un desconocido o no, al fin y al cabo cedió—, sí me gusta mucho. Lo amaría más que esa puta de Amanda. Solo mírala, está enojada con él. Yo no, y si yo estuviera en sus zapatos ya me habría contentado con Daniel hace mucho, lo habría abrazado, besado y dicho que estaba perdonado.

—Mujeres son mujeres, amigo, son como un balde de agua fría cuando se enojan.

El joven médico no quiso saber el significado de esas palabras.

—¿Por qué no haces algo al respecto?—preguntó Ignacio, irguiéndose con cinco ramas que agarró con rapidez.

—¿Cómo qué? Siempre lo he pensado, pero no quiero ser tan obvio. Además, no me gusta mucho que Daniel siempre mande.

—A mí tampoco me gusta que me manden, por eso sé cómo tomar las riendas de las cosas.

—Él es inteligente, atractivo y todo lo que he deseado en un hombre—Eric se sentía tan estúpido; ni siquiera cuando tuvo que tomarle cinco veces una vía intravenosa a una pobre anciana delirante—, pero no sé si tengamos alguna química. Él ama a Amanda como todo hétero y no sé cuál sería su impresión al saber mi secreto.

—Tarde o temprano lo sabrá él y todos. Lo tuyo no es un problema nuevo, y parece una bomba de tiempo. Por eso te pregunto: ¿Por qué no haces algo al respecto?

Eric volvió a vacilar e Ignacio tuvo la osadía de llevarse la mano hacia detrás de la cinturilla, agarrar su revólver rescatado y dárselo al hombre joven, quien puso los ojos grandes y blancos como platos.

—Asesínala y enamórate de él, confiésale lo que sientes. Tal vez sienta lo mismo por ti, quién quita, también puedes ser que cambie de bando, siempre pasa.

—Y si se niega, y… y si no cambia por mí, y me desprecia.

—Asesínalo, también.

Ignacio vio que los ojos de Eric casi salían de sus órbitas, y el mismo Eric sintió una punzada en su corazón.

—Hay muchos hombres por todo el mundo como Daniel o con cualquier otra característica, solo tienes que buscar. Daniel no es el único en este mundo…

—Es a quien más conozco.

—Hagamos esto: asesina a la chica, le confiesas tu amor a Daniel. Si te desprecia, mátalo. Que nadie sepa. Cuando salgamos de esta apestosa isla de mierda, yo te llevaré al mejor lugar donde conseguirás a hombres que valgan la pena, que no sean tan mandones y sepan respetar a los demás. ¿Qué dices? Conozco buenos lugares al destino al que íbamos.

—¿Ah, sí?—se extrañó.

—¡Claro! Mi cuñado va para allá, puede ser que te agrade.

Los ojos de Eric brillaron en la oscuridad por medio de la linterna. Sin pensarlo dos veces, dejándose llevar por las tentadoras palabras de Ignacio desconociendo lo que deparaba el futuro, asió el revólver que debía de estar donde lo dejó su dueño, lo guardó en la cintura trasera del pantalón y lo cubrió con su camisa. Acto seguido le estrechó la mano, firmando el pacto de que apenas salieran, lo llevaría a ese lugar de ensueño… esperando que no tuviese que matar a Daniel, sino que él lo

aceptara y se enamorara; era su sueño más grande y esperaba que se cumpliera.

Sin más, salieron de la oscuridad acercándose a la fogata para conciliar el sueño, en espera de un nuevo día.

Capítulo 14

Al amanecer, todos se despertaron por unos curiosos sollozos muy cerca de la fogata. Era Lisa—quien sollozaba lo más silencioso posible, sin poder proferir un quejido siquiera—al ver que su mano empeoraba: la hinchazón se extendió por la muñeca y el antebrazo, haciéndolo más gordo de lo normal, pareciendo irrumpir en la circulación de la sangre, puesto que los dedos regordetes estaban de un espantoso color morado, muy similar a los pacientes con neuropatía diabética. Eso sí, quedaba claro que la hinchazón se extendería hacia el brazo rápidamente, porque ya empezaba a tocar el codo.

No había nada qué hacer; drenar la mano ya no parecía una opción, amputarlo sí. ¿Pero con qué? Entonces, para despejar las mentes de cada uno de ellos se volvieron a dividir en busca de un desayuno saludable en el bosque tenebroso, era la mejor decisión para tener las latas sobrantes para el almuerzo o la cena por más tiempo. Lisa fue con Amanda en busca de frutos, la primera agarraría con su mano buena las manzanas que cayeran reuniéndolas en el agujero de sus piernas cruzadas; Eric acompañó a Ignacio en la misma tarea, y Daniel junto con Arán se propusieron a la misma actividad.

En el trayecto, Daniel y Arán se consiguieron un árbol frondoso, repleto de peras verdes, jugosas y brillantes. Sin más que pensar, Arán se subió al árbol derribando los frutos que podía alcanzar cayendo al suelo para que Daniel las agarrara y los reuniera. Repentinamente se detuvieron al escuchar un sonido extraño, provenía muy cerca de ellos y parecía un elefante. De inmediato el hombre que estaba entre las ramas aterrizó, y con su compañero caminaron hacia donde venía el curioso ruido, deteniéndose en seco para esconderse detrás de uno de los árboles.

Un gigante árbol, un pequeño Hyperón, fue derribado por una enorme y gorda criatura de tentáculos en lugar de cabezas, y branquias en lugar de ojos. El monstruo abrió sus tentáculos mostrando una boca plagada de colmillos, de adentro surgió una lengua—si era que podía llamarse lengua, porque en el extremo se apreciaba una segunda boca, más pequeña, pero también llena de colmillos—que arrancaba el fruto, se curvaba y los metía en la boca más grande del monstruo. De la nada, otros ocho parecidos llegaron, derrumbaron unos cuantos árboles más para tomar su desayuno. De pronto otro más caminó muy cerca de ambos hombres, les rodeó sin hacerle caso y se aproximó al árbol diagonal a Daniel y Arán, se posó en sus patas traseras usando las delanteras para derribar otro Hyperón.

—Bueno—comentó Daniel—, no somos los únicos que estamos buscando desayuno—y echó una mirada rápida a sus peras.

—¿Serán herbívoros de verdad?—preguntó Arán.

—Eso parece. Volvamos a donde estábamos.

Se devolvieron hacia el árbol en el que se encontraron. Daniel se detuvo al divisar un charco de agua limpia en un pequeño pozo. Se acercó, se hincó en ambas rodillas proponiéndose a tomar agua cuando volvió a detenerse, contemplando ahora su rostro: estaba completamente sucio, con una barba bastante rala alrededor de su boca y a los lados de sus patillas, tenía el cabello apelmazado y desaliñado dándole mala pinta como médico, ni él mismo se reconoció al verse.

—No sé qué hacer—murmuró una vocecilla detrás de él.

Volviéndose a donde estaba Arán, éste apoyaba una mano del tronco del árbol de peras, estaba cabizbajo y apretaba la mano libre en un puño. Daniel le preguntó:

—¿De qué hablas?

—De Lisa. Sabemos cuál será su final y tanto ella como yo no lo soportaríamos. Yo no soportaría verla con su brazo amputado, ella pasaría el resto de su vida deprimida y yo… yo no sé qué hacer. Creo que perdí seis años de carrera en vano para nada, porque ni siquiera puedo curar a mi propia novia…—su voz se quebró.

Arán rompió en llanto cayendo de rodillas al suelo, tapándose la cara con las manos. Daniel no pudo evitarlo, también se hincó y abrazó a su amigo brindándole todo el apoyo que podía darle. Sabía que oír a un hombre llorar no era fácil, y menos en la situación que Lisa y su amiga enfrentaban. Arán no le devolvió el abrazo, solo dejó su quijada apoyada del hombro de su mejor amigo dejando que todo el dolor corriese por sus ojos, desahogándose, repitiéndose una y otra vez: «¿Por qué no morí como el resto de los demás?» «¿Por qué…?» y otro mar de lágrimas brotaban de sus ojos.

Son en estos momentos en que la muerte es la mejor solución. Pensó.

Ambos amigos se separaron. Daniel le agarró los hombros al hombre de barba insipiente ante él, para decirle:

—Tienes que ser fuerte, Arán, todo acabará pronto y verás que Lisa se pondrá mejor, se salvará.

Arán asintió enjugándose los ojos con los puños.

—Amo tu optimismo. Te hace único, viejo.

Por primera vez, Daniel quedó mudo ante esas palabras.

—Te quiero decir algo y es muy…demasiado importante.

—Sí—dijo Daniel—, dime ¿qué es?

—Es sobre Eric. Cuando fui con él al árbol ya sabes a qué, me dijo que era hora de cambiarte, de que ya no deberías ser el jefe del grupo porque siempre lo eres, y aún más porque ésta es la isla en la que estuvo tu padre. ¿Es cierto eso?

Daniel meneó la cabeza.

—No lo sé. ¿Estás seguro que Eric dijo eso?

—Me quiso involucrar, pero no quise.

—Entiendo. No creas lo que dice, ¿sí? Esta isla nos está transformando a nosotros mismos en monstruos, aunque parezca mentira. Tú me conoces muy bien y sabes que hago lo imposible para ir al faro. Ahora, ese Ignacio lo está estropeando todo, y si Eric quiere ser el jefe debe quitar al vaquero del medio. De todos modos, te agradezco la confianza que has puesto en mí, así podré hablar con Eric.

—¡No, no, espera!—Arán le detuvo, antes de ponerse de pie—No le digas que yo te dije… te lo suplico.

—No te preocupes, es un secreto entre ambos.

Daniel se levantó para ayudar a Arán a hacer lo mismo, agarrar las peras y llevarlas consigo devueltas al punto de partida en la que se encontraban todos comiendo.

Arán se acercó a Lisa, cuya mano iba de mal en peor: el morado de los dedos se tornaba a negro y el mismo color se extendía por el dorso y la palma de la mano. Amanda le fulminó una mirada a Daniel de indignación, y también Ignacio miró al hombre con el cabestrillo sucio tomar asiento, agarrar uno de los frutos y morderlo. Eric dijo que ya debían ponerse en marcha, por lo que todos estuvieron de acuerdo.

Terminaron de desayunar y reemprendieron la marcha por entre las entrañas del bosque. Durante la eterna caminata, Daniel se preguntó si la causa de que no haya una fauna normal en la isla se debía a los monstruos, a los devora carne, y a los cabeza de tentáculo. Porque si bien es cierto, aquel lugar no podía ser descubierto por ningún humano; a no ser que fuera suicida, claro. Entraron por otra zona donde las flores

revestían los arbustos, otras surgían de la tierra en un hermoso tallo multicolor—al que Lisa les dedicó una mirada amenazante—, con unos enormes pétalos coloridos.

Un curioso colibrí—que nadie se esperó—volaba pacíficamente de aquí allá, al frente del grupo de sobrevivientes. Picaba las flores que veía, todas las más coloridas y hermosas, pero llegó a una que le encantó: los pétalos estaban inclinados y abiertos, mostrando un hermoso estambre azul metálico en el que colibrí empezó a picar. Los pétalos de la flor eran blancos, esquinas azules y unas extrañas ramificaciones del mismo color que dirigían hacia el centro. Todos pensaron que por lo menos había algo bonito que ver que no fuese un monstruo, pero de repente la flor se cerró de súbito tragándose al colibrí. El pobre animalillo se removía dentro de los pétalos que hicieron presión, sus bordes azules se tiñeron a rojo y la sangre manó por la boquilla de la flor.

Todo el grupo se sobresaltó, dando un respingo y deteniéndose. La flor lentamente abrió sus pétalos otra vez, dejando caer al destripado colibrí y con un nuevo color para mostrarle a la naturaleza. Un cambio de look bastante sangriento. Pensó Daniel, estremeciéndose del miedo.

Rodearon a la flor como si fuera un bicho feo—y es que lo era—para seguir caminando.

Eric sacó de su bolsillo una pera que se la dio a Arán.

—Gracias, bro.

—No hay de qué—respondió Eric.

Por otra parte, Amanda se acercó a Daniel, le agarró el brazo con ternura—aunque deseaba aplicarle una buena clavada de uñas—y le preguntó:

—¿Por qué lo hiciste?

—¿Hacer qué?—inquirió él.

—Besar a esa tipa. ¿Acaso no pensaste en mí? ¿O te gusta más ella que yo?

—¡¿Qué?! ¡Por supuestos que no! Yo no te sigo amando con todo mi corazón, sino con toda mi alma y espíritu. Lo que hizo ella no tiene perdón, ni mío, ni tuyo y ni de nadie. Lo que hizo la Íkara fue su culpa y cobró la vida de Alba.

Esta vez Amanda deslizó la mano buscando la de su novio, la agarró,

entrelazó los dedos y se quedó así.

—Esta vez te perdono porque has sido muy fiel conmigo, me has amado, consentido y me has hecho única. Por eso te perdono.

Daniel solo asintió, sin dejar de reprocharse.

Mientras atravesaban los arbustos, dejando atrás las flores, oyeron extraños pasos que les seguían. Todos se giraron de un salto viendo detrás de Arán un mono marrón claro con cinco ojos, branquias y colmillos filosos. El animal chilló y apenas saltó, Arán cayó en una trampa al vacío, produciendo un grito que hizo al caer.

Corrieron rápidamente hacia el agujero rodeándolo.

—¡Arán!—gritó Lisa—¿Estás bien? ¡Arán, mi amor! ¿Me escuchas?

Al principio no hubo respuesta, solo quejidos de dolor. Sin embargo, segundos más tardes, llegó su respuesta.

—Sí… estoy bien.

Se puso de pie forzosamente sintiendo dolor en el brazo, en la pierna derecha y en la espalda. Por suerte su cabeza no chocó contra el suelo ni contra nada que se la hubiese roto. Por pura suerte; sintiendo la adrenalina recorrer la sangre a toda velocidad. Alzó la cabeza advirtiendo que se hallaba en un hoyo profundo, unos cinco metros calculó él, de forma cilíndrica dejando las cabezas de sus amigos mostrarse del otro lado de su ubicación.

—¡Mi amor!—exclamó Lisa—¿Te has lastimado, te sientes bien?

—Sí, amor, todo bien.

—¿Puedes subir?—preguntó Daniel.

Revisando el agujero, reparó que ante él se encontraban las raíces de algún árbol sobresaliéndose de entre la tierra; eran lo suficientemente gruesas como para permitirle subir, aparte de estar enredadas con otras del mismo grosor.

—¡Hay unas raíces!—dijo—Van hacia arriba, intentaré subir.

—Bien—contestó Lisa—, Daniel y Eric buscarán algunas ramas por si no puedes.

—¡Vale!

Se agarró a una de las raíces, dio dos pasos para subir por ella y cayó de culo. Lo repitió un par de veces más teniendo el mismo resultado. Todas las raíces gruesas no soportaron su peso, ahora pendían débiles dándole a entender que no estaban hechas para ese propósito. Había una más, era bastante gruesa y parecía provenir de un árbol cercano. Sin hacer mucho esfuerzo, la agarró, subió un poco más que con las demás, pero al llegar a la mitad cedió de tal forma que Arán cayó de espaldas, quedando sin oxígeno.

—¡Arán, ¿estás bien?!—chilló Lisa.

—¿Está todo bien allá abajo?—quiso saber Eric.

El único que no se parecía interesado en nada era Ignacio, quien se apoyó de un tronco contemplando el circo.

—De maravilla—contestó forzado, volteándose para ponerse de pie.

Mientras eso ocurría, Ignacio susurró:

—Esto no me huele nada bien.

Daniel le fulminó una mirada nada agradable.

Arán se sacudió la parte trasera de su pantalón para levantar la cabeza, y ver ante él un túnel que dirigía a un lugar distante y desconocido, cuya entrada era recibida por la oscuridad.

—¡Necesito una luz! ¡Encontré algo!

A regaña dientes, Ignacio dejó caer su linterna siendo atajada en el aire por Arán, quien la encendió dejando relucir un haz de luz amarillo para adentrarse en el túnel.

Capítulo 15

Una tormenta se acercaba a lo lejos desde el mar desembocando una lluvia torrencial, pues la separación que había entre ambos solo se divisaba un extenso color gris oscuro. Una brisa fría empezó a soplar hacia la isla; las copas de los árboles se sacudían de un lado al otro, los arbustos se revolvían en su propio lugar, y a casa soplido, más frío era el viento. Poco a poco una extensión de la nube empezó a acercarse a la isla, dejando caer pequeñas gotitas de agua mientras la marea se alzaba en la costa de la playa—el antiguo campamento—atravesando el Carpentian sin siquiera moverlo, limpiando la sangre seca de la arena, y arrastrando hacia sí algunos miembros de los sobrevivientes que murieron en manos de los monstruos.

Los que estaban afuera del agujero alzaron sus cabezas advirtiendo como el cielo azul se tornaba de un grisáceo preocupante. La nube ya les había surcado por encima y se dirigía al otro extremo de la isla. Un trueno desembocó en la oscura nube gris, que también se aproximaba, trayendo consigo toda la descarga de agua que pudo haber absorbido. Ellos no lo vieron por la distancia, pero sí escucharon y se sobresaltaron al escuchar un segundo trueno, que a lo lejos de la isla era un rayo rosado que se partió en dos.

Alguien le había gritado a Arán que debía salir de allí, que venía una tormenta y al parecer era eléctrica; pero el hombre joven, el joven médico algo radical en las inyecciones y en la colocación de vías intravenosas, se adentró al túnel y los ruidos que llegaban eran confusos e inentendibles; menos los truenos que sonaban como tambores de guerra. Con la linterna, Arán iluminaba su camino en el túnel que según su experiencia médica era corrugada, como el paladar o el interior de la vagina, careciendo de la humedad, así como del Doderlein; o como solía decirle junto con Eric: «El Guardián de la chocha».

El pasaje se hacía más largo y más oscuro, dejaba la poca luz atrás cuando advirtió que giraba a la derecha adentrándose más a un agujero de topo. Solo que este debía de ser de algún monstruo.

Alguien gritó allá arriba algo inentendible. Arán solo escuchó la palabra «viendo». Bueno, quizá le estaban preguntando qué estaba viendo. Pero no era ese el propósito del grito. Lisa le estaba diciendo que regresara porque ella lloviendo.

Arán siguió adelante y se detuvo en seco al ver el final: un umbral circular daba paso a otro lugar, más atractivo, curioso y aterrador que le atenazó el corazón de pronto. Sintió de nuevo los latidos más rápidos, deseando salir de su pecho y pegar la carrera a las afueras de ese lugar. Otra serie de fuertes tambores retumbaron dentro del túnel, eran más fuertes que

antes y podía jurar que estaban justo encima de ellos. Traspuso el umbral quedando boquiabierto.

—¡Ay, mi madre!—susurró, llevándose una mano a la cabeza.

Lo que sus ojos contemplaban, casi saliéndose de las órbitas, era inconcebiblemente aterrador: una vasta extensión de un terreno subterráneo contenía una serie de pilares que iban del techo al suelo, como columnas torcidas, con un hermoso brillo morado que ascendía y descendía. Lo más espantoso no era eso, sino que en las columnas se encontraban los embriones de las diferentes clases de monstruos. Estaban dentro de un saco lleno de líquido incoloro; se contemplaban a través de su pequeña capsula, encorvados revelando su columna vertebral, un cerebro y un corazón que latía, a excepción de unos cuantos que tenían más de uno.

Arán se adentraba a ese lugar, iluminaba el techo con la linterna viendo como el brillo morado descendía, se repartía a cada uno de los sacos y la lucecilla se adentraba por el cordón que los conectaba. Una vez dentro, parecía un impulso nervioso que se repartía en cada ápice de los cuerpecitos. Algunos se movían, otros…

Se detuvo en seco con un vuelco en el corazón y en el estómago cuando se escuchó un graznido gutural, muy lejos de él, retumbando por todo el lugar, y cuyo sonido fue correspondido por un rugido al otro lado de Arán—a la derecha, para ser precisos—, haciéndolo trasladar el haz de luz hacia ese lugar. Pensó que no sabrían que él estaba en ese lugar, no tenían ojos y no verían el haz de luz. Respiró hondo y se relajó. Se propuso a examinar el saco grande que tuvo ante él cuando caminó unos metros más, reparando que a cada dos metros se alzaba un pilar embrionario.

Dedujo que el feto era similar al de un humano común, pese a que no tenían ojos y las branquias apenas se movían, estaba con vida. Alargó su mano colocándolo sobre la bolsa; no era una bolsa llena de líquido sino una especie de esfera dura, babosa y caliente. Apartó su mano, arrugó la cara y casi da un grito de muerte cuando el embrión de Ícaro se movió y fue absorbido por el pilar junto con todo, saco y líquido, subiendo por la columna morada para ser enviado al exterior. De la nada un rugido que no pertenecía a ninguna de las criaturas sonó, retumbó por todo el vasto lugar y casi hizo flaquear las piernas de Arán.

—La isla—masculló entre dientes—es la madre monstruo.

Su expresión de asombro le hizo parecer más joven de lo que ya era, pese a tener una barba insipiente y un cabello desaliñado, sucio por el lodo y

maloliente.

—¡Arán!—gritó la voz de Lisa, esparciéndose en un eco por el túnel—¡Arán! ¿P'des oi'me?—y otro eco más.

Arán volvió su cabeza hacia el umbral circular del túnel.

Pensó que su novia había entrado, pero no debía hacerlo, era riesgoso. Repentinamente, Lisa volvió a gritar desde la parte exterior de la gruta, siendo acompañada por una serie de tambores de truenos y unos granizos guturales. Arán sintió miedo, luego pánico, echando a caminar con paso tembloroso hacia atrás cuando otro graznido irrumpió en el útero de la isla. Como miraba de ambos lados, movía la linterna en el penumbroso lugar, lanzando un respingo al sentir en su espalda algo caliente, grande y esférico. Se giró y vio otro saco ser absorbido y enviado hacia arriba, seguido de otro espectral rugido proveniente de algún lugar desconocido. Eso sí, cuando usó la linterna saltó hacia atrás retrocediendo, tapándose la boca para no gritar al reconocer toda la isla era el monstruo, la creadora de aquellos condenados bichos que colgaban de las columnas y algunos subían, otros seguían siendo alimentados con quién sabe qué para crecer y salir.

Debo salir de aquí, debo decirles a los demás. Fue tal vez su último pensamiento, cuando unos chasquidos secos sonaron a su derecha.

Giró su linterna hacia donde escuchó al monstruo y lo vio. La garganta de la bestia produjo de nuevo los chasquidos y Arán no pudo evitarlo: emitió un grito desgarrador para echar a correr hacia el túnel. El monstruo produjo sus graznidos guturales con la cabeza en alto, para disponerse a perseguir al intruso y ser acompañado por más de los suyos.

Arán se adentro a la oscura galería, corría sintiendo la respiración de la criatura detrás. Lo que más le sorprendió era la fina capa de agua que venía del exterior, deslizándose hacia el interior de la cueva en una corriente rápida. Un trueno hizo gala a la mitad de la vía, igual que Lisa quien, a su parecer, escuchó el rugido de otro monstruo, de un Ikaro.

—¡Arán, ¿qué pasa?! ¡Arán!

Dobló por el túnel, siguió corriendo sin parar, advirtiendo que ante él la entrada que se había vuelto la salida, se vislumbraba una gama de agua caer a cántaros por la lluvia.

—¡Ahí está! ¡Oh, Dios, sáquenlo ya!—exclamó Lisa entre ansiosa y preocupada.

Arán salió como un bólido gritando que corrieran a todo pulmón, pero el trueno que retumbó, seguido de un rayo que surcó el cielo detrás de sus

amigos—a kilómetros de la localización actual—fue tan solo un murmullo lo que profirió.

Eric e Ignacio agarraron la larga rama y la fueron bajando para que el hombre del agujero la agarrase, subiera y fuese recibido por Daniel quien le estrecharía la mano halándolo hacia sí; aunque todo dio un giro inesperado.

—¡¡CORRAN, CORRAN, CORRAN!!—gritó a todo pulmón, saltando hacia el muro de tierra que se transformaba en barro para percatarse de la rama.

—¡Agarra la rama, ya!—chilló Daniel.

Arán la agarró siendo tarde. Todos vieron a los tres monstruos negros emerger, desorientados por la lluvia; aunque un Ícaro salió y no estuvo del todo perdido. Divisó al hombre subir a duras fuerzas por la rama—cuyo rostro era atacado por la lluvia, cuyas manos estaban siendo rasgadas por la madera y cuyos pies se hundían en el barro como si no quisieran que subiera—. Emitió un rugido que obligó a Lisa a apremiar a su novio, pero vio al Ícaro acercarse, usar su lengua como látigo y empujar a un lado a Arán, haciéndolo caer de medio lado contra la pared de tierra. Sus quejidos de dolor fueron el llamado de la muerte, pues los monstruos se pelearon abalanzándose sobre él, halándolo por los pies y llevándoselo.

—¡¡ARAAAÁN!!—chilló la chica, cuando fue halada por Amanda al advertir que el Ícaro intentaba subir.

Lo que hacía era traer tierra hacia el agujero, cerrándolo. Sin embargo, antes de que toda la tierra alrededor colapsara, todos contemplaron al pobre Arán luchar contra sus atacantes lo mejor que pudo, hasta que una de las horrendas bestias le agarró la cabellera, desprendió la cabeza de cuajo y la lanzó como si fuera el papel de un regalo de navidad. La cabeza voló por encima del hoyo—que de pronto colapsó cerrándose, empujando al Ícaro haciéndolo caer de espaldas y dándole tiempo a los tres monstruos de que se lo llevaran al pobre hombre dentro del túnel, perdiéndose de vista—giró en su propio eje mientras formaba una curva, cayendo ante el quinteto quien jamás, JAMÁS, olvidará la expresión del rostro de Arán cuando cayó al suelo su cabeza: boquiabierto, con los ojos desorbitados, grandes y blancos como platos, teniendo el cabello en punta y una parte calva cuando el monstruo se la arrancó.

Lisa se tapó la mano con la boca, sus ojos empezaron a llenarse de lágrimas y al momento de emitir un horroroso grito, dos cosas sucedieron al mismo tiempo: la primera un temblor sacudió a la isla tan fuerte que sonó un rugido como una explosión; los supervivientes restantes perdían el equilibro, en especial Lisa quien fue empujada hacia atrás por Daniel cuando el segundo suceso apareció de entre los arbustos: una horrenda

criatura similar a un escorpión, con una cabeza repleta de tentáculos que se abrieron mostrando una horrenda boca pastosa de saliva. La bestia rugió y encima de esta apareció el horrendo animal que provocó la caída de Arán al hoyo, también chilló como un mono cuando el monstruo más grande usó su cola con aguijón para matar a la muchacha.

—¡Hay que alejarnos, hay que alejarnos!—exclamó Eric.

Todos se pusieron en pie y corrieron, siendo perseguidos por el escorpión que no dejaba de atacar, hasta que la carrera se puso intensa y el ambiente incierto. Los cinco sobrevivientes, encabezado por Eric e Ignacio, repararon que la lluvia iba en aumento y por ende, todo a su alrededor se tornó gris y borroso; los arbustos parecían pequeños monstruos moverse, los troncos apenas se veían y crujidos junto con hojas caer a causa de la fuerte y fría ventisca, provocaron que tomaran la arbitraría decisión de torcer a la derecha, luego a la izquierda y seguir a tientas. Un rayo desembocó a lo lejos—en sí cayó unos metros cerca del campamento—cuando el bicho que les perseguía atacó dos veces con su aguijón.

Amanda cayó, al levantarse la tierra con el primer ataque.

—¡Amanda!—Daniel se acercó, le agarró un brazo a la pasmada chica y la haló justo cuando el monstruo se proponía a matarla.

La levantó del suelo y la obligó a seguir corriendo por entre los árboles fantasmales, siguiendo a Lisa quien estaba más cerca que los otros dos hombres. El monstruo escorpión de cabeza de tentáculos y el chimpancé monstruosos, les siguieron hasta que los perseguidos doblaron por segunda vez, después de eso no los persiguió más.

Otro temblor sacudió a la isla. Esta vez fue directo al punto de quiebre que originó el tsunami que los trajo hasta allí. Los investigadores—en otra parte del planeta—advirtieron que en cualquier momento se originaría otro maremoto, mucho más grande y peligroso, que no iría hacia Venezuela sino hacia otro lugar, en el que desconocían la localización de la isla.

Capítulo 16

Llegaron a las carreras a un árbol que se alzaba entre los demás por donde no se filtraba el agua del todo, pero sí una ligera llovizna y de vez en cuando, unas gotitas que las hojas dejaban caer. Allí se llegaron y la primera en tumbarse de rodillas fue Lisa, tapándose la boca con las manos para luego—sin poder evitarlo—emitir un horrendo grito de dolor, rompiendo en llanto y halándose los cabellos, similar a lo que haría una madre al perder a un recién nacido injustamente. Amanda se acercó a ella, la abrazó haciendo que Lisa recostara su cabeza de su pecho para que llorara; la pobre Amanda no soportó el dolor de su amiga, también recordaba la cabeza de Arán y eso la hizo romper en llanto.

Daniel se agachó lánguidamente para luego ponerse de rodillas y asestarle golpes a la maleza con su mano buena, odiándose por no haber ayudado más para salvar la vida de Arán; también rompió en llantos, sollozos de impotencia, igual que Eric quien se pasó una mano por el despeinado cabello sin poder contener más las lágrimas. Todos—menos Ignacio—preferían ver a su amigo con vida, su sonrisa y su aire alegre y vivaracho: Arán era así y ahora lo acaban de ver morir de una forma tan injusta y despreciable.

Por otro lado, Ignacio solo los contemplaba, los acompañaba en su dolor guardando silencio hasta que un fuerte y estremecedor trueno, que fue seguido de un rayo que fulminó toda la isla, le hizo volver en sí, ver hacia el otro lado donde debería estar el supuesto faro y reparar en un gran árbol cargado de manzanas, aislado de todo a su alrededor. Solo un breve espacio de maleza se encontraba—como si fuese una pradera—para seguir con otra gama de bosque más. Miró al grupo de médicos y dijo:

—¡Tenemos que ir para ese árbol! El clima se pondrá peor si no nos movemos.

Eric asintió y se acercó a Daniel poniéndolo en pie, por primera vez su corazón latía fuerte por haber tenido ese pequeño contacto. Amanda intentó levantar a Lisa para caminar hacia el árbol y ella, entre llantos de dolor, logró decir:

—¡No! ¡No me quiero mover, quiero quedarme aquí y morir! ¡Quiero irme con mi Arán, quiero irme con él!—y siguió una negación larga, llena de más lágrimas de dolor.

—Lisa, por favor—suplicó Amanda—, Arán no quiere eso de ti, él hubiese querido que fuéramos para ese árbol, para ir al faro…

—¡¡EL FARO NO EXISTE!!—Rugió— ¡Ese faro no existe porque ya lo

hubiéramos encontrado y NO! ¡NO, NO Y NO!

Daniel se acercó a su amiga, se agachó lánguidamente colocando su mano buena en el hombre de Lisa.

—No pierdas la fe, Lisa, por favor. Hay que movernos, la tormenta empeorará.

Ella le miró con los ojos inyectados en sangre, en una expresión de rabia, impotencia, odio y lástima. Él bajo la mirada, cerró los ojos y añadió:

—También me duele la muerte de Arán, pero…—¿Pero qué? Si le decía que debía ser fuerte, era como decirle a una mujer enojada que se relajara; teniendo como resultado que se ensañe más de lo debido—pero hay que seguir—completó—para así poder salir de este infierno.

Sin más remedio, Lisa asintió, se enjugó la primera cascada de lágrimas para caminar con todos hacia el árbol visto por Ignacio.

Subían una extraña colina algo empinada, deduciendo que era una breve pradera que ascendía. La lluvia se hacía más torrencial que nunca; las nubes grises, bajas y espesas se trasladaban lentamente hacia el norte, y traía consigo a más nubes asemejándose a un batallón directo a la batalla. El viento soplaba y las gotas se inclinaban hacia un lado, luego hacia el otro y en seguida cambiaba de dirección. Las ropas mojadas de los sobrevivientes, a pesar de que debían estar adheridas al cuerpo, se sacudían con el cambio de brisa. Seguramente alguno, o todos, se resfriarían.

Al llegar al árbol todos contemplaron la primera parte de la isla ser atacada por la lluvia a cántaros: no se veía absolutamente nada. Las montañas que la flanqueaban desaparecieron siendo sustituidas por el gris del chaparrón; el largo y peligroso camino—donde perecieron dos inocentes—era otro muro de color gris oscuro, dejándose ver tan solo la primera hilera de árboles en la que estuvieron unos minutos casi eternos.

—Esto es terrible—comentó Eric, llevándose ambas manos a su cabeza, echándose el pelo hacia atrás hasta que una brisa volvió a soplar, bailando las gotas de lluvia y obligándolo (incluyendo a todos) a abrigarse torpemente con sus brazos.

Todos tiritaban de frío.

—¿Será q-q-que la isla s-s-s-se hunde?—logró decir Daniel, entre sus castañeo de dientes.

—Sería lo peor—convino Ignacio, apoyado contra el tronco.

Las muchachas también estaban apoyadas del tronco, inclinadas hacia atrás y sollozando en silencio la muerte de Arán, recordando una y otra vez la horrible escena; y recordando una y otra vez los mejores momentos que vivieron con él. Por lo menos, no todo era una terrible noticia: tenían el árbol espeso de ramas y hojas a la que una que otra gota lograba filtrarse, estaba cargado de buen fruto por si la lluvia continuaba en los próximos días y tendrían que comer aunque fuese dos comidas—o una quizá—al día.

A medida que la tarde fue dando paso a la noche, la lluvia fue menguando quedando tan solo una suave llovizna, tierna y relajante, perfecta para leer un libro, tomar una taza de chocolate caliente y deleitarse con una suave música en compañía de una fogata, un albornoz y un perro que tuviese el morro sobre las patas, contemplando a su amo sumergido en una gran historia. Una historia que ellos vivían en carne y hueso, deseando salir pronto de ella.

La noche cayó en unas nubes anaranjadas. Parecía la noche de Halloween en el cielo y eso estremeció a Ignacio, quien había visto esas nubes en los llanos cuando caían esos diluvios en los llanos de Apure—en su amada Venezuela que era más bien un lejano recuerdo—, en el que su hermano muerto y él tenían que trasladar al ganado al establo de madera, donde estarían a salvo de que alguna vaca se perdiera, muriese o algo peor. Después de terminar esa tarea, corrían hacia la casa, tomaban un baño, hacían café caliente o chocolate—al que le agregaban trocitos de queso blanco para que flotasen—y se sentaban ambos a ver la tele con su madre, sumida en el terrible Alzheimer que aduras penas recordaba quién era ella misma, quiénes eran los dos fortachones que siempre la acompañaban; qué era esa caja mágica con rostro de cristal que, al momento de llover, la señal se iba y era sustituido por otro aparato más curioso: Un comelón de arepas fritas de cristal, que producía en el Señor Cara de Cristal una película, haciéndose las mismas preguntas al ver a los actores.

¿Quién era esa gente rara que el Señor Cara de Cristal revelaba? ¿Será una clase de maleficio diabólico? ¿Será un objeto que hacía ver el futuro? No lo sabía y sus preguntas eran olvidadas casi al instante.

Ignacio recordó que su madre ni siquiera podía hablar, perdió ese conocimiento también, y no se lamentaba que hubiera muerto sentada en la poceta. Si ambos hubieran sabido que la pobre madre no había ido al baño casi por una semana, con las tripas llenas y además alimentándola con Ensure como dijo la doctora, seguramente hubiese vivido un poco más y no estuviese metido en ese lío de la isla monstruosa.

No, no fue así. La pobre anciana, muda del todo, aguantó hasta el último momento cuando fue hallada sin vida. Qué lástima. Quien sufrió más fue su hermano, el menor de los tres, quien le acompañó cada segundo de vida de su madre. El tercer hermano vivía en Miami, y para qué molestarse en llamar a alguien que se olvidó por completo de la persona que le amamantó, se aguantó sus lloriqueos en la madrugada y le cambió cientos de veces el pañal. Como es multimillonario, no se ligará con los pobres. Solía decir su madre cuando estaba lúcida, después de eso jamás volvió a decirlo. Más tarde, a causa del maldito naufragio, el hermano menor de Ignacio murió al convertirse en un amasijo amorfo de carne.

Por otra parte, ninguno de los médicos sobrevivientes pegó el ojo hasta la medianoche cuando la lluvia empezaba a aumentar de nuevo. Daniel fue el primero en caer en un breve sueño plagado de pesadillas, despertándolo de sobresalto. Recordó que en una de las guardias, un clima similar al que vivían en una isla y veían debajo de un manzano, había llegado una emergencia de cuatro jóvenes de un siniestro en un automóvil: cuatro jóvenes de sexo masculino, bien parecidos—excepto por sus cabezas que quedaron casi achatadas—que no superaban los veinte años. La guardia le tocaba en esa noche eterna en el quirófano, en el que salió después de haber traído al mundo a un recién nacido cuya madre no pudo haber estado más feliz.

Pero al salir, la felicidad de traer un ser al mundo tornó a la muerte de uno de los jóvenes, apenas salió de los fríos pasillos del quirófano. El muchacho que falleció tenía la cabeza deforme, un ojo estaba dentro del cráneo y el otro no estaba; apenas tenía dientes y la boca era un asco de lo torcida y ensangrentada que estaba.

—… Hora de la muerte diez y media de la noche—decía el médico de guardia, mientras la enfermera anotaba.

Los otros tres jóvenes entraron de emergencia al quirófano, sin ser conscientes de lo que ocurría. A excepción de uno que hablaba y no se le entendía nada. El Doctor Rodríguez debía tomar un descanso, toda una tarde metido de cabeza de operación en operación, en cuerpo tras cuerpo, en preparación tras preparación; le había agotado—no más que como se encontraba debajo del árbol—y quería acostarse un rato a dormir. Sin embargo, su jefe le llamó corriendo con uno de los jóvenes rodeado de enfermeros.

Entró al pabellón. Una enfermera le colocó la indumentaria azul esterilizada después del respectivo lavado de manos, se colocó el gorrito quirúrgico, el tapabocas y los guantes; ya empezaba a sonar los pitidos del pulso cardíaco, ya terminaban de colocar en la bandeja de plata todos los instrumentos de operación, y ya el jefe se preparaba para levantar el telón y empezar a ver la película de horror. En su sueño, el joven moría; Daniel había perdido el pulso de su mano y temblaba como gelatina

justamente cuando debía tener la más mínima preocupación ante una imagen borrosa.

—No puedo hacerlo, jefe—había dicho—, así no puedo.

—¡Hágalo de una buena vez, Rodríguez! De todos modos, este joven irá a la morgue tarde o temprano.

Era una cosa extraña: alejaba la mano del cuerpo tendido y el pulso se normalizaba, la acercaba y sentía que atornillaba una tuerca como Flash.

En la vida real, el joven vivió—o los tres sobrevivieron—quedando bien de la operación, con una recuperación más rápida que la de sus amigos y con una confesión policial bastante llamativa: pues andar drogado, con botellas de licor robadas de forma ilegal y haber consumido alucinógenos en una fiesta, era suficiente como para haber muerto de verdad. Por lo menos, uno de ellos tuvo un final menos preocupante. Pensó.

Pero ahora que lo recordaba, viendo como otra nueva lluvia torrencial se acercaba con lentitud a la isla, le ponía la piel de gallina y le erizaba los vellos de todo su cuerpo. Amanda lo sintió. Estaba al lado de él y al lado de ella estaba Lisa, sumida en un profundo sueño—breve pero profundo—después de haber llorado lo suficiente, secando las glándulas lacrimales.

Amanda vio a su novio. Los ojos de Daniel brillaban en la anaranjada oscuridad y le preguntó:

—¿Tienes miedo?

—Mucho. Pero más me lamento por Arán. Siento que la vida es injusta… muy injusta.

—La vida siempre ha sido así, cariño, lo sabemos muy bien.

—¿Cómo terminará todo?—la miró, intercambiando una mirada y un semblante marcado por la preocupación.

—No sigas, por favor, me entristece pensar que esto no tendrá un final feliz si no logramos llegar al faro. O aún peor, que el faro no exista.

—Si este es el final de todo, si morimos en esta isla por… los monstruos o quién sabe cómo, espero que sepas que te amo con toda mi vida.

—Yo igual te amo. ¿Recuerdas lo que te dije cuando zarpamos?

—¿Que no dijera que era el rey del mundo?

Amanda asintió.

—Siempre fuiste el rey de mi corazón—susurró.

—Y tú la diosa del mío.

Él acercó sus labios a los de ella en un beso algo forzado, necesario para borrar cualquier mal sentimiento y asegurarse de que estaban realmente enamorados, y que no sea lo contrario.

Sin embargo, quien estaba asqueado de la misma escena tonta y cursi era Eric. Su rabia creció viendo a Daniel y Amanda besarse; sentía que perdía a su amigo—a quien quería más, sin poder siquiera decirle la verdad—, sentía que si no hacía algo rápido seguiría siendo el amiguito de Daniel, el mejor amigo de todos los tiempos sin salir de esa zona. Sin más, se puso de pie—era la última gota que derramaría más agua del vaso, enchumbando todo el suelo más de lo que estaba—, sacó el revólver de detrás de su cinturilla del pantalón, le quitó el seguro y apuntó: no a Daniel sino a Amanda.

Todos volvieron sus miradas con los ojos grandes, sobresaliendo de las órbitas. Lisa se despertó y lanzó un respingo, Amanda sintió una punzada en el corazón y Daniel se levantó, anteponiendo una mano como si eso fuera a detener algo. Ignacio también se puso de pie, sabiendo que disfrutaría de aquella obra teatral mejor que nunca.

—Eric—dijo Daniel—, baja el arma. No hay necesidad de esto.

—¿Necesidad?—se carcajeó— ¡Claro que sí la hay! Y tú mismo lo acabas de decir. ¿Cómo terminará esto, ah? No sabemos si hay un faro y tampoco si llegaremos con vida, por eso—rodeó el gatillo, puso la boquilla del revólver en dirección a Amanda quien gritó al igual que Lisa. Eric volvió a mirar a Daniel—prefiero decir esto: te amo, Daniel, siempre lo he hecho y tú no te has dado cuenta. Esta tipa no merece estar contigo, yo sí, y por eso voy a matarla. Si no quieres enamorarte de mí, no hay problema, también te mato aunque mis sentimientos hacia ti hayan sido en vano.

Todos quedaron mudos, atónitos y aterrados—lo último sucedió cuando un rayo desembocó, seguido de un trueno—. Daniel quedó boquiabierto y dijo:

—Eric… yo, ah…

—¡Siempre fuiste el líder del grupo! ¡Siempre! Y me gustaba tu liderazgo.

Me gustabas tanto que no te diste cuenta de lo que te decía, ¿verdad?

—¿Decirme qué, Eric? Sé consciente de lo que dices.

—¿Me crees loco?—Eric rió—No estoy loco y tú me atraes. ¿Recuerdas lo que te decía sobre el regalo de Amanda?, ¿te acuerdas? Bueno, hacía lo mejor que pude para que no lo hicieras, para que no le dieras el anillo y no te casaras con ella. Era mi primer plan, mi segundo plan era que rompieran su relación. ¡Y me encantó que esa tipa del monstruo lo hiciera, joder! ¡Fue lo mejor! Pero veo que su maldito amor es más grande de lo que mi corazón siente por ti, Daniel.

La lluvia empezó de nuevo desde el campamento de la playa y se acercaba hacia ellos, lo más moderado posible, dudando de si interrumpir la discusión debajo del árbol o intervenir a ver qué sucedía.

—Eric—dijo Daniel—, si-si-si me amas de verdad y sientes algo por mí—cosa que Daniel no podía creer—, baja el arma y no apuntes a mi novia.

—¡Por eso mismo la estoy apuntando con el arma!—esta vez el arma apuntaba a Daniel; ambas mujeres dieron un grito ahogado— ¡Porque tú debes ser mío, no de ella! ¡Tú debes decirme novio porque eres mío! ¡Mío, mío, mío, mí…!—se calló cuando una serie de chasquidos secos sonaron a su espalda.

—E-E-Eric—masculló Daniel.

Ignacio se irguió, Amanda y Lisa se abrazaron con fuerza barriendo con la mirada sin ver al monstruo, que apareció detrás de Eric al ser iluminado por un rayo cinco veces seguidas. La primera una gran forma negra apareció, la segunda Eric se giró viendo, la tercera el monstruo produjo su graznido gutural y Eric gritó soltando el arma; el cuarto rayo dibujó al monstruo abrir su boca, tragándose la mitad del cuerpo del hombre, levantó la cabeza y oyendo los gritos desgarradores de los tres amigos médicos. Los pies de Eric se sacudían, el monstruo se lo tragaba como una anaconda dando arcadas. Y el quinto y último rayo que presidió a un ensordecedor trueno, los pies se hundieron en las fauces de la criatura.

El monstruo produjo su horrendo sonido llamando a los suyos. Rápidamente Ignacio corrió hacia su revólver, cayó al suelo, lo agarró, retrocedió a gatas para ponerse de pie y descargar cuatro balas al costado de la bestia, que se derrumbó de bruces sin vida. Lisa volvió a emitir su horrendo grito de dolor, Amanda le acompañó rota en llanto y Daniel quedó en shock; perplejo mientras la lluvia se abalanzaba sobre ellos resueltamente.

Acto seguido Ignacio sacó su navaja, la clavó en el pecho del Monstruo y la deslizó a lo largo del abdomen para abrirse la carne de par en par, revelando a través de dos relámpagos lo que Daniel y el vaquero no olvidarían jamás: los ácidos gástricos de la bestia se carcomían la piel blanca de Eric, los ojos y todo su cuerpo, siendo cubierto por una capa incolora—al parecer viscosa—lo que provocó que Daniel se girara, diera dos pasos y vomitara al otro lado del árbol. Amanda quería auxiliarlo, calmarlo, pero teniendo en su regazo la cabeza de Lisa que la abrazaba con toda su fuerza, entonces no podía hacer nada.

De repente la lluvia a cántaros por fin llegó, los sobrepasó y repartió su húmedo regalo nuevamente por toda la isla. Daniel recuperaba la compostura, sus piernas flaqueaban, sus manos temblaban al momento de limpiarse la boca con el pulpejo de la mano, para escuchar dos chasquidos del revólver de Ignacio. Se incorporó viendo al vaquero en las sombras, brevemente interrumpidas por los relámpagos.

—Llévame al faro quieras o no. De lo contrario, alguno de ustedes morirá en mis manos.

Y sin remedio, alguno, cansados hasta la saciedad, reemprendieron la marcha.

Capítulo 17

El primero en caer fue Daniel justo al momento en que un trueno retumbó como tambores de batalla, y la lluvia arreció más que nunca. Se derrumbó de bruces al suelo lastimándose el brazo izquierdo—el fracturado—, por lo que gritó débilmente. Nunca había estado tan agotado y ahora las guardias médicas parecían pasarle factura, con IVA incluido. Lisa y Amanda también se dejaron caer, agotadas desde el sentimiento de tristeza hasta las fuerzas que usaron para subir lo que parecía ser una colina repleta de árboles, arbustos y maleza; más de lo mismo. Daniel pensó que nunca llegarían al faro, que realmente perdieron el rumbo y ahora subían por una de las dos montañas.

Sin embargo, quien no perdía las fuerzas era Ignacio que seguía apuntando la boquilla de su revólver hacia Daniel.

—¿Está cansado el doctorcito?—preguntó, un trueno sonó en los anaranjados cielos con una brisa bestial que trajo consigo gotas de agua fría—¿Qué clase de médico eres, eh, enyesadito? ¿No deberías estar acostumbrado a no dormir de noche?

—Cállate—masculló Daniel, a punto de las lágrimas.

—¿Qué dijiste?—esta vez, el vaquero estaba dispuesto a halar el gatillo.

—¡Déjalo, imbécil!—exclamó Amanda, entre sollozos—Queremos descansar, pasamos un momento terrible y tú decides hacernos esto. ¿Por qué no vas por tu propia cuenta? ¡¿Por qué?!

—¡Porque tu amiguito el marica me dijo que éste—señaló con la punta del arma hacia Daniel—sabía donde quedaba el faro porque su padre estuvo aquí!

Y se lo había dicho cuando Eric e Ignacio habían ido a buscar frutos juntos.

—Pero eso no quiere decir que lo sepa, Ignacio—logró decir Daniel—, eso no quiere decir…

—¡Cállate!—y le asestó un golpe en la nuca cuando veía al hombre ponerse de pie.

Cayendo de bruces, escuchó el grito de Amanda a lo lejos diciendo una negación.

Lisa rompió en nuevos sollozos, esta vez fue al ver su mano gracias a la luz de un trueno que desembocó en el medio de la isla. Su mano estaba

más gorda que nunca, de un color negro preocupante y horrible que terminaba en un morado, ya muy cerca de la muñeca. No obstante, otras series de rayos cayeron del otro lado, lo que permitieron a Amanda advertir que no solo era la mano, sino que la hinchazón ya recorría todo el brazo llegando al cuello, donde la vena yugular externa se contemplaba a simple vista, como si estuviese siendo oprimida.

—Lisa…—susurró para no alterarla, pero fue el imbécil de Ignacio quien lo hizo.

—¡Ella se está convirtiendo!… ¡Ella se convierte en uno de esos monstruos!

—¡Nooo!—gritó Lisa con los cabellos pegados a las mejillas—¡Yo no soy uno de ellos, solo estoy infectada! ¡Mira!

Se puso de pie enseñando su mano negra a Ignacio quien en seguida apuntó a Lisa, dispuesto a abrirle un agujero entre ceja y ceja.

—¡Aléjate de mí, cosa! ¡Ya no eres humana!

Amanda se levantó, agarró a su amiga de la mano buena y la obligó a retroceder. De repente Daniel se incorporó de un salto, empujando a Ignacio. Dos balas salieron despedidas de la pistola directo a un árbol. Las mujeres gritaron cubriéndose los oídos, sin ver la pelea que ambos hombres llevaban a cabo: Daniel estaba encima del vaquero, le golpeaba con los nudillos de su puño y el hombre de espalda al suelo intentaba defenderse; no podía y una de las manos fue fracturada cuando Daniel le hizo algo que Ignacio nunca vio, sintiendo un horrendo dolor que le hizo gritar desgarradoramente.

Acto seguido rodeó el cuello del vaquero con su mano buena, usando el pulgar para hacer presión en la manzana de Adán para matarlo y no tendría piedad; aunque lo que hacía estuviese en contra de su carrera y de su voluntad, aquél hombre les hacía un mal terrible y enloquecía a cada segundo que transcurría un tiempo indefinido; pero todos enloquecían, de eso estaba seguro si no llegaban al mítico faro. Repentinamente Ignacio asestó una puñalada en la quijada a Daniel derribándolo de medio lado, un trueno retumbó al mismo tiempo que el hombre se abalanzaba sobre el médico, siendo éste que le cayera a los golpes más salvajes que podía. Por suerte, Daniel se cubría el rostro con su brazo bueno hasta que el vaquero—sin ver dónde golpeaba a falta de luz—hiriera el brazo fracturado de su oponente haciéndolo gritar, momento perfecto para una estocada directo en la nariz, cerca de la boca.

El pobre Daniel cabeceaba con la nariz manando sangre, y para Ignacio no era bueno. Tanteó entre la maleza húmeda a su alrededor buscando el

arma, pero esta sonó a su espalda con dos chasquidos del seguro. Girándose lentamente, teniendo sometido con todo el peso de su cuerpo al hombre debajo, Ignacio vio a Amanda en la oscuridad apuntándole con su propia arma. Le temblaba el pulso, pero tenía los dedos índices de ambas manos sujetando la pistola.

—¿Qué crees que haces, preciosa?—preguntó el vaquero, sonando lo más sensual posible.

—No he visto hombre más idiota que tú.

Lisa estaba detrás de Amanda, lanzando miradas furtivas a ambas personas: el hombre deseaba matarla con la mirada y su mejor amiga con el arma.

—¿Idiota, yo?—preguntó—¿Quién ha sido el que los ha traído hasta aquí?

—¡Eso no importa! Dos de los nuestros han muerto, sin contar a Alba.

—Ellos sí murieron por idiotas…

—Y ni siquiera nos estás llevando al faro, estamos en una de las dos montañas.

—Por supuesto que no, preciosa…

—¡Compruébalo!—le retó—¡Comprueba de que no estás equivocado, que estamos cerca del otro lado de la isla!

Pese a que todo estaba oscuro, el cielo anaranjado dibujaba la figura de Ignacio cuyo pecho ascendía y descendía rápidamente. No obstante, un cegador rayo iluminó la isla y con ello al vaquero moverse ágilmente, arrebatándole el arma de la mano a Amanda para abofetearla y dislocarle el brazo derecho. La muchacha gritó al igual que Lisa por el susto. Daniel se puso de pie torpemente alargando una mano hacia el enemigo quien se giró para apuntarle con el arma la sien, y gritar:

—¡Llévame al faro ahora! ¡Si no te quie…!

Para rematar la obra de dramática, una serie de chasquidos secos proveniente de entre los árboles y arbustos sonaron por los alrededores, mientras contemplaban el delirio de los cuatro sobrevivientes pelearse uno con otros. Todos volvieron sus miradas desorbitadas hacia la serie de chasquidos y una risa femenina, proveniente de una voz algo familiar que emergió seguido de aplausos.

—¡Bravo, bravo!—y seguía riéndose—. La mejor obra de arte de todos los

tiempos.

Un rayo desembocó con furia, dibujando en cuestiones de segundo a la Íkara montada en su bestia y rodeada de monstruos, todos contemplando a los supervivientes.

Ignacio se levantó, extrajo el yesquero, lo encendió y la luz que iluminó los alrededores fue suficiente para advertir la gran cantidad de oscuros espectadores, que alzaron la cabeza produciendo su horrible llamado.

—¡¿Crees que podrán salir de aquí?!—Preguntó la Íkara a voz de grito—¡Esta es mi isla, esta es mi tierra, y yo decido quien entra y quién sale!

—¿Qué es lo que quieres, Íkara?—preguntó Daniel, poniéndose en pie forzosamente— ¿Me quieres a mí? ¡Pues, aquí me tienes!—y extendió los brazos a los lados.

Amanda había susurrado su nombre, no quería ver a su no vio morir y no le gustaría vivir el resto de su vida sin él. Lisa se cubrió la boca, Ignacio le aplaudió su afán de traicionarlos y la Íkara solo se carcajeó, se acercó con su monstruo gruñendo y dijo:

—¡Qué valiente eres! De verdad te felicito. Pero hay un cambio de planes que hiciste en mi corazón, Danielito, y quiero que sepas que te sigo queriendo…pero ¡muerto!

—¡Corran, corran!—gritó Daniel, girándose para echar a correr también, cuando la lengua del Íkaro le golpeó el brazo bueno, sacándolo despedido hacia el lado izquierdo entrando en los arbustos.

Amanda le llamó y Lisa la empujó siguiendo por el bosque. El vaquero no se quedaría atrás y echó a correr detrás de las dos mujeres, rodeando los árboles, cruzando entre ellos, saltando de momento las raíces que sobresalían de la tierra, mientras eran seguidos por los monstruos. Eran tantos que a cada cierto tiempo tenían que virar hacia ambos lados, pues estaban rodeados y estos—a pesar de no tomar la delantera—estaban muy cerca.

Por otro lado, Daniel se puso en pie torpemente saliendo de donde fue empujado; y tan solo dio dos pasos cuando sintió la manada de monstruos avanzar a toda prisa siguiendo a su novia, a su amiga y al imbécil vaquero. Cayó de bruces con la patada que la Íkara le propició tras bajar de su bestia.

—¿A dónde piensas ir, Daniel? Dime, ¿adónde?

Él no respondió. Se arrastraba con su brazo bueno—teniendo una herida larga y sangrante como un látigo en su espalda—intentando huir de la mujer. La Íkara agarró de su cinturón un látigo, el cual desenrolló y al son del trueno que retumbó como tambores de guerra, hizo gritar a Daniel con el primer azote.

—¡Tu padre me fue infiel, Daniel! ¡Y yo quería que tú me amaras como él debía amarme!

Daniel no respondió al instante, se revolcaba de dolor en el suelo. Salió del árbol en el que se encontró hace unos segundos y la lluvia le golpeaba la cara; vislumbró un trueno y el grito de su novia llamándolo. Rompió en llanto cuando otro azote de la Íkara le dio en la pierna, cerca de su miembro. Eso lo hizo encogerse en posición fetal.

—¡Yo iba a perdonar a tu padre por haberme amado como nunca antes!, pero él me despreció como todo hombre desprecia a una mujer.

—¡No sé de lo que hablas!

—¿Ah, no?—se contrarió la Íkara—¡Pues, deberías! Tu padre me amó como nunca antes en esta hermosa isla…

—¡Él nunca te amó porque amaba a mi madre!—chilló Daniel.

—¿A tu mami? ¿En serio?—llevó su mano hacia atrás de su cuerpo, el látigo se movió en esa dirección, luego llevó su mano hacia adelante y azotó a Daniel en el brazo herido, haciéndolo emitir un aullido escalofriante de dolor que si se hubiera escuchado, no se hubiese creído que era él quien lo profería.

—¡Él nos amaba!—dijo llorando.

—¡Pero los abandonó tras el accidente aéreo! Después nos conocimos y me hizo suya.

Otro azote que le hizo revolcarse de dolor; otro trueno seguido de un rayo; otro llamado a gritos de Amanda, muy lejos de él.

—¿Adivina a qué familia se refería Danilo cada vez que lo llamabas? No creas que no lo sé: lo llamabas y salía su voz diciendo que estaba de vacaciones con su familia, pero… ¿adivina a qué familia se refería?

—¡Se refería a la nuestra!—gimoteó— ¡A la que él forjó!

—¡No, Daniel!—un rayo desembocó detrás y muy lejos de la Íkara, dibujando sus facciones exageradamente marcadas por el entrecejo fruncido y la rabia; parecía una desquiciada—¡Esta es su familia, los

monstruos, los Íkaros y yo! Tú solo fuiste traído como carnada, para que supieras lo que en verdad eres: ¡NA-DA! ¡Y quise darte una oportunidad, la despreciaste y concuerdo que solo eres el filete de mis queridas bestias!

Y cuando se proponía a azotar otra vez a Daniel, un disparo emergió de algún punto en la oscuridad. No hirió a la Íkara, pero sí la obligó a retroceder, caer de culo al suelo y divisar a Danilo surgir de la oscuridad con una escopeta, a la que recargó para apuntar a la mujer.

—¡Con mi hijo no te metas!—espetó.

La mujer deseaba azotarle también, arrebatarle el arma, mas no pudo porque el hombre descargó dos disparos atronadores obligándola a retroceder y montarse en su Íkaro que rugió, posando en sus dos patas traseras.

—¡Tenemos que irnos, ya!—gritó Danilo agarrando a su hijo de su brazo bueno, le puso en pie y echaron a correr por entre la oscuridad que aumentaba con la lluvia; aumentaba volviendo todo incierto hasta que un terremoto sacudió a la isla.

Capítulo 18

Amanda y Lisa encabezaron la carrera hasta que Ignacio les llevó la delantera, sin preocuparse en tumbar a alguna de las dos mujeres. ¿Para qué? Si él sería el primero en salir de ese maldito bosque de monstruos.

—¡AAAAAAHH!—aulló Daniel.

—¡Daniel, Dani…!—Amanda se proponía a detenerse, dar marcha atrás. Lisa no la dejó, la haló hacia sí y siguieron corriendo.

Los monstruos se subían por los árboles, Ignacio abrió fuego hacia éstos haciendo caer moles negras de lo alto, asesinándolas y enojando a las que corrían por tierra, que producían sus chasquidos secos.

—¡AAAAAAHH!

—¡Daniel!

—¡No podemos detenernos, no podemos, tenemos que seguir!—gritó Lisa sin parar de correr; aunque ninguna se detuvo.

De repente un disparo sonó y a Amanda le fallaron las piernas por un instante, sintiendo a su vez su corazón encogerse. Pensaba en desmayarse, quedarse tendida en el suelo como se hacía con los osos para ver qué ocurría, para ver si los monstruos y los Íkaros la ignoraban; no obstante, una fuerza dentro de sí le obligaba a seguir andando, a dejar atrás a Daniel con todo el dolor de su alma…

Otro disparo hizo eco en cada árbol y arbusto. Amanda iba a romper en llanto cuando la isla tembló de tal manera que nadie se pudo mantener de pie. Las mujeres cayeron de medio lado, Ignacio también aunque del contrario. Los monstruos e Íkaros se detuvieron, rugieron y graznaron para dar retirada, aterrados. Un rugido más fuerte y espectral alteró todos los corazones atenazados, sacudió a todas las almas humanas encontradas en ese jaleo, provocó que las aguas que rodeaban la isla chocaran contra las montañas y el Carpentian—que se movió un metro y medio—alzara una pared de agua. Un rayo, luego otro, otro, otro y otro en distinto lugares profirieron un rugido más atronador que el primero; tan ensordecedor que se cubrieron los oídos gritando ahogadamente, pues no se escuchaba nada.

De pronto una luz amarilla se sacudía por el lado en el que corrieron, dejando atrás a la Íkara y a Daniel. El viento sopló arrastrando las frías gotas de lluvia hacia los lugares más recónditos de los árboles, mojó a las mujeres y al vaquero; incluso a los dos hombres que aparecieron ante ellos. Amanda vio por el haz de luz a Daniel sangrando por un brazo, por

una pierna a la que arrastraba y no vio la de la espalda. Se incorporó de un salto rodeándole el torso con sus brazos.

Daniel gritó, ella sintió la sangre y enseguida se disculpó.

—¿Qué fue eso?—preguntó Daniel a su padre, jadeando—¿Qué pasa con la isla?

—¡La isla se hunde, tenemos que ir al faro!—respondió.

Una serie de graznidos guturales, rugidos, chillidos y otros sonidos inexplorables de las bestias que vivían el bosque, presidido por el bramido espectral que la isla produjo, siendo el anticipo de lo que se les venía encima.

—¡Hay que ir al faro!—gritó Danilo.

Cuando Lisa se levantó e iban a reemprender la marcha, fueron detenidos por Ignacio que apuntó a Danilo con su revólver.

—¡Dígame dónde está el faro! ¡Dígame en dónde!

—¡Déjate de estupideces y baja el arma! Iremos todos juntos.

—¡NO! ¡Yo iré solo!

Daniel advirtió que el hombre le dispararía, así que le golpeó con la mano buena e Ignacio soltó la pistola. Se proponía a asestarle un golpe a tientas a su adversario, sin importar que hiriese a alguna de las dos mujeres; quería salir de allí cuanto antes, quería huir y pensar que todo fue una simple pesadilla. Sin embargo, su puño en cámara lenta no fue lo suficientemente rápido para la estocada que el padre de Daniel propició con la cantonera de la escopeta. Ignacio se tambaleó y se mantuvo de pie apoyado del tronco, recuperando la compostura.

Pero ninguno de los cuatro restantes se quedaría a esperar si reaccionaba o no, si agarraba su arma—que al caer se escondió entre la tierra, ahora barro—y disparaba. El tiempo corría más deprisa que ellos mismo.

Nadie se detuvo.

Seguían subiendo la extraña colina, la lluvia aumentaba más de lo normal, los rayos no dejaban de desembocar junto con un ensordecedor trueno y la isla no dejaba de rugir y de temblar.

—¡ESPERENMEEEEEEE!—gritó a todo pulmón Ignacio, corriendo como lo

haría un borracho; en su caso, a causa del dolor del golpe.

Los monstruos se acercaban y no era una manada, sino eran todas las bestias carnívoras que vivían allí. De la nada, una luz amarilla se deslizó formando un círculo que iluminó brevemente las copas de los árboles. Daniel reparó en ello, se detuvo en seco, pero Danilo le haló hacia sí volviendo a su hijo a la terrible realidad. Mientras más subían, más empinada se hacia la llegada; mientras más subían la lluvia más arreciaba, el agua del mar más embravecida que nunca chocaba contra una especie de muro; mientras más subían, el Carpentian se debatía contra el océano picado cuyas aguas ya le llegaban más de la mitad, entrando un poco en el bosque y se recogían nuevamente; pues lejos a la isla, el maremoto se acercaba a cuan gigante temible se despertaba encontrando intrusos en su casa. Un rayo iluminó la gran ola que se acercaba con lentitud, en espera del buen momento de la situación interna.

Nuevamente la luz amarillenta surcó los cielos, lenta y a la vez rápidamente.

—¡El faro!—exclamó Daniel, jadeando—¡Ahí está el faro!

No quería correr, quería quedarse allí y asegurarse de que lo eran, que era el faro realmente. Pero la luz volvió a girar iluminando brevemente las copas de los árboles. Las mujeres también lo vieron y gimieron, Danilo les estimuló a gritos que no se detuvieran por nada del mundo, que faltaba poco. Más atrás, Ignacio profirió un «¡Ya era hora!», y los gruñidos de los perseguidores detrás de ellos se aproximaban.

Los ojos de cada uno de ellos se acostumbraron de tal manera a la oscuridad, que repararon el final del bosque: una hilera de árboles y arbustos daban a una pradera en ascenso; más allá había algo, que ninguno pudo deducir a ciencia cierta qué era, pero Danilo sí y se preparaba para sacar algo del bolsillo de su chaqueta.

Siguieron corriendo, sacando fuerzas de donde menos pensaba que sacarían y salieron de las entrañas del bosque sintiendo las frías gotas de lluvia atacarlos, el frío viento revolver de aquí para allá la dirección de lo que se asemejaba a un diluvio y una ola del mar chocó contra la costa alta en donde se alzaba el poderoso faro, levantando un muro de agua grande y breve que se desvaneció, esparciéndose por todas partes. Detrás de ellos, los monstruos parecieron detenerse, graznando guturalmente en una respuesta correspondida por otros de sus iguales en distintas partes del bosque.

Eso les hizo correr más deprisa por la pradera de maleza cortada a ras del suelo, que daba a una serie de rocas gigantes formando una muralla alta; y más allá estaba el faro, cuya luz se deslizó en círculos proveniente de lo

alto de su estructura. Danilo sacó de su bolsillo un walkie-talkie, presionó el botón de breico para que una sombra apareciera en el albor fantasmal de lo alto de la estructura.

Llegaron a la muralla de rocas y Danilo subió primero para subir a los demás. Los monstruos aparecieron al tropel y enfurecidos. El haz del faro que se proponía a dar otra vuelta más, se detuvo con vista hacia la isla para bajar la mirada como un ojo gigante, enfocando la escena. Ni los monstruos se acercaron a ellos, se espantaban con la luz lanzando un chillido de dolor; otros saltaban del otro lado para embestir al quinteto por uno de los lados, dando el mismo resultado porque la luz no se despegaría de ellos por nada del mundo.

Un rayo descendió, se partió en dos y cayó en el mar—tal vez, claro—sin producir un sonido. Cuando todos estuvieron ya en encima de las rocas, se irguieron y vieron que la muralla se extendía hacia el faro, a unos cinco metros aproximadamente, para dar otra vez con la pradera. Lo que les detuvo y les clavó la duda en la mente, era que las rocas tenían un espacio por el cual, si pisaban mal, atascarían su pie y sabrá Dios si podría sacarse con facilidad.

Los monstruos se detenían, se reían mirando al cielo de forma gutural, aullando indecisos ante la luz.

—¡Tenga cuidado, tengan mucho cuidado!—gritó Danilo a los cuatro perturbados supervivientes.

Se pusieron en marcha saltando de roca en roca, sin resbalar. Lo que hizo que aceleraran el paso fue el sonido de la gloria, el sonido que entornó los ojos de Lisa cubriéndolos con su mano buena para evitar el haz de luz del faro y ver, aproximándose lo más rápido posible—lanzando destellos rojos—, un helicóptero.

—¡Viene ayuda, oh Dios!

Sin más, todos conmocionados, empezaron a saltar con más rapidez siendo iluminados por el faro que les seguía. Dos rayos descendieron a la derecha de la isla, uno detrás del otro, y eso hizo que Ignacio resbalara al perder el equilibrio. Cayó en uno de los huecos de entre las rocas fracturándose la rodilla, produciendo un craqueo de huesos, seguido del peroné que asomó sobre los pantalones.

La Íkara apareció con su monstruo saliendo despedida del bosque. Detrás de ella, otra gama de Íkaros inmune a la luz de un faro que debía ser destruido, se extendía a lo largo y ancho contemplando a los supervivientes correr, al helicóptero acercarse, a la lluvia arreciar y a los

rayos caer y tronar.

—¡A EEEEELLOOOOS!—rugió, y los Íkaros se pusieron en marcha hacia sus víctimas; también ella, no dejaría que Danilo y Daniel escaparan.

Danilo llegó al otro lado, saltó y pisó tierra para ayudar a Amanda y a Lisa a bajar. Al momento de tocarle a Daniel, éste se detuvo al oír su nombre de boca de Ignacio.

—¡Daniel! ¡Daniel, ayúdame, por favor! ¡Ayúdame, hermano, por favor!

Daniel se volvió hacia Ignacio, advirtiendo que detrás del hombre venían los Íkaros furiosos. Divisó la fractura del vaquero que sobresalía de los pantalones, como dos cuernos bestiales.

—¡Daniel, ayúdame, por favor!—gimoteaba—¡No me dejes aquí, no me dejes!

Amanda le gritó a su novio que bajara, lo mismo el padre de Daniel; al mismo tiempo que alguien había salido del faro con una lámpara de gasoil en una de las manos, sacudiéndola y profiriendo:

—¡AQUÍII! ¡VENGAN AQUÍII, YAAA!

—¡Daniel!—exclamó Ignacio—¡Ven y ayúdame, amigo!

—¡No debería!

—Yo los traje aquí—masculló.

Daniel dio un paso atrás, pisando la penúltima roca que daba a la segunda pradera.

—No me niego a reconocer que tú fuiste quien nos trajo aquí—dijo—, pero nos has amenazado como animales sabiendo que somos personas.

Alargó su pierna izquierda, pisó la última roca y recogió la derecha.

—Daniel, no me dejes aquí. ¡No me dejes, por favor!

Una manada de Íkaros saltaron las rocas, se golpearon sus torsos, rasguñaron los peñascos con sus pezuñas delanteras y traseras, intentando subir. Los monstruos ya rodeaban al vaquero, emitían sus chasquidos secos y sus graznidos triunfantes.

El helicóptero estaba cerca, al parecer no aterrizaría.

—¡Ven, no pierdas tiempo, no hay nada que hacer!—gritó Danilo.

—¡Daniel, tenemos que irnos!—era Amanda—¡El Helicóptero!

—¡Daniel, ¿qué esperas?!—Apremió Lisa, preocupada—Vamos ya…

—¡¡DANIEL, AYÚDAME, MALDITA SEA!! ¡No tengo toda la noche!—bramó Ignacio, extrajo su pistola, apuntó a Daniel, rodeó el gatillo y al halarlo para asesinar al hombre a quien le pedía ayuda (estando seguro que no se la daría), sonaron varios chasquidos; las balas se acabaron.

Dos rayos y dos truenos fueron suficiente para divisar la mirada atontado de Ignacio. Daniel saltó a la pradera y les dijo a todos:

—Vámonos, ya.

Estando de acuerdo, echaron a correr—o a arrastrar los pies, más bien—dirigiéndose hacia el hombre de la lámpara de gasoil e impermeable amarillo. De pronto el grito de Ignacio, llamando a Daniel volvió a sonar. De repente un Íkaro les alcanzó para que su dueña azotara al hombre joven, cayendo de bruces al suelo.

—¡Hoy no te irás, Daniel! ¡Y tampoco tú, Danilo!—elevó su mano brazo para azotar al hombre empujándolo hacia atrás, haciéndole una gran herida en el pecho.

La Íkara se apeó de su bestia, caminó hacia Daniel quien se arrastraba nuevamente y le propició una patada; y cuando se disponía a azotarle, dos disparos procedentes de una escopeta le abrieron agujeros en su cuerpo. La mujer puso los ojos grandes, bajó la mirada viendo su sangre deslizarse por su plano abdomen, aumentando con el agua de la lluvia, para caer de espaldas al suelo. El Íkaro se posó en sus dos patas, estando dispuesto a aplastar a Daniel quien se cubrió con su brazo bueno—algo tonto de su parte—, para también ser asesinado por el arma que Amanda portaba en sus manos. Dos balas al principio tan solo le hicieron cosquillas, cinco balas más fueron suficientes para que se derrumbara sobre el hombre joven.

Luego la mujer soltó la escopeta, creyéndolo una cosa tan abominablemente útil.

Como tal, no podía creer lo que acababa de hacer.

—¡Hijo!—forzosamente, Danilo se levantó del suelo.

—¡Daniel!—chilló Amanda.

Corrieron hacia el Íkaro para moverlo y sacar a Daniel de abajo. Temblaba como gelatina y estaba empapado de pelos marrones, con un olor horrendo a perro sucio.

Esta vez Ignacio gritó lleno de odio, ira, rencor y tristeza; oyéndose también los graznidos y gruñidos que los monstruos producían, sedientos de sangre.

Las cinco personas lograron llegar al faro vieron al hombre bajo el impermeable: tenía una barba blanca, una piel oscura y una voz segura de sí mismo. Apenas les vio llegar, éste les dijo:

—¡Entren ya, no pierdan más tiempo! ¡El rescate viene!

Así hicieron.

Capítulo 19

No duraron ni un segundo en la casita: apenas entraron, el hombre cerró la puerta con los diez seguros de protección y Danilo les guió, enfilando hacia un umbral que daba directo a las escaleras en espiral del faro.

Afuera, Ignacio llamaba a gritos a Daniel, a Amanda y a Lisa. Les insultaba, les decía que qué clase de médicos dejaban a un pobre paciente fracturado en el medio de una torrencial lluvia y con monstruos hambrientos, qué clase de médicos eran ellos, qué clase de humanos eran y en qué universidad se graduaron para hacer semejante atrocidad.

El hombre del impermeable les preguntó:

—¿Ese hombre vale la pena?

—No—se adelantó Amanda—, no lo vale.

—Ya no, Manuel—dijo Danilo—, si salimos podemos morir.

—Bien, porque pienso mover la luz del faro otra…

—¡¡MÉDICOS DE MIERDA, MAL NACIDOS, POR ESO LOS ODIO, LOS ODIOOOOOOO!!—y los gritos de Ignacio cesaron, los graznidos guturales sonaron y el hombre emitió un horrendo chillido que no parecía ser de él.

Lisa estaba anegada en lágrimas que surcaban en una cascada por sus sonrojadas mejillas; Amanda agarró la mano de Daniel y él siguió a su padre al piso superior del faro, en el que la luz seguía enfocando a Ignacio. Pero lo que le llamó la atención fueron los acontecimientos que se aproximaban a la isla:

Al otro lado de la isla donde estaba el Carpentian—que se veía con mayor claridad que nunca—, el agua que se había adentrado a una pequeña porción del a isla, se recogió arrastrando unos centímetros al crucero, pues detrás de este el enorme tsunami estaba muy cerca. Era más alto—eso lo dedujo Daniel con tan solo verlo—que el que los trajo a ese lugar, y podía advertir que detrás venían otros de menor tamaño que aparecían cada vez que un rayo hacía gala de las crueles presencias. Mientras eso ocurría, el helicóptero llegó, Danilo abrió el ventanal posterior del faro que se puso en marcha, girando la luz en su propio eje.

—¡Vamos, no pierdan tiempo, móntense!—suplicaba el rescatista.

Amanda y Lisa entraron, Manuel tomaba sus cosas para marcharse y

también se montó en el helicóptero.

Sin embargo, faltaba uno y era Daniel quien contemplaba el tsunami acercarse a toda velocidad. De repente sintió un extraño vértigo recordando las vueltas que dio dentro del Carpentian, pudo jurar que escuchaba a Amanda gritarle mientras pendía de su mano y de la vida. Una mano le tocó el hombro y le empujó hacia atrás haciéndolo caer de culo al suelo justo cuando una manada de monstruos rompieron el cristal anterior, siendo asesinados por la escopeta de Danilo. Uno a uno fueron cayendo y uno a uno iban recuperando fuerzas, saliendo del bosque. Los Íkaros subían por la estructura, desgarraban los bloques y se aferraban a otros subiendo, con el fin de llegar a donde estaban los humanos.

Si la isla se hundiría, tendrían algo que comer.

Danilo se agachó al lado de su hijo, le zarandeo porque no apartaba la mirada del tsunami. Daniel vino en sí, escuchando a su padre decir a voz de grito:

—¡Tienes que irte, hijo, yo los detendré!

—Papá no… vente con nosotros, vente conmigo—su rostro se tornó más joven de lo que era, estando al borde de las lágrimas.

Su padre negó con la cabeza, parecía más mayor de lo que aparentaba sus cuarenta y ocho años.

—No, hijo, tienes un futuro por delante y una vida por vivir…

—¿Es cierto lo que dijo la Íkara?—preguntó—Dime, para no irme con el remordimiento comiéndome la consciencia.

—Lo que ella dijo es mentira, tú lo sabes más que nadie: la única familia que tuve era tu madre y tú.

De pronto se escuchó el rechinido de metales del Carpentian, de seguro—y fue lo que ocurrió—la marea se recogía aumentando el tamaño de la gran ola que se aproximaba, estando a punto de entrar a la isla. Aunque creía más en las palabras de la Íkara que logró su objetivo de herir un corazón pobre de la figura paterna, debía revocar esos terribles pensamientos y sustituirlos por lo que su padre le había dicho.

—Vente conmigo, vente, papá. Te necesito.

Danilo le escrutó el rostro a su hijo y no pudo evitarlo: le abrazó con fuerza evitando llorar. Tanto tiempo de haber deseado estar con su pequeño Daniel, ahora un hombre hecho y derecho, y volver a estar separado de él una eternidad más, le rompía el corazón y el alma; pero su

mente le decía que era lo mejor, era lo justo.

—El capitán debe hundirse con su barco, Daniel. Esa es la ley.

Al separarse, se pusieron de pie y se acercaron al helicóptero. Daniel se montó y se giró hacia su padre.

—¡¿No vendrá?!—preguntó el rescatista, al mismo tiempo que un rayo desembocaba con un estruendoso trueno y una ventisca que movió las gotas de lluvia a todos lados.

—No, me quedaré. Nos vemos, hijo mío, y recuerda que te estaré cuidando junto con tu madre.

—Te amo, padre.

Danilo asintió, y sin más, el helicóptero se puso en marcha apartándose del faro, cuya ventana abierta se cerró para deslizar su amarillenta luz con lentitud.

El tsunami se adentró a la isla con fuerza, arrastrando al Carpentian—que movía a los cadáveres putrefactos no hallados por los monstruos—que sacó de cuajo los primeros árboles del bosque. Cuando el agua lo cubrió en su totalidad, el barco se elevó dentro del mar llevándose todo a su paso: árboles, arbustos, flores; todos los monstruos se peleaban por entrar en las trampas que daban a la matriz de la isla, siendo demasiado tarde su afán, porque la ola los arrasó y los asesinó al estrellarse con cada rama de cada árbol sumergidos.

Cuando el agua llegó a la cima—por la que subieron para dar al gran árbol de manzanos—un gran muro de azul oscuro se elevó, para seguir avanzando, pues el tsunami presidía la pequeña ola que consumía todo a su paso. Llegó al faro chocando contra este, originando una herida irreparable para ese momento, por el cual se empezó a filtrarse el agua—no en cantidades mínimas sino en exageradas—de color azul y burbujeante.

Daniel veía todo aquello con horror. Amanda y Lisa lo abrazaron para ver la cresta de la gran ola encorvarse; ser vista también por Danilo, quien se persignó para sentir los vidrios del ventanal quebrarse ante él, chocar contra su cara—uno de los trozos más grandes le hizo un corte en el cuello y otro se enterró en el ojo—, filtrando el agua y empujando el faro que se inclinó hasta caer al otro lado del mar, estando la isla ya hundida. Sin embargo, la amarillenta luz seguía rotando entre el embravecido océano y la tormenta que aumentaba.

Dio una vuelta, luego otra, luego otra y no giró más porque se fundieron

los cables que proporcionaban su luz.

Daniel ahogó el llanto para sí y Amanda apoyó su mejilla del hombro de su novio. La isla se hundió, ya no estaba. En cambio, solo se encontraba un mar revuelto que fue surcado por un crucero blanco en el que recibía todo el chaparrón, vislumbrándose a los marineros ir de aquí para allá en carrera con sus impermeables negros. Manuel solo se quedó en la oscuridad del helicóptero, viendo al trío afligido.